NANDO LÓPEZ

SOMOS LA SÉPTIMA

¿Estamos ready?



MOLINO

Ilustrado por
Melania Badosa

NANDO LÓPEZ

¡SOMOS LA SÉPTIMA

¿Estamos ready?

Ilustrado por
Melania Badosa

MOLINO

A quienes, alguna vez, hayan necesitado un lugar.

Y a quienes nos ayudan a construirlos.

1

Su nueva clase de Sociales de 1.o de la ESO ha resultado tan aburrida como su antigua clase de Sociales de 6.o, así que, ante la falta del efecto sorpresa, Martín ha tenido tiempo de inaugurar su cuaderno con el primer dibujo del curso.



No sabe si se lo enseñará a Ginés en su próxima sesión, porque

su terapeuta le ha insistido en que tiene que hacer más dibujos felices y, según su limitada forma de ver la realidad –que, básicamente, parece ser la única forma de pensar adulta–, seguro que Ginés opina que ese niño que mira las puertas del IES Maruja Mallo con cara de nada no es una imagen demasiado feliz.

Pero lo es. ¡Vaya si lo es!

Porque tener cara de nada es mucho mejor que tener cara de miedo. O de terror.

O de no querer entrar porque hay unos ******** (a Martín no le gusta usar palabras feas: él las dibuja) que te hacen la vida imposible desde 4.o y a los que nadie ha logrado frenar.

Porque «no es tan grave».

Porque «son cosas de críos».

Porque «solo son bromas» (y entonces, ¿por qué a él no le hacen gracia?).

O porque «ya les hemos mandado un parte a casa» y, sí, va a ser supereficaz que sus padres firmen una hojita donde digan que se dan por enterados de que sus hijos son unos ******** (puede que a Martín no le gusten las palabras feas, pero las usa bastante cuando piensa en ellos).

Por eso su dibujo con cara de nada le parece especialmente feliz.

Porque si ese chico tiene cara de nada es porque aún puede pasar cualquier cosa. Y eso ya es bueno. Incluso ilusionante.

Aunque Ginés, y sus padres, y su abuela, y todos los que lo rodean crean que no es lo bastante alegre ni demuestra el progreso que su terapeuta espera de él.

Por suerte, Martín tiene clarísimo que para engañar a un adulto solo hace falta fingir que se le obedece y que tiene razón. Así que abre otro cuaderno –que decide llamar «el pasaporte», porque lo usará para que le dejen hacer lo que le dé la gana– y dibuja al mismo niño con otra expresión para que Ginés, y sus padres, y su abuela, y hasta la tutora de 5.o, que fue la única que se tomó en serio lo que le estaba pasando, se queden a gusto de verdad.



Entre el chico con cara de nada, que tiene todo un curso por delante para llenarla de algo, y el que sonríe sin venir a cuento

porque empieza el insti, Martín tiene clarísimo que prefiere al primero.

El segundo, por mucho que sonría, no puede ser feliz.

Nadie que sea feliz, ni que esté en sus cabales, sonríe así porque empiecen las clases. Es más, eso va en contra de uno de sus pocos principios innegociables:

La gente que se alegra de que se acaben las vacaciones no es de fiar.



–¿Es aquí?

Martín se gira al oír la voz de la chica que acaba de entrar en el aula. No recuerda su nombre, porque tampoco ha prestado mucha atención cuando pasaban lista, pero sabe que está en su clase.

Imposible no haberse dado cuenta después de la que ha liado ella solita a primera hora de la mañana.

–¡Que si es aquí! –insiste.

Él la mira sin responder. Total, se puede referir a un millón de cosas –como mínimo– con ese «aquí».

–Lo del pódcast, tío.

Ah, vale, ahora está claro, así que Martín asiente moviendo la cabeza intensamente y regresa, sin añadir ni una sola palabra más, a su cuaderno, donde se pregunta si no debería pintar más gente feliz en su pasaporte para que Ginés no le coma la cabeza con eso de que tiene que socializar.

–Genial, porque pensaba que llegaba tarde.

A ver, si nos habían convocado a séptima hora, y la séptima hora empieza a las dos y media, y ahora mismo solo son las dos y veintitrés, es imposible que sea tarde. Pero, como a Martín decirle todo eso le suena un poco borde para alguien a quien acaba de conocer, se lo calla y se limita a hacer su gesto favorito: encogerse de hombros.

Encogerse de hombros es una acción fenomenal, porque vale para casi todo:

- ✓ cuando no estás seguro de algo,
- ✓ cuando sí estás seguro, pero prefieres fingir que no para que te dejen en paz,
- ✓ cuando ni estás seguro ni dejas de estarlo, pero lo que te han preguntado te importa entre poco y nada,
- ✓ cuando solo quieres que la otra persona se calle para seguir a tu bola (y así, más o menos, hasta el infinito).

—¿Está ocupado?

Como la chica se sienta a su lado antes de q...

—Soy Daniela.

Repetimos: como Daniela se sienta a su lado antes de que M...

—Pero ni se te ocurra llamarme Daniela. Todo el mundo me llama Dany.

Venga, va: como Dany se sienta a su lado antes de que Martín tenga tiempo de responder, no sabe si decir «no» se interpretará

como un «no, no está ocupado» o como un «no, no quiero que te sientes aquí, ni saber cómo te llamas, ni llamarte Dany o Daniela, **porque lo único que quiero es seguir dibujando a mi bola y en silencio**».

Así que, en vez de hablar, Martín se limita a mover la cabeza, primero hacia los lados (lo que sería un «no está ocupado») y luego de arriba abajo (lo que le gustaría que ella interpretase como «pero tú haz como si lo estuviera»).

–Oye –le pregunta Dany–, ¿tú hablas alguna vez?

En boca de otras personas, y en otro momento, pero en un lugar muy parecido a este, a Martín le habría molestado esa pregunta. Se la habrían soltado con el mismo tono con el que se lo decían todo en ese cole lleno de zombis de los que se siente un superviviente.

Pero el tono de Dany suena distinto. Aunque Martín no sepa explicar bien por qué, suena bien. Tanto como para que le arranque una sonrisa y ella, enseguida, se sume también. Los dos sonríen y él se sorprende al darse cuenta de que acaba de poner una expresión muy parecida al chico alegre de su dibujo.

–A veces sí que hablo. –Y hasta se anima a reírse.

–¿Pero nombre tienes o lo tuyo es más el rollo anónimo?

–Martín. Y la gente me llama Martín, pero es que mi nombre no da tanto juego como el tuyo.

Esta vez la que se ríe, y de verdad, es Dany.

Martín no tiene claro si ella se ríe porque él ha dicho algo gracioso (que juraría que no) o porque se han caído bien, pero cualquiera de los dos checks le parece estupendo.

–A ver quién más viene... y de qué va esto.

La voz de Dany, siempre decidida, suena igual que ha sonado hoy a primera hora, en Sociales, en el único momento de esa clase en el que Martín se ha despertado gracias a lo de la sirena.

LO DE LA SIRENA

Dany había prometido (a sí misma y también a su madre) que no iba a abrir la boca.

Por lo menos, el primer día. Y ha cumplido con su promesa mientras el tío ese pesado hablaba de cómo puntuaba el cuaderno, de los 4.567 trabajos que deberán entregar cada trimestre, de los tropecientos exámenes y de lo importante que es saber historia porque bla, bla, bla y más bla.

Hasta que el buen señor, que bastante tiene con llamarse Fulgen –de Fulgencio; es difícil decidir cuál de las dos opciones suena peor–, ha empezado a criticar todas las

series y todas las películas y todas las novelas actuales y, en general, todo lo que no fuera su libro de Sociales porque, según él, el cine y la literatura de hoy en día mienten y se inventan la historia.

–Las cosas son como son y pasaron como pasaron, nos guste o no. ¿O qué sentido tiene maquillarlo para que sea políticamente correcto? Ninguno. Y eso es lo que vais a aprender aquí. A ser críticos y a que no os den gato por liebre.

–Tampoco somos tontos, ¿eh? –ha reaccionado, con un tono molesto y desafiante, un tipo con una camiseta de fútbol y unos bíceps en los que Martín ha calculado que cabrían, aproximadamente, tres brazos suyos como mínimo y que, solo por eso, no le ha caído demasiado bien.

–¿Y tú te llamas...?

–Iago.

–¿Y no sabes levantar la mano?

Iago se ha echado hacia atrás en la silla y se ha encogido de hombros, dejando claro que no tenía la más mínima intención de responder y que, posiblemente, tampoco se moleste en volver a intervenir en esa clase.

–No digo que seáis tontos, Iago –le ha respondido

Fulgen tratando de suavizar un poco su respuesta anterior–, solo que os lo tragáis todo. Mirad, un ejemplo.

Y, sin que nadie supiera por qué, Fulgen se ha puesto a dibujar (mal) una sirena en la pizarra.

–Todos sabemos que la sirenita de Andersen era rubia y blanca, ¿verdad? Y eso no es nada racista. Eso es mantenernos fieles a la historia. Pues, cuando llega una película y nos pone una sirenita negra, nos están tomando un poco el pelo, ¿no os parece? Que está genial que haya gente de color en el cine, claro. Y en todas partes. Pero sin cargarse la historia, porque con tanta inclusión forzada no hay ya quien reconozca el pasado.

Valeria, que conoce a Dany desde primaria, la ha mirado justo en ese momento.

No: Valeria, que sabe muy bien de lo que es capaz Dany desde primaria, le ha dado una patada por debajo del pupitre para que no abriera la boca.

Pero a Dany, todavía noqueada por ese «gente de color» que no se explica cómo puede haberse pronunciado en voz alta, se le ha empezado a agotar la paciencia en cuanto Fulgen se ha creído Van Gogh y ha perpetrado esa sirena ortopédica en la pizarra.

–Entonces, ¿las sirenas son seres históricos? –ha preguntado sin esperar a que le diese la palabra.

–A ver, por favor, no vayamos ahora a tergiversar mis palabras, que yo no he dicho eso.

–Has dicho que una sirena negra no sería fiel a la historia, así que eso significa que las sirenas existen, ¿no? Lo digo porque a mí me encantaría sentarme a charlar con alguna. Y seguro que a mis compañeros también.

Según Valeria, lo que ha estado a punto de costarle a Dany su primer parte no ha sido solo su pregunta, o su sarcasmo, o hasta su chulería (que también), sino la risa general de toda la clase justo después de su intervención.

A Fulgen Gogh le ha sentado de pena que «unos cuantos niñatos de 1.º de la ESO» (así lo ha resumido un poco más tarde en la sala de profesores) se rían en su cara (y en la de su sirenita) y ha pasado al modo amenazante en un segundo:

–Mire, señorita...

–Dany.

–Aquí se puede usted ahorrar el discursito –ha seguido él ignorando su nombre–. Que esta es una clase seria. No una verbena para *gretatúner*.

Dany ha tardado unos segundos en entender que

gretatúner era Greta Thunberg en fulgencio, pero ha preferido no corregir su pronunciación –pues bastante tenía ya con lo que tenía–, guardar silencio y reservarle un rencor infinito a ese hombre al que va a soportar nueve meses más durante el que promete ser un larguísimo curso.

–Dany, tía, ¿no me has guardado sitio?

Martín se gira y ve a su lado a otra chica de su clase cuyo nombre, por supuesto, tampoco se sabe.

–Valeria, no pasa nada por que no nos sentemos juntas en TODAS las clases, ¿no?

–Ya, bueno, pero...

–Pero nada, que hay que conocer gente. Mira, por ejemplo, este de aquí es gente. Vamos, que no se llama gente, que se llama Martín. Pero, para lo que habla, podría llamarse gente también. Ah, y parece majo. Aunque, cuando empiece a hablar, lo mismo lo desmiente.

Martín sonríe a Valeria, que a su vez sonríe a Martín, y él piensa para sí que no conoce a nadie que hable tan rápido como Dany. Ni que le haga tanta gracia (sin motivo) como Dany.

Eso se lo tiene que contar a Ginés: le va a gustar saber que a séptima hora coincide con gente de su clase en la que no piensa en forma de asteriscos, sino que tienen nombre y hasta sonrisa propia.



–¿Solo estáis vosotros? –los saluda Marc, el único de los profes que ha conseguido mantener su atención durante el rato que les ha dado clase esta mañana.

–Eso parece –responde Valeria.

–Ya... Pues, si os parece, esperamos otros cinco minutos por si viene alguien más.

Valeria mira a Dany con cara de «pero este pobre de qué va».

Dany mira a Martín con cara de «en serio se cree que va a venir más gente».

Y Martín, que no sabe qué cara poner, mira a su cuaderno buscando el modo de dibujar a Marc, que no deja de observar la puerta como si una multitud de adolescentes estuviera a punto de cruzarla.

–Me da que solo vamos a ser tres –se atreve a opinar Valeria, algo desanimada ante el escaso éxito que ha tenido la idea del pódcast entre sus compañeros.

–Cuatro –la corrige otra chica que entra corriendo y cargada

con bolsas de todas las actividades complementarias que la esperan cada tarde.

–Qué bien, Fang, al final sí has venido –la saluda Marc, que desde que propuso el taller se ha prometido considerar que la asistencia de cualquier número superior a dos unidades de persona ya es un éxito.

–Sí, pero solo para probar... A esta hora hay también baile urbano.

–Vaya, no sabía que teníamos competencia...

«Todo mal», piensa Marc.

Si ya es difícil que alguien se quiera quedar a currar en un pódcast a séptima hora por voluntad propia, aún lo es más que lo elijan a él si hay otras actividades el mismo día y a la misma hora.

Sobre todo, si esas actividades las organiza Emma, la de Educación física, la profesora oficialmente más simpática, más enrollada, más alucinante y más genial de todo el Maruja Mallo, y a la que adoran familias, alumnado, claustro y hasta gente de la calle que no tiene nada que ver con su insti, pero que seguro que la conocen y adoran por igual.

Que Emma haya puesto el grupo de baile urbano los martes a séptima, justo cuando él le dijo a Yassir que iba a proponer el taller

de pódcast, es competencia desleal. Y eso Yassir también tenía que haberlo previsto, ¿o no? A ver, que Yassir es el jefe de estudios. Y se supone que un jefe de estudios debería impedir que dos actividades coincidan.

Se lo dirá.

¡Claro que sí!

Claro que se lo dirá. Y se pondrá muy serio, se promete Marc.

Eso, muy serio.

Entonces lo mirará a los ojos y...

Fatal.

En cuanto lo mire a los ojos (a ESOS ojos) está perdido.

De momento, Marc juraría que Yassir no se ha dado cuenta.

Aunque a él le tiemble un poco la voz cuando coinciden a solas en algún pasillo. O en la sala de profesores. O en su despacho.

Aunque Marc no pueda despegar la mirada de él cada vez que le intenta contar algo.

Incluso aunque adopte posturas absurdas cuando lo ve llegar por el pasillo como si fuera la versión viviente del meme de «actúa natural, que ahí viene tu *crush*».

–¿Lo de la Radio esa es aquí?

Marc y sus cuatro primeros voluntarios se vuelven hacia la puerta, desde donde los mira, acodado en el marco, lago, el chico

más alto y corpulento de todo 1.o de la ESO.

«El que faltaba», piensa Martín, que reconoce enseguida al de la camiseta de fútbol y al que no duda en proponer como candidato para la primera lluvia de asteriscos de su nuevo insti.

Dany resopla sin demasiado disimulo al ver cómo Iago cruza los brazos y los aplasta contra el cuerpo, un truco barato para que sus bíceps parezcan aún más grandes de lo que ya son.

No sabe por qué, pero ese chico le ha caído regular.

No, no: mal.

No, no, no, no: fatal.

Y no solo por los tres millones de interrupciones de la mañana, con las que se ha ganado el premio al estudiante más nombrado del día por medio claustro:

Iago, cállate.

Iago, levanta la mano si quieres hablar.

Iago, no, no, no puedes salir al baño ahora.

Iago, guarda el móvil.

Iago, no me hagas ponerte un parte el primer día.

A Dany, Iago no le ha molado nada, pero a sus profes, aunque finjan ser imparciales y todo eso que sabemos que no son, seguro que les ha gustado muchísimo menos.

–Lo del pódcast –repite, como si no lo hubieran oído antes–, que si es aquí o no.

–Sí, claro, es aquí.

Marc espera a que Iago, que lo mira con un gesto que no sabe

precisar si es desafiante o simplemente escéptico, haga algo.

Y Martín, que ha vuelto a pegar la cara a su cuaderno, lo espera también.

Espera, ante todo, que se largue.

Lo espera y lo desea tanto que hasta lo dibuja a toda prisa con la esperanza de que su viñeta, en la que lo retrata despidiéndose, pueda servir de conjuro, o de sortilegio, o de alguno de esos rollos mágicos que suceden en los mangas que le gustan, y en los cómics de superhéroes que le gustan, y en todo lo que sí le gusta, porque en esas historias los *bullies* suelen acabar mal y los buenos ganan y a los chicos como él, que no tienen los brazos de Iago, ni la altura de Iago, ni el morro de Iago, los dejan en paz y nadie les hace la vida imposible.

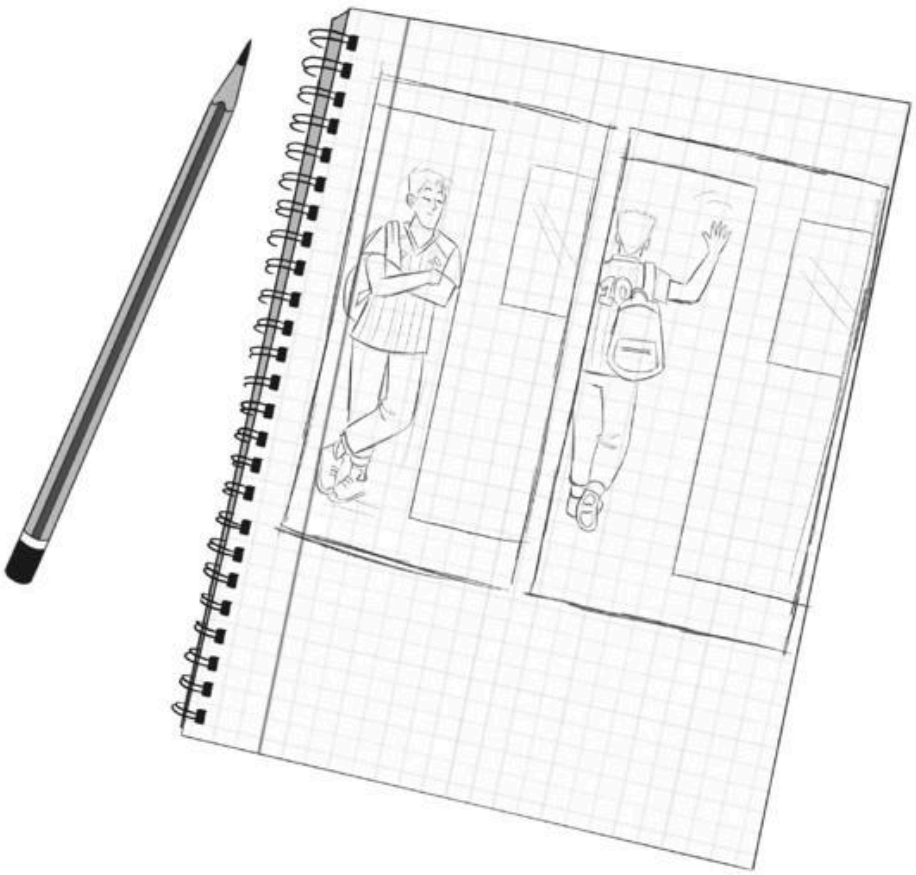
Martín no lo conoce, eso es verdad.

Pero no necesita hacerlo.

Lo ha reconocido en cuanto lo ha visto esta mañana en clase.

Nada más abrir la boca en clase de Sociales.

Con esa chulería que ya ha visto antes.



Igual que ahora, ahí de pie, echado en la puerta.

Provocando.

¿Provocando el qué? ¿A quién?

Le da mal rollo. Punto. Porque se parece demasiado a los ******** de su colegio.

A esos ******** que evita encontrarse por su barrio y que, incluso ahora, aún ve en algunas de las pesadillas que Ginés le ha prometido que, poco a poco, conseguirá controlar.

Y como no quiere que lo ya vivido se repita, rodea con bolígrafo rojo el dibujo que acaba de hacer.

Iago largándose.

Iago yéndose con su cuerpo de chaval de quince años metido en el de un chaval de doce adondequiera que sea el lugar donde entrena.

Porque Iago, si su camiseta no es solo atrezo, debe de jugar al fútbol. Y nadar. Y practicar MMA. Y atletismo. Y todo junto.

Es uno de esos chicos de su edad que a Martín lo acomplejan. Y que a Dany la cargan, porque se creen que por ser tíos ya son mejores que ella, a pesar de que jugando al fútbol ella sea la mejor. Y nadando. Y compitiendo en un tatami. Y haciendo atletismo. Y todo junto.

–A ver, Iago –comienza a impacientarse Marc–, ¿vas a pasar o no?

–Pffffff... ¿Con esto se aprueba?

Ahora el que resopla, muy fuerte y sin poder evitarlo, es Marc.

Tiene tres opciones:

La opción 1 es ser sincero: No, con venir aquí no se aprueba Lengua. Consecuencia: Iago se larga, pasa del pódcast y, seguramente, suspende. Resultado: Sus padres reclaman.

La opción 2 es mentir: *Sí, con venir aquí sí se aprueba*.

Consecuencia: Iago se queda, se apunta al pódcast y, seguramente, también suspenda. Resultado: sus padres reclaman y Iago se la monta muy fuerte.

Y la opción 3 es responder a su pregunta con otra pregunta: *¿Entras o no?* Consecuencia: Iago a lo mejor sí que entra, se queda y se apunta al pódcast creyendo que con eso se aprueba hasta que, como la sintaxis es así de traicionera, suspende Lengua. Resultado: sus padres reclaman y Iago se la monta, pero Marc mantiene la conciencia tranquila.

Decidido: opción 3.

–¿Entras o no?

Iago, tras haber estudiado a quienes serán sus compañeros de taller, se decide a pasar.

–Pues ya somos cinco –celebra Fang.

–Sí, sí –asiente Dany, nada convencida–. Y qué cinco...



La culpa ha sido de Marc, por preguntar.

A ver quién le mandaba pedirles que le contaran por qué se han apuntado al pódcast.

En su cabeza la idea sonaba espectacular:

Porque mi sueño es ser periodista.

Porque me interesa mucho la actualidad.

Porque siempre he querido tener un pódcast.

Pero su pregunta para romper el hielo lo único que ha roto es su esperanza de que ese taller salga bien.

La respuesta mayoritaria ha tenido unos claros protagonistas: los padres.

- Porque mis padres me han chantajeado: o hago algo que no sea deporte o me borran de alguno → Dany
- Porque mis padres no pueden recogerme antes de las 3 y, como no hay ruta, tampoco quieren que me vuelva sola a casa → Fang
- Porque mis padres me han dicho que me vendrá bien → Martín

• Porque mis padres creen que pega conmigo → Valeria

• Porque SE APRUEBA → Iago

La respuesta de Iago, por lo menos, no incluye a sus padres, así que Marc casi le agradece su obstinación por aquello de dar un poquito de originalidad al repertorio de motivaciones.

Claro que, si la situación fuera justa y realmente democrática (y, seamos sinceros, las aulas fingen serlo, pero NO LO SON), ellos tendrían derecho a hacerle la misma pregunta a él.

¿Y tú por qué te has inventado lo del pódcast?

Y Marc, en ese hipotético caso, habría podido inventarse algo que sonara bonito o ser sincero y abrirse muchísimo ante ellos el primer día. Algo que, de momento, no parece dispuesto a hacer.

LO DEL PÓDCAST

–Micrófonos, auriculares, mesa de sonido...

Regina, la directora del Maruja Mallo, se quita las gafas con la teatralidad a la que recurre cuando quiere dejar claro que algo no le parece bien y mira fijamente a Marc.

–¿Tú estás seguro de que necesitas todo eso?

De repente, el entusiasmo que le había mostrado en un primer momento ante el proyecto del pódcast se ha visto oscurecido por el hecho de que se necesite una mínima inversión.

«¿Cómo se creía que iban a grabar y emitir el pódcast?», se indigna Marc. «¿Con un tam-tam?».

–No es un gasto imposible, Regina. Si te fijas, al final del documento he añadido opciones de precios y unos cuantos proveedores muy económicos que...

–Mira, Marc, tú sabes que me encanta la idea del taller. Porque m-e-e-n-c-a-n-t-a –le asegura la directora alargando mucho cada sílaba, para que no se le escape ni un ápice del encantamiento en cuestión–, pero es que en este centro hay muchos gastos. Acabamos de reformar el gimnasio, de pintar las canchas, de cambiar las canastas...

Gimnasio + canchas + canastas + todo lo que Regina sigue enumerando y que Marc ya no escucha = Emma.

Marc lo entiende.

Sí, aunque le fastidie.

Pero lo entiende.

Emma curra bien.

Es más, curra tan bien que incluso los chavales que odian la Educación física aseguran que se lo pasan bien con ella.

Es maja.

Es divertida.

Se lleva de calle a todo el mundo.

Y, claro, cuando pide algo para su asignatura, se lo conceden.

No es envidia, que conste.

Aunque a él Emma no le termine de caer del todo bien.

Bueno, que no es que le caiga mal, ¿eh? Solo que lleva regular a la gente para la que todo es fácil, porque Marc está convencido de que, en su caso, no lo ha sido nada. Nunca.

Espera a que Regina termine de hablar para usar las tres únicas (y, en realidad, últimas) estrategias que considera infalibles.

Estrategia 1: dar pena.

—Tú sabes cómo necesitamos talleres así en centros como este. ¿O te crees que la mayoría de nuestros chicos pueden pagárselo fuera? Si esperamos que crean que pueden llegar a ser lo que quieran, tenemos que empezar por que puedan serlo aquí.

Estrategia 2: dar mucha pena.

—Este instituto está lejísimos de todo. No tenemos ni ruta, ni comedor, ni metro cerca. O los traen sus padres o cogen no sé cuántos autobuses. Y los de 1.º a veces se quedan aquí esperando un buen rato hasta que alguien de su

familia puede venir a por ellos... ¿No es mejor que pasen ese tiempo haciendo algo que les interese? Piensa en esas pobres familias, en la conciliación..., en fin, Regina, qué te voy a contar que tú no sepas.

Y estrategia 3: dar muchísima más pena todavía.

–Si no se puede hacer, lo voy a aceptar, pero me va a doler tanto... Estaba muy ilusionado con esta idea. Y sé que a ellos también les va a emocionar. Imagínate: un sitio para poder hablar y ser ellos mismos. Un espacio propio... Que entiendo que no sea posible, en serio, pero me rompe por dentro...

La estrategia 3, que también podríamos llamar «a la desesperada», la acompaña con su carita de niño bueno (la única que, hasta la fecha, se ha mostrado casi infalible incluso con su madre, lo que, sabiendo lo inflexible e insobornable que es, no deja de tener un gran mérito).

Otra estrategia, que habría sido la 4 si Marc hubiera tenido el valor de ser sincero, habría sido explicar a Regina por qué un taller como ese le salvó la vida hace muchos años, cuando tenía la misma edad que sus alumnos.

Pero hoy no quiere hablar de eso.

En realidad, no quiere hablar de eso nunca.

(¿Debería?).

Regina suspira, vuelve a mirar el documento, se pone otra vez las gafas de cerca con el mismo aire teatral con el que se las había quitado antes y firma la solicitud.

–Está bien...

Marc respira aliviado. Ha visto tan cerca la cancelación de su proyecto que aún le cuesta creer que sea real.

–Pero haz que me sienta orgullosa.

–Por supuesto, Regina, por supuesto –asiente, sin saber muy bien cómo cumplir su petición.

Qué importa: ya lo averiguará.

Ahora mismo, Marc lo único que sabe es que, en adelante, los martes a séptima hora serán el mejor momento de la semana.



–Lo primero es ponernos un nombre, ¿os parece?

Marc espera un sí entusiasta. O un sí rotundo. O un sí del tipo que sea, pero con el que le den la razón y se lo pongan fácil.

–¿Un nombre ya? ¿En serio? –pregunta Dany con un tono de voz que no puede estar más alejado de sus expectativas.

–A ver –como aún no ha tenido tiempo de aprenderse sus nombres, busca deprisa en la lista que le han pasado en Secretaría–, Daniela...

–Dany –lo corrige ella–. Nadie me llama Daniela. No me gusta.

Marc le sonríe y tacha el «-iela» de su listado. No confía mucho en su memoria, pero sí en lo importante que es llamar a su alumnado por los nombres que sienten que son realmente suyos. Y de eso, por su propia experiencia, también sabe mucho.

–Pues eso, Dany, que sin nombre no hay pódcast. Y, sin pódcast, no hay taller. Además, elegir uno puede ser un modo de empezar a conocernos.

–Pero Dany tiene razón –la apoya Valeria, que ha decidido

intervenir convencida de que ese grupo necesita urgentemente a alguien que sepa ejercer el liderazgo–. Primero tendremos que saber de qué va nuestro pódcast, ¿no? Y así le pondremos un nombre con sentido. No sé. Un nombre es como un título. ¿Cómo nos vamos a inventar uno para algo que todavía no existe?

Hay gente que trabaja así, le gustaría añadir a Martín, que conoce unos cuantos ejemplos de autores comiqueros que, según cuentan en sus entrevistas, primero se inventan un título y luego se ponen con la historia, pero, como no está seguro de querer participar en el debate (y, mucho menos, el primer día), sigue con la cabeza metida en su cuaderno, como si albergara la esperanza de fundirse con él y convertirse en uno más de sus dibujos.

–Qué movida –resopla lago, aburrido.

–Gracias por tu fabulosa aportación –le responde Valeria, que no entiende qué hace ahí ese fife, tal y como le escribió a Dany por wasap nada más conocerlo.

–Venga, vamos a poner un poco de nuestra parte, ¿no? –los anima Marc, que se niega a dejarse llevar por el desánimo colectivo–. Solo se trata de un nombre. Y en cuanto a los temas del pódcast, pues hablaremos de lo que queramos. No sé. De lo que pasa en el insti, por ejemplo.

–Fascinante. –Valeria habría preferido no mostrarse negativa tan pronto, pero estar en un grupo de gente taaaaaan poco creativa y con un director con taaaaaan poca experiencia en viralización, impacto mediático y redes sociales la saca de

quicio–. Si hacemos un pódcast contando lo que hacemos en el insti, no nos va a escuchar nadie.

Todos le dan la razón sin dudar.

Han sentido verdadero pánico al imaginarse un pódcast con un contenido tan emocionante como el de la mayoría de las comidas y cenas familiares:

–¿Qué tal hoy en clase?
–Bien.
–¿Y qué habéis hecho?
–Nada.
–Bueno, algo habréis hecho.
–Lo de siempre.
FIN.

Si eso es lo que van a contar en el pódcast, sus probabilidades de éxito, piensa Valeria, están entre 0 y –23456788.

Marc asiente, dándoles la razón.

Acaba de darse cuenta de que ha subestimado a los chicos y chicas que tiene delante.

Estaba seguro de que, al ser de 1.o de la ESO, con apenas doce años, se limitarían a aceptar todo lo que les propusiera, le

sonreirían muy fuerte cuando les dijera que el pódcast iba a ser guay –como si ese guay no sonara ya lo suficientemente *boomer*– y se mostrarían entusiastas y dóciles durante los cincuenta minutos de cada taller.

Pero no.

Tiene delante a cinco adolescentes que lo miran con exigencia y que puede que no sepan ni lo que quieren ni por qué están allí, pero sí que saben lo que no quieren.

Y lo que no quieren es que su pódcast sea un rollo.

Básicamente.

–Lleváis razón... ¿Y sabéis qué vamos a hacer? Cada semana dedicaremos un rato a decidir los temas que trataremos en la grabación de la semana siguiente. E intentaremos que siempre sean cosas distintas y que os interesen de verdad. Cine, música, deporte... Vale todo.

–OK, pero con eso seguimos igual que antes –opina Dany–: no ayuda mucho a darle nombre. Si podemos hablar de cualquier cosa, podríamos llamarnos de cualquier manera, ¿no?

–Obvio –comenta Fang, que empieza a pensar que no ha sido muy buena idea renunciar a las clases de baile urbano con Emma.

–A ver –se sincera Marc–, es que necesito que el nombre se lo

pongamos hoy. Por la subvención...

Todos lo miran algo confundidos, y Marc decide que no va a cometer el mismo error dos veces, así que esta vez les habla con absoluta honestidad.

–Comprar esto –les explica señalando los micros y el equipo de sonido– ha sido carísimo. Y, para poder hacerlo, desde Dirección y Jefatura han tenido que pedir una subvención que depende de unos fondos europeos... En fin, un rollo. El caso es que nos han dado la ayuda, pero hay que justificarlo todo y, para eso, hoy tenemos que mandarles un documento con los participantes, el horario y el nombre del proyecto. Si luego no nos gusta, podemos cambiarlo más adelante... Pero también cabe la posibilidad de que elegir un nombre nos venga bien para saber qué es esto.

–Si no sabemos ni quiénes somos nosotros... –se le escapa a Martín, que no se da cuenta de que esta vez, en vez de limitarse a pensarlo, lo ha murmurado en voz alta.

Nada más tomar conciencia de que lo han escuchado, su rostro se enrojece a velocidad ultrasónica, lo que empeora aún más al notar la mirada de Iago fija en él.

–Ahí el Velázquez tiene razón...

No sabe qué le da más vergüenza: que todos hayan escuchado una de las frases que solo se atreve a soltarle a Ginés en terapia, que Iago le dé la razón o que se haya fijado en sus dibujos y hasta le haya regalado el primer mote del curso. Uno

que, por una vez, no lo insulta, sino que casi parece que lo elogia.

–Somos –improvisa Marc– ¡el club del pódcast!

Podría preguntarles qué les ha parecido.

Podría, sí.

Pero la expresión en todas sus caras de WTF (o, en versión autóctona, PTDQV[1]) es respuesta más que suficiente.

–Eso del club está pasadísimo –opina Valeria, que no pierde ocasión de pelear por el liderazgo–. Necesitamos otra cosa.

–¿«Los pringaos que se quedan a séptima hora» vale? –se suma Iago sin disimular ni su ironía ni sus cero ganas de estar allí.

–Tanto entusiasmo no, que me matáis –le responde Marc, que no está dispuesto a que su proyecto naufrague el primer día–. Aunque a lo mejor no has dicho ninguna tontería, Iago. Hay una propuesta ahí...

–¿En «los pringaos»? –pregunta Fang, que no da crédito a lo que ha oído.

–En lo de la séptima.

–¿La séptima qué?

–La séptima todo –murmura Martín, que esta vez sí se asegura de hacerlo lo suficientemente bajo como para que nadie, salvo

Dany, lo oiga.

Ella no acaba de entender a qué se refiere, aunque puede intuirlo, porque en su modo de decirlo hay algo parecido a una tristeza, o a unas ganas de dejar atrás esa tristeza, o sencillamente un desahogo en el que Dany también puede verse reflejada. Así que a lo mejor esa «séptima todo» tiene que ver con todas las veces en las que siente que no la ven, o que no importa lo que piense, o que daría igual que estuviese presente o no.

–Vale –reacciona Dany enseguida, confiando en que eso anime a Martín a subir la voz unos cuantos decibelios más–. La Séptima mola.

–¿El club de la Séptima?

–Y dale... –Fang ladea la cabeza con fastidio–. Que lo de club da un poco de *cringe*, profe.

Y Marc, que también se ha fijado en que ese chico que no deja de dibujarlo todo tiene más ganas de hablar que coraje para atreverse a hacerlo, lo invita a intervenir:

–¿Martín? ¿Alguna idea?

En cuanto oye su nombre, Martín siente un foco gigantesco sobre la cabeza.

–Venga, Velázquez, di algo –se suma Iago.

Ya está.

Ya se han dado cuenta de que existe y de que está aquí.

Con lo bien que estaba él en su cuaderno.

Fundido con la página en blanco...

Martín está a punto de decirles que no sabe (o, mejor aún, de encogerse de hombros para dejar claro que no sabe) cuando nota que Dany lo mira y le sonríe.

Hay un <<adelante>> en esa mirada.

Un <<Martín, vamos>>.

Y unas cuantas palabras de ánimo que no le han dicho antes demasiado a menudo y que él aprovecha para mostrarles a todos el dibujo que acaba de hacer en su cuaderno.





Podéis hablar de lo que os apetezca.

Siempre que un profe dice eso, tiene truco.

Porque lo que de verdad quiere decir es:

Podéis hablar de lo que os apetezca mientras coincida con lo que me apetece a mí.

No lo sueltan así, claro.

Además, fingen anotar con mucho interés todo lo que se va diciendo en la pizarra hasta que alguien (¡alehop!) dice justo lo que ellos esperan oír y entonces se encargan de manipularlo todo hasta que (¡sorpresa!) esa es la opción elegida.

Dany lo tiene clarísimo.

Por eso no hace caso a Fulgen cuando les propone que lancen ideas para lo que él llama «el debate de los viernes».

La idea del debate de los viernes tiene pinta de ser algo así como el modo de rellenar el hueco de los viernes a última hora

antes de irse a casa, pero a toda la clase le encanta la idea y todo el mundo se anima a soltar lo primero que se le pasa por la cabeza.

Menos ella, claro.

Dany ve cómo Fulgen lo anota todo en el encerado, ya sean ideas serias, como la propuesta de Fang de hablar sobre cómo luchar contra el cambio climático, o ideas que ni siquiera merecerían llamarse ideas, como lo de trucos infalibles para ligar, que lanza –cómo no– Iago y que a Fulgen, cada día más nominable a señoro del año, le hace muchísima gracia.

Ella sabe que no debería decirlo, porque la actividad está trucada y nadie va a votar su idea. Pero Dany siente que debe hacerlo.

Le resultaría más sencillo callarse si ese tema no la quemase por dentro, si no tuviese dentro una llama gigantesca que necesita empezar a apagar de alguna forma.

Y ese fuego, sumado a la mirada cómplice de Martín, que se sienta a su lado desde que son parte de la Séptima, la lleva a alzar la mano.

Se va a arrepentir. Lo sabe.

–¿Daniela?

–Dany.

–Bueno, Dany te llamarán tus amigos. Aquí en mi lista pone Daniela.

–Es que nadie me llama Daniela –explica tratando de no sonar

demasiado cortante–. Todo el mundo me llama Dany.

–Ya, pero yo no soy todo el mundo. Yo soy tu profesor. Y me ciño a unas normas. Y a unos documentos. Y tú aquí…, ¿lo ves?, tú aquí eres Daniela.

Fulgen se acerca a ella con la lista de asistencia en la mano y la deja sobre su mesa con brusquedad, en un gesto que ha dejado clara su voluntad de marcar límites y, sobre todo, territorio.

El aula es mía.

Y sus normas también.

Eso es lo que ha querido decirle Fulgen.

O, por lo menos, eso es lo que ha interpretado Dany, cuyo resumen es que su profe de Sociales pasa de ser democrático.

O hasta de parecerlo.

–Y ahora, Daniela, dime. ¿Qué tema te gustaría proponer a ti?

–La violencia machista.

Fulgen pone cara de póker y se gira hacia la pizarra donde escribe «violencia familiar» con un cuerpo de letra ligeramente inferior al del resto de las opciones.

–Violencia machista –repite Dany, que no está dispuesta a que, además de su nombre, también le cambien ahora el de su tema.

–Eso he puesto –responde Fulgen con una sonrisa gélida.

–No. Ahí pone otra cosa.

–Porque ese es el nombre correcto.

–¿El nombre correcto de qué?

–Del problema que tú planteas. Venga, ¿alguien más?

Intenta ignorarla y evitar que continúe hablando, pero Dany, a pesar de que él finge no ver su brazo levantado, no está dispuesta a que la haga invisible.

Ni, mucho menos, a que pisotee algo que de verdad le importa.

Así que, tras mantener el brazo levantado durante más de cinco minutos, a la espera de que Fulgen le dé la palabra, se levanta sin pedir permiso, avanza hacia la pizarra, coge uno de los rotuladores y tacha el «familiar» antes de escribir bien clarito «machista».

En la clase se oye un «hala» que viene de una voz inconfundible (Iago, por supuesto) y que, en el fondo, resume lo que todo el grupo ha pensado a la vez.

–He intentado ser comprensivo, Daniela. –Reacciona él con frialdad, tratando de no perder la compostura–. Pero con esa actitud no me has dejado más remedio que...

–¿Que ponerme un parte? Pues no hace falta, ya me voy yo a por él.

Antes de que Fulgen pueda reaccionar, Dany ya está abriendo la puerta del aula y encaminándose hacia Jefatura, dispuesta a contarle a Yassir todo lo que ha pasado y a afrontar las posibles consecuencias de su decisión.

Y mientras recorre el pasillo rumbo a Jefatura, disfruta recordando la cara de desconcierto y humillación con la que ha dejado a Fulgen.

Solo por su careto, se ríe, ya ha valido la pena.

7

SOMOS LA SÉPTIMA 

Valeria

Eo

Valeria

Nadie?

Fang

Hey

Valeria

Qué muerto está esto, no?

Dany

Habíamos quedado en escribirnos?

Valeria

No

Dany

Ah, vale

Valeria

Pero por estrenarlo...

Martín



Fang

Habéis pensado algo?

Iago

No fastidies que nos ha puesto deberes

el pesado ese

Valeria

Pero tú escuchas alguna vez?

Iago

Cuando no me aburro



Fang

Yo no dejo de darle vueltas

Pero no se me ocurre mucho

Martín



Dany

Tío, en serio, aquí también?

Martín



Dany



Fang

Que sí, que guay las bromas privadas

o lo que sea eso, pero que tenemos que llevar
una idea para el primer pódcast
y a mí no se me ocurre nada

Valeria

Pues ya puede ser algo potente...
Si no, no vamos a conseguir engagement

Martín

Engagequéééé?


Valeria

Vosotros en qué mundo vivís?
Engagement, sí, gente que nos oiga
y que diga que somos supercool
y que nos quiere seguir oyendo
y que se enganche y que empiece
a ser fandom

Fang

Acabo de intentar leerte, tía,
y casi me ahogo

Cómo puedes escribir tan deprisa?

Iago

Si queréis que la gente se enganche,
hablad de algo que no sea un rollo

Dany

Gracias, genio
Ahora ya está clarísimo

Iago



Valeria

Deberíamos empezar por algo que
nos afecte a todos

Fang

Como qué?

Valeria

Las vacaciones, por ejemplo
A todo el mundo le gustan

las vacaciones, no?

Fang

Estar de vacaciones, sí, pero que
te recuerden que se han acabado, no

Dany

Además, no todo el mundo tiene...
Vamos, que no todo el mundo
se puede permitir hacer lo mismo...
Y a veces es un asco
Como cuando te piden contarlo
en una redacción

Martín



Valeria

A ver, el de los dibujos, que hable

Iago

Eso, Velázquez, lánzate

Martín

Velázquez prefiere dibujar.



Iago



Dany

A mí hay algo de lo que sí
que me gustaría hablar

Valeria

?

Dany

De Fulgen

Iago

De ese viejooo???

Dany

Y de lo que ha pasado hoy

Fang

Pfff

Dany

Y ese pfff?

Fang

Hablar de Fulgen = problema

Fijo

Dany

Entonces nos callamos?

Valeria

No nos van a dejar

Dany

Marc parece buen tio

Fang

Y?

Dany

Se lo podemos proponer

Martín

Pero...

Martín está escribiendo... borrando... escribiendo... borrando...

Dany

Martín, no borres

No vale borrar

Iago

Velázquez, venga, qué ibas a decir?

Martín

Parece majo, pero es profe también.

Iago

Ya, y qué?

Martín

Son compañeros.

Iago

Ahí el Velázquez lleva razón
Y yo paso de movidas
Me he apuntado a esta mierda para aprobar,
no para que me metáis en un lío

Dany

Nadie te está metiendo en un lío.

Valeria

No sé, Dany...

Dany

Tú también te vas a rajar?

Valeria

Para nada... A ver, podemos proponerlo,
pero no sé...

Dany

Se supone que un pódcast es para eso, no?
Para hablar de cosas que importan

Fang

Yo creo que nos va a decir que no

Dany

Pero no lo sabemos

Fang



Valeria

Entonces?

Dany

Lo intentamos?

Valeria

Votamos, no?

Dany



Martin

🙆

Valeria

🙆

Iago

Menuda movida, colega

🙆

Fang

🙆

Da igual lo que votemos: nos van a decir que no



NO.

(Con letras más grandes, por favor).

NO.

La respuesta de Marc no puede ser más tajante.

Aunque se lo esperaban (Fang se muerde la lengua para no soltarles un merecido «os lo dije»), les resulta igualmente decepcionante.

¿No se suponía que hacían eso para comunicar, y para madurar, y para aprovechar su libertad de expresión, y para no se sabe cuántas cosas más superimportantes y necesarias?

Se suponía, sí.

Pero, en cuanto Marc ha escuchado su propuesta de denunciar lo que pasa con Fulgen, les ha dicho que ese no es un tema apropiado para su pódcast.

—¿Por qué no? —se queja Iago.

La verdad es que a Iago le da bastante igual hablar o no de Fulgen, pero, como ha notado que a Valeria sí que le importa, su

pregunta es más una llamada de atención para ella («Ey, tía, que estoy aquí») que una auténtica duda para Marc.

–Pues por dos motivos.

–¿Cuáles?

Marc carraspea ligeramente y aprovecha esos dos o tres segundos de margen para pensar en esos dos motivos que ha anunciado con tanta convicción y que no tiene ni idea de cómo rellenar.

Ha dicho dos como podía haber dicho uno, cinco o veinticuatro. Pero le ha salido un dos que ahora tiene que completar con alguna razón creíble ante un grupo de adolescentes comprensiblemente cabreados.

–El primero es que no queremos que nuestro programa caiga en un revanchismo personalista.

Reacción general: ??????

–Y el segundo es que este no es el foro para hacer algo así.

Reacción general bis: ????????? ?????????

–Hay otros cauces, chicos.

Sus expresiones de no haber entendido ninguno de los dos motivos son muy similares a la del propio Marc, que tampoco se cree sus propias palabras y se arrepiente, mientras las dice, de no

ser más valiente.

Podría decirles la verdad, claro, pero los dos motivos sonarían bastante peor que los que les ha ofrecido.

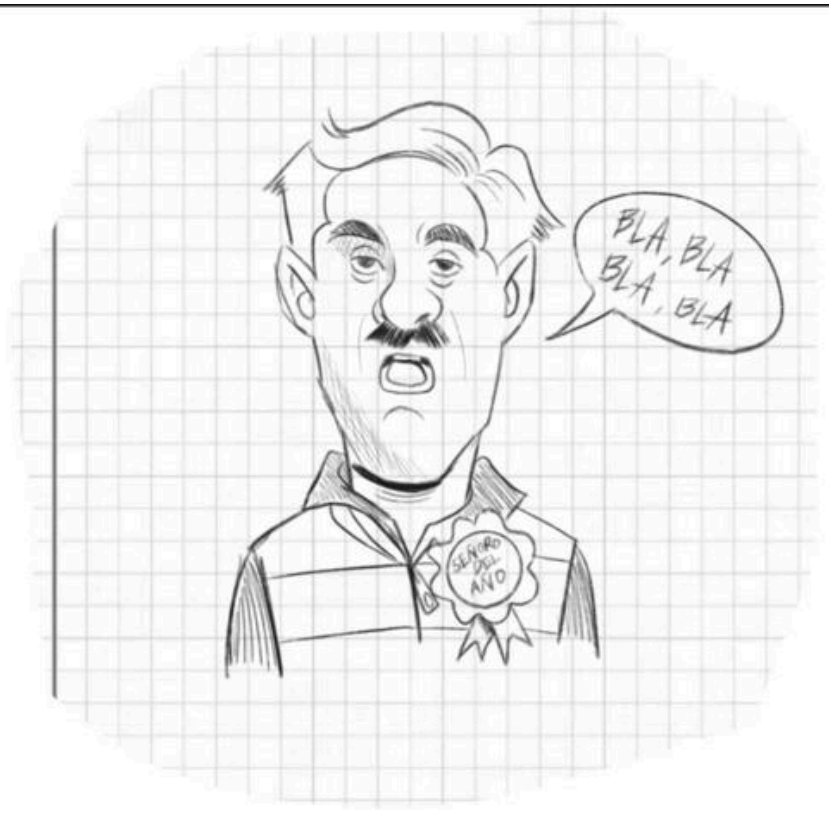
El primero es que su Séptima no tiene ni una sola prueba demostrable y duda que crean más en su palabra que en la de un profesor.

Y el segundo es que, si graban ese pódcast, Regina no tardará ni medio microsegundo en cerrárselo y hasta en invitarlo a irse a otro instituto donde sus inquietudes revolucionarias encajen mejor.

No sabe si lo hace para proteger a su grupo o a sí mismo, pero frena su iniciativa y la sustituye por un guion en el que hablarán (¡tachán!, emoción máxima) de cómo está siendo el inicio del curso.

—¿Que cómo está siendo? —se indigna Dany—. Pues un asco. El inicio del curso está siendo un asco porque tenemos un profe de Sociales que es lo peor y un pódcast que no sirve para contarlo.

-Vamos a calmarnos un poquito, ¿no? Tampoco hay que tomárselo todo tan a la tremenda.



–¿Tú has hablado con él?

–¿Con Fulgen? –Marc no disimula la sorpresa que le ha causado la pregunta de Martín.

Cuanto más lo conoce, más seguro está de que Martín, como la inmensa mayoría de los tímidos, no calla porque no tenga nada que decir, sino porque tiene tanto que solo habla cuando lo que tiene que decir es realmente importante.

–Muy poco, la verdad. Con estos horarios que tenemos, apenas da tiempo a tomarse un café entre compañeros...

–Pues habla con él –le responde Martín con un ligero tono de desafío en su voz– y ya nos cuentas.

–Vale, yo hablo con él, pero hoy tenemos que grabar algo... Le

prometí a Regina que la semana que viene lanzábamos el primer episodio.

–Entonces hay tiempo, ¿no? –concluye Iago, que subraya sus nulas ganas de trabajar reclinándose en la silla y apoyando la cabeza en los brazos en cruz.

–No tanto, Iago –lo corrige Marc–, hay que grabarlo primero y editarlo después. O empezamos ya o no vamos a tener material.

–¿Y el guion? –pregunta Valeria, que estaba convencida de que ella sería la encargada de escribirlo o, por lo menos, de coordinarlo.

–Aquí. –Marc saca unos folios que pone delante de ellos y que todos miran con la misma cara de asco que habrían puesto si, en vez de un guion, les hubiera llevado un examen sorpresa–. Como es la primera vez, he pensado que ganábamos tiempo si esta semana lo escribía yo.

De nuevo, dentro de Marc pelea la mentira («lo he escrito para ayudaros») con la verdad («lo he escrito para evitar meternos en problemas») y, como necesita aprovechar el tiempo que les queda de sesión, opta por la primera.

Mucho más cómoda.

Más eficaz.

Y –se regaña a sí mismo– más cobarde.

–Venga, que empezamos. ¿Estamos *ready*?

Valeria resopla («¿no se puede prohibir a la gente de más de treinta años que hable así?»).

Fang la imita.

Dany se cruza de brazos.

Martín continúa dibujando.

Iago se inclina todavía un poco más, convirtiendo la silla en sofá en una acrobacia prodigiosa y pensando en el modo de sacar su móvil, en cuanto no lo vean, para inmortalizar semejante hora perdida con un selfi.

Y Marc conecta la mesa de sonido aún sin estrenar para comenzar la grabación.

Todo apunta hacia el éxito.

Spoiler: no.



Su primer programa, como era de esperar, no tiene ni punch, ni gancho, ni ninguna otra palabra con ch (o sin ella) que exprese alguna clase de atractivo o de reclamo como para haber despertado una oleada de interés en su instituto.

La única que lo ha disfrutado (o eso dice y repite muy efusivamente) es Regina, porque le parece que (sic) «es monísimo tener una radio» (sí, ella la llama radio) en el instituto y está convencida de que debe de haber, como mínimo, tres o cuatro certámenes de otras radios locales a los que podrían presentarse y ganar algún premio.

Ella lo mide todo así en su centro: por la cantidad de medallas, copas y diplomas que atesora en la sala de los trofeos, un aula que desde hace años se emplea como museo y con la que se tortura a todos los alumnos que llegan nuevos al Maruja Mallo para que sean testigos de los logros de las generaciones pasadas y sepan lo que se espera de las generaciones venideras (casi nada).

Salvo la de la directora, las demás opiniones sobre el pódcast no han sido muy ilusionantes.

Y los datos de las escuchas tampoco.

SOMOS LA SÉPTIMA 

Valeria

Cero unidades de personas suscritas

Fang

Y qué esperabais?

Dany

Marc no tiene ni idea

Valeria

DILO

Iago

Os voy a silenciar un rato, vale?

Fang

Por?

Iago

Estáis pesadísimas

A ver, que es un pódcast que no le interesa

a nadie Y da igual lo que hagamos

Valeria

Ya, pero podría

Iago



Dany

Yo tengo una idea

Martín



Dany

No os va a gustar

Valeria

Di

Dany



Fang

Suéltalo

Iago

Veis cómo sí que os voy a tener que silenciar?

Qué pesadas, colega

Fang

Dany?

Dany

Mi idea es que hagamos lo que nos dé la gana...

Opine Marc lo que opine

Valeria

Una idea preciosa...

Fang

Y megarrealista

Dany

Si queremos, podemos...

Pero solo si queremos

Martín



Iago

Velázquez, eso qué significa?

Martín

Que estoy dentro.

Dany

Gracias!

Valeria

Se va a liar...

Fang

Pues que se lie... No os ha tocado
las narices lo de hoy?

Iago

Qué parte de las seis horas
de clase?

Fang

La parte en la que Fulgen nos ha repartido
los exámenes y Dany ha suspendido

Iago

Ah, pero esperabas aprobar?
Porque yo no...

Dany

Ya, pero yo sí

Martín

Se ha vengado.

Iago

Vaya, ves lo bien que se te entiende
cuando hablas?

Martín

Y hasta escribo. 

Iago



Valeria

Pero cómo lo hacemos?
Marc no va a querer

Dany

Marc no tiene por qué saberlo

Iago

Ah, bueno, si vamos a ser ilegales,
yo me apunto 

Valeria

Tú alguna vez dices algo normal?

Martín



Fang

Habría que pensar una manera...

Valeria

Tengo una

Dany

Di

Valeria



Por aquí no

Iago

Eso, no vaya a estar leyendo

nuestros wasaps el FBI

Valeria

Mañana, en el recreo

Todo el mundo en la biblio

Fang

Y si nos pilla Marc?

Valeria

Pues le decimos que estamos estudiando

Iago

Conmigo eso no va a colar 

Dany

Y si quedamos después de clase?

En el parque cerca del insti?

Valeria

OK

Pero que nadie se raje

Martín



Dany



Fang



Iago



10

–¿Alguien quiere comentar algo más?

Yassir mira a todos los profesores confiando en que nadie levante la mano para dar el claustro por terminado después de casi dos horas de reunión.

Como este es su segundo año en Jefatura, ya sabe que eso de que no haya intervenciones espontáneas es casi una utopía, pero cada vez que llega el momento de los ruegos y preguntas él se aplica el lema «no dejes de soñar» y confía en que alguna vez no haya nadie que levante la mano.

Hoy, por supuesto, sí que lo hay.

Es más, hay varias manos.

Y como Yassir es un defensor acérrimo del orden, otorga la palabra a quien la ha levantado en primer lugar: Fulgen.

–Gracias... Voy a ser breve.

Se oye cómo un suspiro de terror recorre todo el salón de actos.

«Voy a ser breve» es una de esas frases que anticipan el desastre, la hecatombe, el apocalipsis.

«Voy a ser breve» es la declaración de intenciones más aterradora posible.

Porque NADIE que diga «Voy a ser breve» tiene NUNCA intención de serlo.

Marc, más allá de sus ganas de llegar a casa cuanto antes, siente curiosidad por lo que Fulgen vaya a decir.

Quizá en sus palabras encuentre algún argumento para calmar las iras de su grupo, que cree que si no se han implicado del todo con el pódcast es porque siguen empeñados en usarlo para su particular caza de brujas.

Basta con que Fulgen proponga algo sensato, o incluso con que hable bien de su alumnado, para que Marc le traslade el mensaje a su Séptima, como los ha empezado a llamar cada vez que se cruza con Yassir, y, como no se le da bien hablar de cosas que no sean el trabajo, le habla de ellos.

—Mirad, yo no tengo nada en contra de que cada cual haga lo que quiera en sus clases. Pero una cosa es nuestra libertad de cátedra y otra muy diferente, adoctrinar. Y lo siento mucho, porque sé que habrá gente que piense que estoy diciendo una

barbaridad, pero tengo derecho a decirlo y a que se me escuche, aunque, por culpa de tanta censura, ahora ya no se pueda decir nada en ninguna parte.

Marc, que empieza a temerse que no va a encontrar los argumentos pro-Fulgen que buscaba, reacciona con una sonrisa irónica al escuchar ese «ya no se puede decir nada» en boca de alguien que, obviamente, lo está diciendo.

–No sé de quién ha sido la iniciativa, pero, tanto si procede de nuestros alumnos como si es de algún miembro de este claustro, creo que es del todo improcedente que se haya colgado una bandera de colorines a la entrada del centro.

–Una bandera LGTBIQ+ –lo corrige Marc, que ahora mismo siente que lo detesta tanto o más que su Séptima.

–Una bandera que se puede poner el 28 de junio, el día ese del Orgullo, no digo yo que no, aunque yo soy hetero y no voy por ahí diciendo que esté orgulloso de ello, la verdad.

–El 28 de junio no hay clases, Fulgen –interviene Regina–. No ayudaría mucho ponerla cuando nuestro alumnado no está, ¿no te parece?

–Pues mira, Regina, a mí lo único que me parece es que esa bandera no representa a todo el mundo y que tiene un contenido claramente político. Así que dudo que deba ser lo primero que se vea en cuanto entras en el centro. Que figure durante algunos días en un espacio concreto y más discreto, como el rincón que se ha creado en la biblioteca, puedo entenderlo, sí, pero que el Maruja

Mallo esté presidido por esa bandera, sinceramente, no.

Así que quiero que conste mi queja y mi exigencia de que se retire.

–¿PERDÓN?

La voz de Marc se confunde con el revuelo que se forma en cuanto Fulgen acaba su intervención.

En el rumor que han desatado las palabras del de Sociales se mezclan quienes le dan la razón (pocos) con quienes no dan crédito a lo que acaban de escuchar (la mayoría).

Yassir, consciente de su papel como jefe de estudios, se ve obligado a tomar nota de su exigencia, a la que le responde con la mayor concisión posible:

–Lo estudiaremos.

–Bien –sentencia él alzando mucho la voz para imponerse al resto–, porque, si no, me veré obligado a poner una denuncia en inspección. O hasta a hablar con los medios.

Regina sufre un pequeño escalofrío al oír esa amenaza.

En la inspectora confía, porque se conocen desde hace años y duda que sea tan rancia como para ponerse del lado de Fulgen. Pero en los medios...

Hay unos cuantos que estarían deseando convertir su instituto en titular.

Con lo que le gusta a la prensa el amarillismo.

Y más todavía si se puede criticar a los profesores. Y a los adolescentes.

Un dos por uno que la amenaza de Fulgen les pondría en bandeja a los cazadores de polémicas.

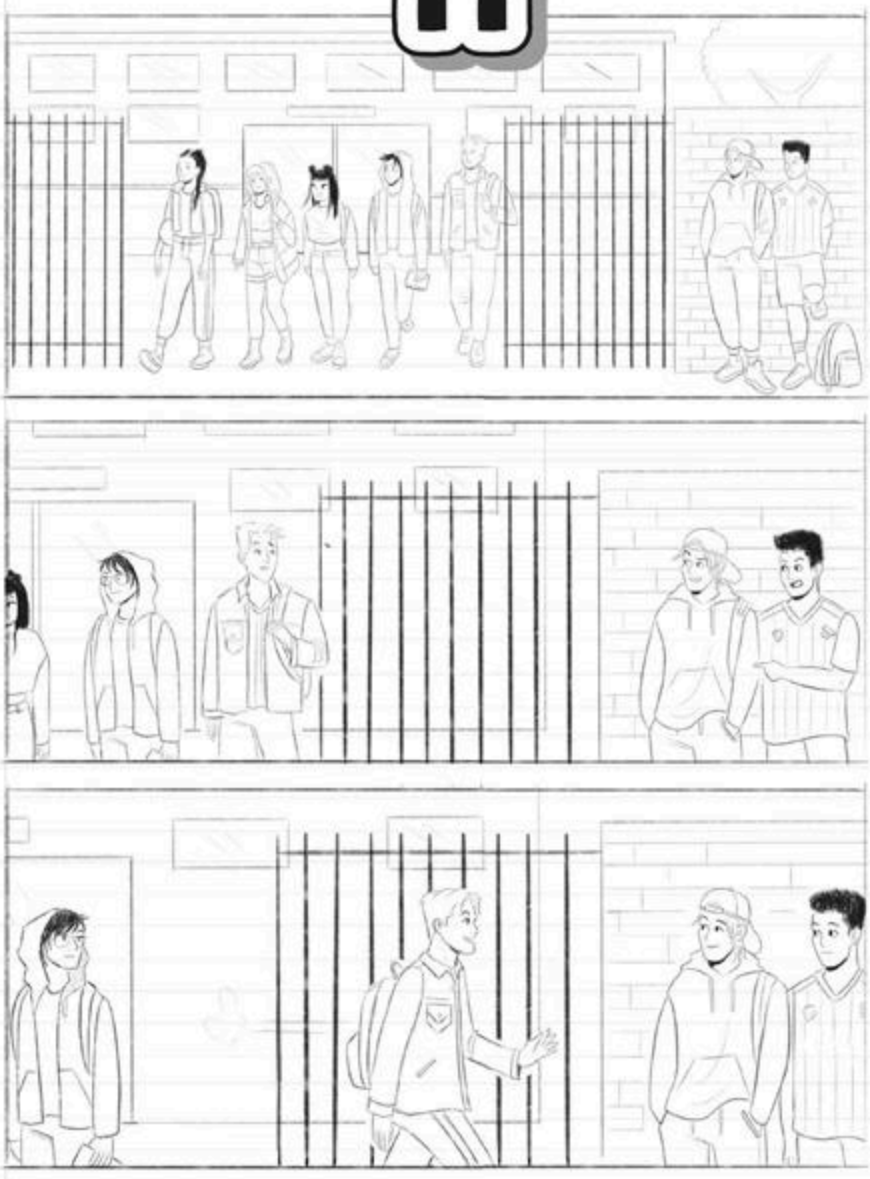
Regina lo sabe.

Y Yassir sabe que Regina lo sabe... Así que corta el tema lo antes posible y despide el claustro bruscamente, consciente de que la bandera, que con tanto orgullo (y nunca mejor dicho) han colgado esta semana en el hall, puede darles problemas.

O, más bien, UN problema: en singular y con nombre propio.

IDEAS PARA EL PÓDCAST

11



12

–¿Puedes quedarte a tomar algo hoy después de las clases?

–No. –Marc se apresura a corregirse al darse cuenta de que ha dicho justo lo contrario de lo que quería decir–. Sí.

–¿No o sí? –se ríe Yassir, que no tiene claro cuál es la respuesta correcta.

–Que sí, que sí –se ríe también Marc–, que sí puedo.

Eligen una cafetería algo alejada del instituto, lo justo como para evitar encontrarse con otros profesores, padres, alumnos o cualquiera que tenga la más mínima relación con el Maruja Mallo.

Marc ha intentado no darle muchas vueltas al motivo de la invitación de Yassir.

Pero la verdad es que, desde que se lo ha propuesto en el recreo, no ha dejado de pensar en ello, hasta el punto de que no está muy seguro de si ha mezclado sujetos y predicados en la clase de sintaxis con 4.o o si ha confundido a Garcilaso con Quevedo en la clase de literatura con 3.o.

«Total, tampoco creo que les importe demasiado», se consuela,

y trata de controlar sus expectativas sobre el rumbo que pueda tomar una conversación que (y aquí le vendría muy bien cualquier verso enamoradizo de Garcilaso) le apetece mucho.

–Quería proponerte algo –empieza Yassir, casi sin dar tiempo a que Marc se siente en la barra y pida algo–. Para tu pódcast.

¿Para su pódcast?

Teniendo en cuenta el éxito cosechado hasta ahora y que se resume en 1) cero repercusión, 2) cero seguidores, 3) cero escuchas y 4) cero interés de su grupo de la Séptima en los temas que Marc les sugiere, no ve grandes opciones de salir airoso de lo que sea que Yassir quiere pedirle. Pero, como tampoco está dispuesto a defraudarlo antes de tiempo, lo escucha con atención.

–Ya viste la que nos lio Fulgen en el último claustro...

–¿Por lo de la bandera?

–Sí.

–Pues claro que lo vi. Pero imagino que no le vais a hacer caso, ¿verdad?

–Lleva días movilizando al sector rancio del claustro...

–Que son cuatro gatos, Yassir.

–Sí, pero cuatro gatos pesadísimos... Además, no solo está comiéndoles la cabeza a ellos.

–Ah, ¿no?

–No... También ha hablado con la gente de la AFA. Y ahí sí que ha encontrado a algún cavernícola más...

–Los padres de Fang están en la AFA, ¿no? Y dudo que a Julio y a David les haya encantado la ida de olla de Fulgen.

–No, pero hay otros padres a los que sí... Un insti es como un pequeño país, Marc, y tú lo sabes mejor que nadie. Así que aquí hay de todo. Incluso gente que ve en nuestro arcoíris una amenaza.

Marc resopla.

Sabe que Yassir tiene razón. Y eso, precisamente eso, es lo que le molesta.

Le enfada que haya quien crea que esa bandera multicolor con la que solo quieren decir a sus estudiantes algo tan sencillo como «te vemos, seas como seas, te vemos y sabemos que estás aquí» pueda molestarle a alguien.

–¿Y qué quieres que hagamos desde el pódcast?

–Que habléis de por qué es importante que esa bandera siga en el hall. No sé, averigua qué opinan tus chicas. Y tus chicos. Pueden preguntar a sus compañeros, a sus familias...

–O a nosotros –apunta Marc–. ¿Tú te imaginas cómo habría sido nuestra adolescencia si hubiésemos tenido algo así en nuestros instis? Porque yo sí que lo he pensado más de una vez... Y me gustan más esos doce y esos trece años que no tuve que los que me tocaron vivir...

–¿Ves? De eso se trata. De callar a los Fulgencios con

argumentos. Y, cuanto más numerosos y más personales sean, mejor.

–Los Fulgencios… –repite Marc y los dos, sin poder contenerse, se ríen–. Podrían montar un grupo de música o algo.

Se vuelven a reír y descubre que los ojos color miel de Yassir son aún más cálidos gracias a esa risa que dulcifica su expresión, habitualmente contraída por la cantidad de trabajo que le llega a Jefatura.

Marc piensa en algo inteligente, bonito e ingenioso que decirle y, por supuesto, no lo encuentra, así que se limita a asegurarle que sí, que el próximo pódcast lo dedicarán a tranquilizar a los Fulgencios que **tienen miedo de que el arcoíris los atrape y engulla sin piedad**.

–Si tu grupo quiere –se ofrece Yassir–, podrían entrevistarme también a mí. Aunque mi historia da para un especial, ya te aviso.

–Algún día me la tienes que contar.

Su respuesta ha sonado a invitación. Y aunque no era lo que pretendía insinuar, se alegra de haberlo hecho.

Quizá se le da mejor hablar sin pensar que decir después de haber pensado (con todos los peligros que ello supone).

Porque ahora mismo corre el peligro de que Yassir marque distancias.

O, peor, que le responda con un «pero tú de qué vas».

O, incluso aún peor, que lo ignore y no se dé por aludido.

O, lo peor de lo peor de lo peor, que le conteste tal y como está a punto de hacerlo:

–Claro, quedamos una tarde y te cuento.

Y como Marc no estaba preparado para esa respuesta –básicamente, porque tampoco estaba preparado para lanzarle esa pregunta–, se acaba el café, se despide, le repite unas quinientas dieciséis veces que sí, que claro que va a grabar con su Séptima el pódcast que le ha pedido y se mete en el metro con una sonrisa adolescente que no lo abandona en lo que queda del día.

Porque el Marc de doce y trece años, ese que no vio nunca un arcoíris colgado en el hall de su instituto, ese al que nunca le dijeron que estaba bien ser como era y que no debía avergonzarse por ello, hoy siente que todos los colores de ese arcoíris le sonríen y abrazan a la vez.



Dany les pide que esperen cinco minutos más, pero Valeria insiste en que su madre llegará en cualquier momento para llevarla a su clase de canto.

–¿También cantas? –le pregunta Fang–. Eres una caja de sorpresas.

–Mira quién habla –se ríe Valeria–, pero si tú estás apuntada a todo.

–Ya, pero no te creas que me gusta todo... Lo que pasa es que así mis padres pueden venir a recogerme. Si no es uno, es el otro... Como vivimos tan lejos...

–Y ¿cómo es que te has venido a este insti si te pilla tan mal? Total, son todos un asco –comenta Iago, con su habitual optimismo académico.

–En mi barrio no hay ningún otro que sea público.

–Pero tus padres tienen pasta, ¿no? –apunta Iago mirándole las deportivas–. Porque esas zapas cuestan más de cien pavos, fijo.

–Me dieron plaza en este. No sé...

Fang se aparta un poco, como si estuviera pendiente de la llegada de Martín, pero lo único que quiere es cerrar un tema que la hace sentir incómoda.

Hay algo en su familia, en esa casa bastante más grande que los pisos de sus compañeros, en ese jardín del que –de momento– ni siquiera les ha hablado o hasta en su ropa de marca –con la que sus padres se empeñan en llenar su armario– que la hace sentir cada vez un poco más incómoda.

Es como si, cuantos más años cumpliese, más consciente fuera de desniveles que no deberían existir y que la llevan a preguntarse qué pasaría si ella estuviera en el otro lado. Sus padres, cuando le entra lo que ellos llaman «sus dudas filosóficas», tratan de convencerla para que no se inquiete por cosas que no deberían preocuparla, pero Fang no está tan segura de que sea así; si no es a ella, ¿a quién deberían preocupar?

–Bueno, ¿qué? –se impacienta Iago–.

¿Este viene o no viene?

Dany les enseña el emoji que Martín acaba de enviarles al grupo:



–¿Y si vamos empezando? –sugiere Valeria sin mucho éxito.

–¿Y tú qué cantas?

Iago lanza su pregunta con la intención de conocerla un poco más, pero su tono suena tan brusco que parece que quisiera someterla a un interrogatorio.

–Pop, sobre todo. Canto y compongo... A veces.

–Mola.

Valeria se sorprende ante su comentario. Ha estado a punto de mentir o, por lo menos, de omitir y saltarse lo de que compone sus propios temas. Temía que la acusaran de la misma repelencia con que la han etiquetado más de una vez. A Iago, sin embargo, parece que le ha gustado su respuesta. Y ella, por primera vez desde que están en el grupo, le sonríe. Quizá lo ha prejuzgado, quizá no sea un tío tan básico como ella había creído.

–¡Por fin! –saluda Dany a Martín, que llega sudoroso y casi sin respiración al parque en el que los ha citado Valeria.

–Bueno, pues, ahora que estamos todos –empieza a hablar Iago–, os lo cuento: me piro. Es lo único que he venido a deciros. Pero no me molaba hacerlo por el grupo de wasap, así que os lo cuento aquí.

Valeria rebobina y retira, una a una, todas las palabras favorables que le había dedicado. ¿Que no es un tío tan básico? Pues claro que sí. Básico. Muy básico. Basiquísimo. No tiene muy claro por qué le da tanta rabia que Iago se vaya, **pero sí que ha**

elegido el peor momento posible, justo cuando ella les va a proponer un plan de esos que cambian vidas.

–¿Estás bien? –le pregunta Dany a Martín, a quien nota muy agitado, como si su tardanza se debiera a algo más que a haber calculado mal el tiempo que se tarda en llegar desde su casa hasta el punto de encuentro.

Él se limita a asentir y ella no tiene tiempo de preguntarle nada más, pues Valeria toma enseguida la palabra, dispuesta a que se sumen a su acción. Incluso a que Iago, que sigue allí inmóvil a pesar de haber dicho que se va, se replantee su marcha.

–Ya que has venido –lo invita ella–, quédate. Total, no tienes por qué hacer nada... Pero lo mismo esta idea sí te mola.

–Mira, yo me apunté a esto para aprobar Lengua sin pegar ni palo. Punto. Pero a mí vuestras rayadas... Pues, tía, que paso.

–Valeria, ¿y tu idea cuál es? –se impacienta Dany, a quien empieza a darle bastante igual que Iago se quede o se vaya definitivamente.

–Mi idea es que no nos rindamos.

–Guay. Una idea superpráctica... –reacciona Fang sin disimular su ironía.

–Lo que quiero decir es que Marc nunca nos va a dejar sacar lo que tenemos. Pero estoy segura de que ni siquiera es cosa suya.

–Y entonces, ¿de quién es? –interviene Iago.

–¿Tú no te ibas?

Iago se encoge de hombros: no puede negar que la idea de Valeria le ha picado la curiosidad.

–De la dire, fijo –apunta Fang–. No creo que a Regina le mole que uno de sus profes le declare la guerra a otro.

–Obvio. Por eso la guerra se la tenemos que declarar nosotros...

–Que sí, que todo eso suena muy bien –los interrumpe Martín–, ¿pero cómo?

Su reacción los sorprende. Porque han sido muchas más palabras seguidas que las que él suele emplear (diez, en todo un derroche verbal) y, sobre todo, porque no las ha expresado con su tono de siempre, sino con verdadera urgencia.

Habrían esperado una pregunta así de Iago, que sigue sin ejecutar ese «me largo» con el que se ha presentado esta tarde. O incluso de Dany, que odia perder el tiempo dándole vueltas a imposibles. Pero les ha chocado que sea Martín quien les exija un plan de acción, como si quisiera zanjar el tema cuanto antes para volver a casa.

–Mañana en el taller –les explica Valeria– grabamos el pódcast con el guion que nos ha propuesto Marc...

–¿El rollo arcoíris?

–¿Te parece un rollo, Iago? –se molesta Fang.

–Me parece que no va conmigo.

–Pues yo creo que va con todo el mundo.

Nadie dice nada, pero todos piensan lo mismo.

Ahora sí creen saber por qué se larga justo ahora.

O, por lo menos, se lo imaginan. Sobre todo, Martín, que intuye cómo reaccionarían los colegas de Iago, esos mismos a los que vio burlarse de él por ser parte del pódcast, si graba ese episodio.

–Bueno, pues hacemos lo que nos ha pedido Marc –continúa Valeria– y, en algún momento en el que podamos quedarnos a solas, grabamos también nuestra denuncia y la colamos en el programa. Con dos minutos sería suficiente.

–Nos la jugamos fijo... No vamos a aprobar Sociales en la vida, tía.

–Depende, Fang.

–¿Depende de qué? En cuanto Fulgen lo oiga, estamos todas suspensas hasta que nos muramos.

–Si no decimos su nombre, no.

–¿Y de qué sirve entonces?

–¿No lo ves, Dany? Todo el mundo va a saber que nos referimos a él... Pero, si no pronunciamos la palabra «Fulgen», no puede demostrarlo.

–Nos va a odiar igual...

–¿Y qué? –pregunta Iago–. ¿Lo que ese tío piense de nosotros nos importa?

–A mí es que me gustaría sacarme la ESO alguna vez... –comenta Fang, lo que provoca la risa de Dany.

–A todos, sí –insiste Valeria–. Pero si no decimos su nombre es como hacerlo…, pero sin hacerlo. Y, sin embargo, lo estaríamos haciendo.

–Con el trabalenguas ese me he perdido…

–Lo que quiero decir, Dany, es que no es tan arriesgado.

–Ya, ¿y cómo sacamos a Marc del estudio para grabar nuestra parte?

–Podemos inventarnos algo.

–No va a colar –opina Iago–. Marc no es tonto. Raro sí, pero tonto, no.

–A mí se me da muy bien hacerme la enferma –sugiere Fang–. En el otro cole, cuando quería librarme de ir a clase, lo practicaba mucho. Estoy entrenadísima, en serio, y si entonces colaba con mis padres, ahora colará también con Marc, estoy segura.

–Puede servir… Pero tenemos que conseguir que salga contigo para que te acompañe a Jefatura. Está en la otra punta del edificio, así que eso nos daría al resto casi diez minutos.

–Bien, ¿no? –vuelve a intervenir Iago, a quien la idea de la revolución radiofónica le seduce bastante.

–¿Pero tú te vas o no te vas? –lo provoca Valeria, aunque en el fondo le divierta haber llamado su atención.

–Si grabamos más de dos minutos, se va a dar cuenta antes de emitirlo –señala Dany–. Mejor algo cortito y que no se note demasiado si le da por repasar la grabación. Lo dejamos ahí,

medio escondido entre todo lo demás, y, así, cuando alguien oiga el pódcast...

–Si lo oyen... –comenta Martín sin ocultar su pesimismo.

–Este sí que lo van a oír –les informa Fang–, ¿o no recordáis que Marc nos contó que quieren ponerlo en tutoría en todos los cursos?

–Vamos, que se va a enterar todo el mundo... –resume Iago, a quien eso le provoca una inseguridad que cada vez disimula peor.

–Si lo hacemos bien, sí –asegura Valeria–. Porque vamos a hacerlo, ¿verdad?

–Pues claro –responde Dany sin dudarlo, y busca a los demás con la mirada para que le den la razón–. Para algo tiene que servir esto de ser la Séptima, ¿no?

Se ríen, chocan las manos y se despiden llenos de algo que, si tuvieran que definirlo, se parece mucho a la ilusión. A pesar del interrogante sobre Iago, que ni les ha chocado la mano ni les ha aclarado si va a participar o si se va a replantear su salida del grupo. O de lo raro que han notado hoy a Martín, que camina a casa sin despegar la mirada del suelo, como si quisiera evitar cruzarla con nadie.

14

LO DE MARTÍN

Si tuviera que dibujar lo que hoy siente, lo haría así:



Y, aunque lo hace, esta noche no nota que ese ejercicio lo libere.

Normalmente, sí que lo libera.

Mucho antes de que Ginés le insistiera en que usara sus dibujos para desahogarse. Como si él no lo supiera. Es más, como si no hubiera empezado a dibujar precisamente por eso. Porque en ese universo de lápices y rotuladores que es solo suyo no hay lugar para los ******** (alguna vez le gustaría inventarse una palabra para ellos que le evite pensar en las que prefiere no decir) que le hacían la vida imposible.

Los mismos ******** que lo obligaron a ponerse candado en todas sus redes para evitar que se cuelen en su habitación. Y en sus fines de semana. Y en este insti en el que lo que más le gusta es que no están.

Pero su barrio sigue siendo su barrio.

Y a veces se le olvida que también es el de ellos.

El de los ******** que suelen pasar de él porque ni siquiera lo ven. O porque deben de haber encontrado alguna nueva víctima ahora que ya no lo tienen en clase. O porque Martín ha aprendido a ser tan invisible y a camuflarse tan bien entre columnas y portales que ni siquiera se dan cuenta de que está allí.

Pero esta tarde sí.

Esta tarde lo han visto.

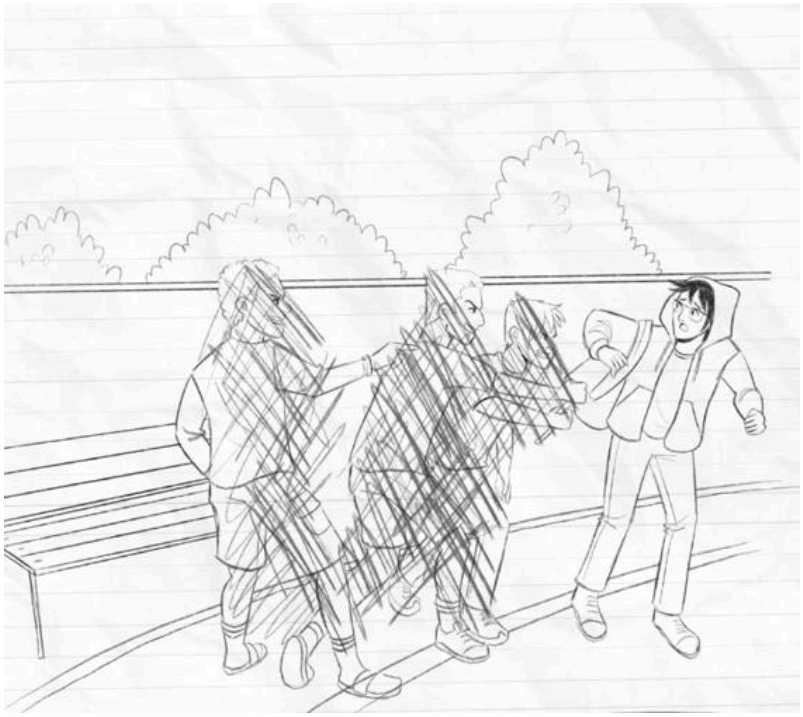
Porque han mirado más.

O porque él se ha confiado.

O porque quien sea su nueva víctima –los depredadores siempre andan a la caza de alguna– no ha ido a clase esta mañana y ellos necesitaban su ración cotidiana de odio.

Y en cuanto lo han visto a él, los ******** la han aprovechado.

Una vez más.



Por eso ha llegado tarde a la cita con la Séptima.

Por eso no se encontraba demasiado bien durante la reunión.

Y por eso le cuesta emocionarse con su plan de mañana.

Porque odia pensar que lo de hoy puede repetirse.

Odia sentir miedo al recordar que deberá volver a cruzar ese parque.

Y no quiere tener que dibujar de nuevo a esos ******** por mucho que Ginés le insista en que el arte lo ayuda.

A él lo único que le ayudaría de verdad es una goma de borrar gigante. Inmensa. Una goma de borrar blanca y reluciente con la que sacarlos de su vida para siempre.

15

Esta vez el guion del pódcast no es tan terrible como el del primero. Y, aunque todos están convencidos de ajustarse al plan, se preguntan si han elegido bien el programa para hacerlo. Valeria, que se ha emocionado al escuchar el testimonio que el propio Marc ha grabado para el que han llamado su «episodio arcoíris», está a punto de pedirles que aborten la operación, pero también piensa que es bueno que su mensaje acabe infiltrado en una emisión que sí tendrá audiencia.

Marc, ajeno a lo que planea su Séptima, ha cogido el micro y se ha abierto como no lo había hecho hasta ahora. Por lo menos, no en una clase. Ni en ninguno de los institutos en los que ha trabajado antes. Y que a su edad (ese dato no nos lo deja poner aquí; si lo hacemos, nos mata) son ya unos cuantos.

LO DEL MARC

«No sé si importa que haya una bandera arcoíris en el hall.

O un cartel antirracista.

O una pancarta con el puño feminista enmarcado en violeta.

Lo que sé es cómo se crece cuando no hay nada de eso en un hall idéntico.

Cuando tienes doce, trece años y llegas a un lugar donde nadie se ha dado cuenta de que existes.

Y entonces lo que te pasa es que tú también dudas.

Dudas si existes.

O peor: dudas si está bien que existas.

Y, cuando te preguntan quién te gusta, nunca dices el nombre de ese cantante. Ni el de ese actor. Ni el de ese compañero de clase con el que te pones nervioso y que te hace decir tonterías.

Porque, cuando aparece nuestro *crush*, asumámoslo: todos decimos tonterías.

Tengamos trece años, o treinta, o cincuenta.

Da igual.

Decir tonterías es necesario.

Y hasta bonito.

Y todos tenemos derecho a decir tonterías.

A ponernos nerviosos.

Y a ser como nos dé la gana.

A mí no me lo dijo nadie y tuve episodios muy complicados.

No hablábamos mucho de salud mental en esos años.

O no como ahora.

Y si no hubiera sido por mis padres...

Pero no todo el mundo tiene unos padres así. Ni todas las casas son un lugar seguro.

Por eso el Maruja Mallo sí tiene que serlo.

Eso es lo que dice ese arcoíris.

Que todo está bien.

Y que, seas como seas, todo va a estar bien».

Martín ha estado a punto de saltarse el guion y preguntarle qué fue exactamente lo que le sucedió. Y cómo lo superó. ¿También hubo un Ginés en su caso?

Pero interrumpir no es uno de sus fuertes y, mucho menos, en medio de la grabación de un pódcast, así que se ha limitado a leer las líneas que le correspondían según el guion y que, en este programa, consistían en introducir testimonios de otros estudiantes.

Diez minutos antes de acabar la grabación del programa, Valeria le hace a Fang la señal acordada.

La señal, que consiste en dejar caer un estuche al suelo, no es el colmo de la sofisticación (ni de la sutileza), pero sí resulta lo bastante clara como para que todo el mundo ocupe sus puestos y, también, **lo bastante ruidosa como para detener la grabación**.

–Lo siento –se disculpa Valeria.

–No pasa nada –la tranquiliza Marc–, es lo bueno de que el pódcast no sea en directo. Aunque, si lo fuera, también tendría arreglo. No imagináis la de cosas que te pasan en la radio...

–¿Pero tú has currado en la radio de verdad? –lo interroga Iago, que al final sí que ha venido al taller.

–Bastante, sí, pero otro día os lo cuento mejor... –le responde con un aire de misterio que provoca la curiosidad del grupo.

–Otro día, otro día –lo imita Iago–, para ti siempre es otro día.

–Profe –arranca por fin Fang, poniendo su peor cara y exagerando una voz entre la enfermedad terminal y la muerte inminente–, no me encuentro bien.

–¿Y eso? –se inquieta Marc.

–No sé...

–¿Me acercas un vaso de agua? –le pide a Valeria, que corre rauda a por él–. ¿Quieres irte a casa? ¿Aviso a tus padres?

¿A una ambulancia? ¿Al ejército? Marc, que se considera un inútil integral para cualquier cuestión relacionada con la vida adulta, sobre todo si tiene que ver con médicos y hospitales, no deja de hacerse preguntas y solo quiere que ella se ponga bien

por arte de magia. Algo que sospecha que no va a suceder.

–¿O prefieres esperar aquí a que vengan? Puedes sentarte en un ladito y ya está.

Valeria niega con la cabeza tratando de que Marc no la vea, pero Fang sí; necesitan hacerlo salir del aula. Si no, no podrán colar su grabación.

–Es que me duele mucho la cabeza… –exagera ella–. La cabeza… y la tripa. También. Muchísimo.

–¿Quieres ir al baño?

–No… Necesito tumbarme… Y en Jefatura hay un sofá.

El sofá. Ese lugar que a Marc le provoca pavor solo de pensar en él.

Porque no solo es el sitio en el que se tumban todos los que se sienten mal para ver si se ponen mejor, sino que Regina tuvo la idea de poner una manta a sus pies, por si les entra frío, una manta que debe tener el récord mundial de virus y gérmenes en superficie textil y a la que Marc no se acercaría ni con un palo.

–¿Tan mal estás?

Fang asiente.

–Bueno, pues ve a Jefatura. Espérame allí.

Que no, que eso tampoco le vale…

Fang respira hondo y toma fuerzas para interpretar el papel de su vida.

Se pone en pie, da un paso y finge estar a punto de desmayarse.

Marc, alarmado, corre hacia ella, que siente una punzada de remordimientos por el teatro que le están montando.

–Tranquila, Fang, yo te acompaño. Esperadme aquí, por favor.

Valeria respira aliviada y, en cuanto Marc y Fang salen por la puerta, da la señal al resto para que se pongan en marcha.

Martín se adueña de la mesa de sonido.

Iago vigila la puerta.

Dany prepara la música que han escogido para marcar el corte de sección.

Y Valeria lee el texto que han escrito.

–¿Estamos *ready*? –les pregunta Dany.

–¡Estamos!

Dany pone la música, la deja sonar apenas tres segundos y Valeria, intentando que no se le noten los nervios ni le tiemble la voz, empieza a leer.

A LO MEJOR NO TE HAS ENTERADO, PERO ESTE PROGRAMA NO LO ESTAMOS HACIENDO POR CASUALIDAD. NO *WAY*. LO ESTAMOS HACIENDO PORQUE UN PROFE SE HA QUEJADO DE QUE TENGAMOS UN ARCOÍRIS EN LA ENTRADA DEL INSTI. UN PROFE QUE DICE EN CLASE UNAS BARBARIDADES HORRIBLES Y QUE, ENCIMA, TE SUSPENDE SI LE LLEVAS LA CONTRARIA.

PERO COMO NADIE HACE NADA, PORQUE DE MOMENTO NADIE ESTÁ HACIENDO NADA, OS LO ESTAMOS CONTANDO PARA QUE, POR LO MENOS, SE SEPA. ESE PROFE TIENE NOMBRE. OBVIO. Y SEGURO QUE YA SABÉIS CUÁL ES. Y SI LO ESTAMOS FUNANDO HOY AQUÍ ES PORQUE QUEREMOS QUE ALGUIEN HAGA ALGO Y QUE NOS RESPETEN. PORQUE ES MUY *HEAVY* QUE NO TE RESPETEN. ES LO PEOR.



Iago les hace gestos con los brazos para indicarles que Marc está acercándose y Dany y Martín se apresuran a parar la grabación. Todos corren hacia sus sitios y fingen que el pódcast sigue en el mismo punto en el que estaba apenas unos minutos antes.

–Cómo corre el tío este, ¿no? –le susurra Iago a Valeria–. Un poco más y nos pilla...

Ella asiente y le sonríe. Quizá porque está satisfecha de haberlo conseguido..., o porque ese chico de ojos azules y profundos parece distinto del *gym bro* que la saca de quicio cuando se toma las cosas en serio.

–Por cierto... Gracias.

–¿Por qué? –se sorprende Iago, que hace mucho que no escuchaba esa palabra dirigida a él.

–Por quedarte.

–Shhh –avisa Martín, que teme que esa conversación los delate.

Por suerte, eso no sucede.

Marc no nota absolutamente nada **y se limita a pedirles que graben una breve despedida para subir el pódcast esa misma tarde**.

–¿Hay algo que editar?

–No –contesta Martín, siempre a favor de responder las preguntas para las que basta con un monosílabo.

–Se puede poner tal cual –insiste Dany.

–Ha salido del tirón, profe –razona Iago, que teme que una posible edición desvele el contenido que han colado en secreto.

–Llámame Marc mejor, que «profe» no me gusta.

–Se me hace raro, profe.

Marc se ríe y, tras cerrar la grabación, les hace una señal para que lo apaguen.

–Con este programa triunfamos seguro –les dice orgulloso.

Y todos, que deberían sentirse eufóricos por haber sacado adelante su plan, notan un pinchazo extraño que no saben cómo calificar.

Bueno, Valeria sí. Y no le gusta mucho la palabra.

Porque la única que se le ocurre es «traición».

16

Hoy a Marc le esperan dos broncas.

Una que va a tener que aguantar en modo pasivo.

Y otra que va a tener que soltar en modo activo.

No sabe cuál de las dos le apetece menos, pero sí que la segunda lo entristece mucho. Sobre todo, después de una tarde en la que creía que, por primera vez, todo iba bien.

Y lo pensaba de verdad mientras escuchaba cómo había quedado el pódcast: ágil, ameno, divertido.

Nada extraordinario, pero lo bastante especial como para que, por fin, el taller tuviera sentido.

Estaba feliz. Casi satisfecho de sí mismo. Y eso no le pasa a menudo. Pero esta vez tenía motivos.

Hasta que sonó algo que no recordaba haber escrito.

Algo que estaba SEGURO –mayúsculas de cabreo igualmente mayúsculo– de no haber escrito.

Es más: algo que había PROHIBIDO –mayúsculas aún más mayúsculas que las anteriores– que escribieran.

Sabía lo que iba a pasar a continuación, así que, para evitarlo, puso su móvil en modo avión.

Y esta mañana, nada más despertar, ahí estaban.

Las trece llamadas perdidas de Yassir.

Las dieciséis de Regina.

Los mensajes (para qué contarlos) en su buzón de voz.

Y el «A LAS 8 EN MI DESPACHO» de la directora que, mayúsculas de indignación aparte, no iba acompañado de un miserable emoji que lo suavizara.

La bronca en modo pasivo: mal rollo 1 - Marc 0

Marc entra cabizbajo en el despacho de Regina. Sabe que, le diga lo que le diga, tiene las de perder.

Piensa un par de argumentos más o menos consistentes con los que defenderse, pero opina que es más inteligente no oponer resistencia y asumir el temporal. Cuanto menos hable, más rápido pasará todo. Y quizá eso le permita seguir al frente del pódcast, si ella no lo fulmina hoy mismo.

—Solo dime una cosa —le pregunta Regina mirándolo fijamente a los ojos.

¿Eso es todo?

¿No le espera una charla infinita sobre su responsabilidad y bla, bla, bla?

¿O es una pregunta trampa?

Sí, tiene que ser eso.

Una pregunta de las que se formulan para que, digas lo que digas, te caiga después un rollo histórico. Mítico, incluso.

–¿El qué, Regina? –se atreve a decir mientras busca, con la mirada, la protección de Yassir, que también está presente en la reunión.

–¿Quién lo ha hecho?

–¿Cómo?

–Dime quién ha sido el responsable de esta idea, le ponemos una sanción ejemplar y listo. No se puede ir difamando a profesores por ahí...

–Bueno... Difamar, lo que se dice difamar, tampoco difaman. No dan ningún nombre...

–¡No me toques las narices, por favor!
¡No me toques las narices!

Regina da un golpe en la mesa y Marc comprende ahora que la pregunta era mucho menos inocente de lo que parecía.

Ella necesita culpables. Y los va a encontrar. Así que hay dos opciones: que esos culpables sean algunos de sus alumnos o que sea su profesor responsable, y si Marc quiere salvar la cabeza, le toca elegir la primera opción.

–Todos sabemos a quién se refieren –apostilla Regina, que se recoloca en su asiento y se retira el pelo de la cara en un esfuerzo bastante poco exitoso de mantener la calma.

–Es que entonces… –se atreve a insinuar Marc.

–Entonces, ¿qué?

–Que si lo sabemos es porque pasa algo con esa persona, ¿no? Si no, no lo sabríamos…

–¿A ti te gustaría que te insultasen en público? ¿Que todas las familias oyesen algo así? Porque no sé si has visto el número de escuchas…

Lo ha visto, sí.

Pues claro que lo ha visto.

Y no tiene dudas de que el pódcast se ha viralizado en parte porque los de su Séptima lo han mandado a todo aquel al que se les ha ocurrido y, en parte, porque es un chisme demasiado jugoso **como para pasar desapercibido**.

Nada más llegar esta mañana al Maruja Mallo, ha notado que todos andaban jugando al quién será, aunque nadie parecía tener otro nombre en los labios que no fuera el correcto.

–No me gustaría, Regina –su hilo de voz intenta, sin mucho éxito, volverse algo más grave–, pero, si fuese uno de nuestros alumnos, tampoco me gustaría que me insultaran, ni que me discriminaran, ni que me suspendieran solo por ser crítico. Y eso es lo que él hace.

–Ese debate está fuera de lugar ahora. De lo que se trata aquí es de que no se puede confundir la libertad de expresión con el insulto.

–Regina –la interrumpe Yassir, que intenta aparentar neutralidad a pesar de que su lenguaje corporal lo sitúa durante toda la reunión del lado de Marc–, insultos no hay. Es un mensaje duro y directo, sí, pero no insultan a nadie.

–Me da lo mismo. Quiero los nombres de los responsables. Y los quiero hoy mismo –la directora junta las manos sobre la mesa, entrelazando sus gruesos dedos llenos de anillos– o habrá consecuencias.

La bronca en modo activo: mal rollo 2 - Marc 0

Marc reúne a la Séptima en el recreo.

Nadie se sorprende.

Nadie llega tarde.

Nadie piensa en no asistir y, mucho menos, en mentirle.

Saben lo que han hecho y, aunque las dudas y los remordimientos no les han dejado dormir bien, piensan defenderlo y dar la cara.

Marc tenía una mínima confianza en que nada de eso ocurriera.

En que le mintieran poniéndole un millón de excusas.

O en que no respondieran a su llamada.

O en que no fueran coherentes con lo que han hecho.

Cualquiera de esas tres opciones se lo pondría fácil.

Porque entonces sí podría echarles una bronca y decirles que lo han vendido, que son unos niñatos, que no han estado a la altura de su confianza...

Podría montarles una bronca con un tono casi tan borde como el que Regina ha empleado en su reunión.

Sin embargo, delante de él tiene a cinco jóvenes que no niegan, ni disimulan, ni tampoco se inventan excusas para justificarse.

–Teníamos que hacerlo –es lo primero que le dice Valeria.

–Jo, profe... –se suma Iago, que ve un poco raro que la primera vez que hace algo de lo que se siente orgulloso vayan a castigarlo por ello.

–Todo lo que hemos dicho es verdad –argumenta Fang, que ha encontrado en ese hecho su mejor defensa.

–Había que actuar. –Dany, como Valeria, insiste en lo inevitable y en la obligación como único razonamiento posible.

Y Martín, sin que apenas se oiga, murmura un «lo sentimos» con el que sabe que está hablando por todos.

Marc les hace un gesto para que se callen.



Los cinco obedecen. Serios. Conscientes de que su acción tendrá consecuencias y preguntándose si es justo que así sea.

–Hablaremos de esto más adelante. Pero ahora me tenéis que prometer una cosa.

Todos lo miran con el mismo desconcierto con el que él ha reaccionado a la primera pregunta de Regina.

–Os pregunte quien os pregunte, la idea de incluir eso en el pódcast fue mía. ¿Está claro?

–Es que la idea fue… –intenta hablar Valeria.

–Mía. ¿Me habéis entendido?

Asienten sin acabar de comprender lo que está pasando, y él, que pensaba hablarles de la lealtad, del sentimiento de equipo y de otros tantos valores, prefiere callarse. Porque, de un modo extraño, aunque evidente, siente que ya los tienen.

–Y, ahora, todos a clase.

–Pero...

–A clase.

Nadie intenta decir nada más, y Marc se queda un segundo a solas, convencido de que Regina no dudará en cancelar el pódcast en cuanto él entre en su despacho y se declare culpable.

Su Séptima, en la que tantas esperanzas había depositado, ha terminado.

17

–¡Qué máquina! –Charlie, el capitán del equipo de fútbol, felicita a voces a Iago nada más verlo salir del insti.

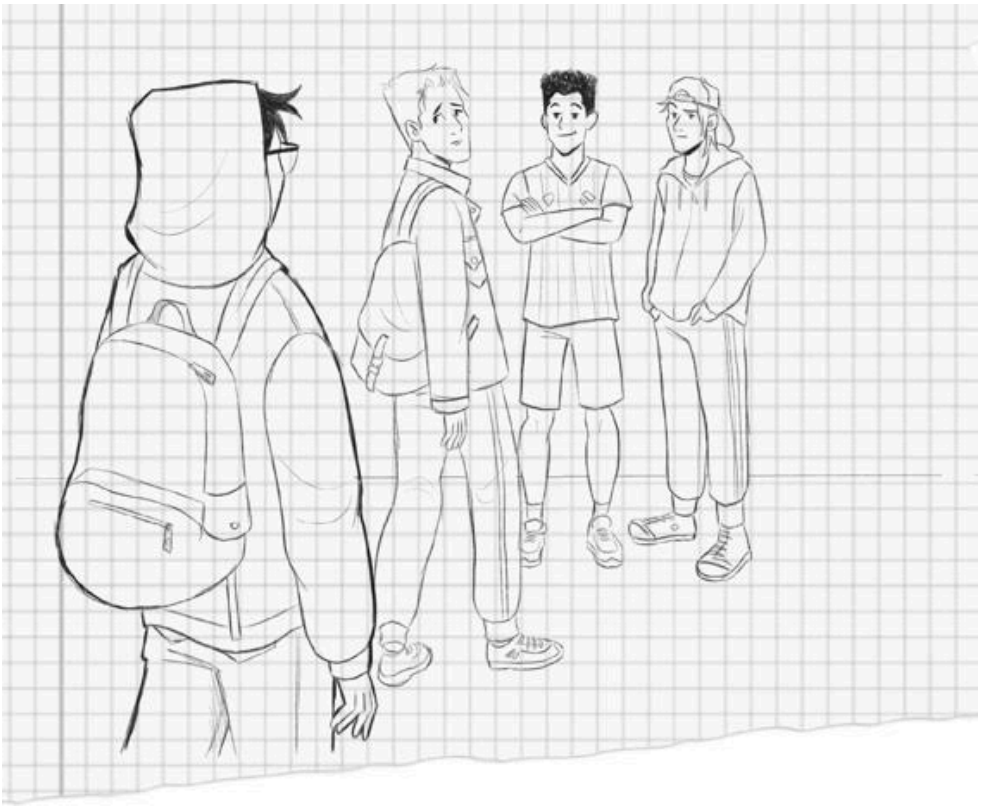
–¡La que has liado, bro! –se ríe Bruno, otro de sus colegas del equipo–. Al de Sociales lo echan fijo.

Martín, que está justo a su lado y que juraría que los dos hablaban de lo sucedido, se siente un poco idiota cuando ve cómo Iago se aleja de él para juntarse con ellos. Intuye que la sonrisa con la que Iago les responde no es del todo sincera, a pesar de que lo haya dejado tirado en cuanto los ha visto. Como si Martín no existiera.

–Ahora sí que entendemos qué hacías con esos frikis –le dice Bruno con un tono de voz lo suficientemente alto como para asegurarse de que Martín los oye.

Martín se regaña a sí mismo por haberse creído que Iago podría ser algo parecido a un amigo (¿desde cuándo los tíos populares se relacionan con chicos como él?) y corre a casa con dos únicos deseos. El primero, no encontrarse con nadie por el

camino... Y el segundo, llegar lo antes posible para desahogarse en su cuaderno.



Quizá no haya sido así, duda Martín mientras revisa su dibujo. Quizá se ha pasado girando la cabeza de lago... Pero hay algo en su compañero de la Séptima que lo distingue de Charlie y de Bruno. Y de los ******** con los que, por suerte, hoy no se ha cruzado de camino a casa. Algo que no sabe si ha dibujado porque es real **o porque le gustaría que lo fuese**.

–¿Todo bien, hijo? –lo interrumpe su padre gracias a su bonita costumbre de no llamar antes de entrar.

Martín cierra el cuaderno y fuerza la sonrisa que tantas veces

ha ensayado y que Ginés le insiste en que no debería usar como máscara.

Pero Ginés no sabe lo intenso que puede ser su padre.

O lo mucho que se puede comer la cabeza su madre.

Ginés le dice que no sonría porque no es bueno meter los problemas debajo de la alfombra. Ni debajo de la cama. Ni debajo, como está haciendo ahora mismo, de su cuaderno.

Martín entiende por qué se lo dice, sí.

Pero hoy no le apetece sentarse con sus padres y contarles que, a partir de mañana, lo más seguro es que no haya taller.

Que le han quitado algo que apenas había empezado a hacer y donde, aunque todavía no sepa muy bien por qué, se sentía a gusto.

Que ha vuelto a encontrarse con los ******** en el parque y ahora, al volver a casa, prueba cada día un itinerario diferente.

O que ha confirmado que un tío que nunca fue de su liga de posibles amigos no es, menuda sorpresa, de su liga de amigos reales.

Contar todo eso le exige mucha paciencia. Muchas palabras. Y muchos «¿Pero tú estás bien?» más.

Y él, ahora mismo, no tiene ganas de hablar. Ni mucho tiempo (porque Fulgen, en venganza, les ha puesto el examen más difícil del siglo). Ni muchas palabras.

Así que (*sorry*, Ginés) usa su sonrisa-máscara, guarda el cuaderno en la mochila y le enseña a su padre el libro de Sociales

acompañándolo con un solemne «Tengo que estudiar» que confía en que valga para que lo dejen en paz hasta la hora de la cena.

18

SOMOS LA SÉPTIMA  7

Valeria

Gente

Fang

Qué?

Valeria

Se sabe algo?

Martín



Dany

Eso es que no hay más pódcast

Valeria

Ya

Valeria

Ya

Martín



Valeria

En el recreo lo he visto en la cafetería
y le he preguntado

Dany?

Y???

Valeria

Que no, que mañana no hay... Pero que,
si cambiaba de idea, nos avisaba

Fang

Sabíamos que podía pasar, no?

Valeria

Pero no es justo

Dany

A lo mejor todo esto se olvida pronto...

Valeria

A lo mejor...

Si por lo menos sirviera de algo

Dany

Regina no va a hacer nada

Valeria

De momento

Dany

Vale, de momento, pero es que nadie
está haciendo nada
Fulgen sigue igual
Y a mí me van a quedar las Sociales de por vida

Fang

Oye, y esto?

➦ *Reenviado*

Iago ha salido del grupo

Dany

Nos dijo que iba a hacerlo, no?

Fang

Ya, sí, lo dijo, pero luego estuvo con nosotras

Valeria

Ha pasado algo?

Martín

Si no quiere estar,
QUE NO ESTÉ.

Que Martín teclee algo que no sea un emoji en su grupo ya las sorprende.

Pero que lo haga EN MAYÚSCULAS las deja completamente desubicadas.

Dany le pregunta por privado, aunque intuye que su «Ha pasado algo?» se va a llevar justo lo que obtiene: otro 🤐 de Martín para decir que no. Un no que, además, es mentira.

Ha pasado, sí.

No saben qué, pero todas tienen claro que Martín se ha delatado con esa intensidad verbal tan rara en él.

No insisten porque no es el momento. No quieren más malos rollos. Lo único que les gustaría es dar marcha atrás en el tiempo y hacerlo todo diferente.

Eso, por lo menos, es lo que piensa Fang, que se arrepiente de haber traicionado la confianza de Marc.

Y lo que se pregunta Valeria, que no esperaba tener tantas dudas sobre su decisión.

Solo Dany se mantiene firme: hicieron lo que había que hacer. Y si ahora deben aceptar las consecuencias, pues se aceptan.

El chat se queda en silencio unos minutos.

Ninguna sabe muy bien cómo continuar y, al mismo tiempo, tampoco quieren despedirse así. Con una conversación que

acaba en decepción. Y hasta en derrota.

Así que Fang opta por hacer algo de lo que espera no arrepentirse: se inventa (literal) una fiesta.

El motivo lo tiene: su cumpleaños.

Pero ni contaba con invitar a la Séptima ni tampoco lo ha comentado en casa.

Como sus padres son muy profiesta, y prosocialización, y provamosasersuperinclusivos, imagina que verán con buenos ojos que ella esté siendo tan proactiva.

Así que, tras casi cinco minutos en los que nadie escribe nada, ella se lanza.

SOMOS LA SÉPTIMA 

Fang

El sábado doy una fiesta en mi casa

Valeria

En serio?

Fang

Por mi cumple

Dany

Qué guay

Martín



Fang

Queréis venir?

Tardan unos segundos en responder.

Fang, que siempre piensa lo peor, se teme que no quieran.

Que no les apetezca.

Que no les caiga tan bien como para apuntarse.

A lo mejor se ha pasado creyendo que por haber compartido un taller cancelado ya son algo más que compañeros de clase.

Y eso sin contar con lo que le van a decir sus padres cuando les cuente que tienen que dar una fiesta que, hasta ahora, jamás han dado. Porque ella siempre ha preferido celebrarlo solo con la familia, sin más lío, para no tener que vivir el momento de invitar, de superar la timidez y de arriesgarte a un no como el que está segura de que la está esperando...

SOMOS LA SÉPTIMA 🎙️ 7️⃣

Martín

👍

Martín es el primero.

Valeria y Fang se suman enseguida.

Tres 👍 y un *sticker* de gente bailando en una fiesta.

Fang les responde con otro *sticker* –su favorito: un corazón de gominola– y piensa que, para ser la primera vez que se anima a invitar a alguien a una fiesta que ni siquiera existe, el resultado no está nada mal.

19

Yassir

Nos vemos a la salida y hablamos?

Marc responde que sí, claro. Y duda qué emoji utilizar para cerrar su mensaje.

¿Una ? Demasiado simple.

¿Una ? Demasiado cursi.

¿Un ♡? Demasiado evidente.

¿Un ? Demasiado intenso.

¿Una ? Demasiado directo.

¿Un ? Demasiado... polar.

Tras cinco minutos pensando y, por algún motivo que se siente incapaz de explicar, decide que el pingüino es la mejor opción de todas.

Marc

Claro

Cuando imaginaba (porque, admitámoslo, lo ha imaginado más de una vez) que quedaría con Yassir, no contaba con elegir un emoji tan absurdo ni tampoco con que la conversación de su cita (si es que se puede llamar así) tendría un único tema: el pódcast.

En la imaginación de Marc, charlaban un poco de sus vidas y, tras un breve resumen biográfico, pasaban a decirse lo mucho que se gustaban, lo bien que se caían y las ganas que tenían de comerse la boca.

Luego, por supuesto, pasaban de las ganas a la acción.

Pero qué va.

Esta tarde, sentados en una cafetería llena de gente, ruidosa y cero romántica, el único tema de conversación ha sido el mismo con el que se tropieza cada día desde que empezó el curso.

La culpa es suya, por proponerlo.

¿Quién le mandaba?

¿Por qué tenía que complicarse la vida sin motivo?

Lo cierto es que, aunque hoy no se lo vaya a contar a Yassir, sí

hay un motivo.

Uno tan importante como para estar dispuesto a asumir las consecuencias de lo que ha hecho su clase (que, a pesar de todo, no le parece tan mal como se ve obligado a fingir).

Un motivo que nace de esos trece años a los que, cuando mira hacia atrás, le cuesta tanto regresar...

—He estado hablando con Regina —empieza Yassir, que no puede haber elegido una manera menos sugerente de comenzar la conversación.

Citar a Regina es el mejor modo de dejar claro que esa tarde (tampoco) va a pasar nada y que el final de película romántica que Marc tiene en la cabeza es un desenlace altamente improbable.

—Le he pedido que escuche otra vez vuestro programa. Sin la parte de Fulgen, claro.

—¿Para?

—Pues para que se diera cuenta de que todo lo demás merecía mucho la pena... Y sí, se ha dado cuenta. Incluso está dispuesta a que lo retoméis... Pero con una condición.

—Un momento. —Marc necesita asimilar lo que acaba de oír. No esperaba recibir una noticia así y le da miedo entenderlo mal, porque lo último que necesita ahora es otra desilusión—. ¿Regina está dispuesta a que lo retomemos?

—Eso me ha dicho.

—¿Pero te lo ha dicho en plan «estoy dispuesta a pensarlo para

luego decir que no» o en plan «estoy dispuesta a decir que sí»?

–Creo que me he perdido en algún «dispuesta» –se ríe Yassir–, pero yo juraría que lo ha dicho en plan «estoy dispuesta» a secas.

Ahora es Marc quien sonríe.

No por él (que también), sino por sus cinco de la Séptima.

Desde que pasó, lo miran con expresión triste. Casi culpable. Buscando el modo de pedirle un perdón que él, en realidad, les concedió en cuanto pasó todo.

¿Le molestó que lo ignorasen? Un poco.

¿Y que lo engañasen? Un poco bastante.

¿Y que lo hicieran todo a sus espaldas? Un poco bastante muchísimo, sí.

Pero entiende el motivo... Y una parte de él, de esos trece años a los que no quiere volver pero que alguna vez tendrá que abrir con alguien, sabe que habría actuado igual.

Así que la posibilidad de que haya un *happy end* inesperado lo hace sonreír casi tanto como ese beso que hoy no va a suceder.

A Marc le gustaría estar más centrado en un solo tema –lo que, además, ayudaría a que este narrador también lo tuviese un poquito más fácil–, pero sus ideas van dando tumbos desde el aula donde graban el pódcast hasta los ojos de Yassir y así no hay manera de que se concentre en nada (ni de contarlo en orden).

Es genial que el pódcast pueda volver, se dice a sí mismo el Marc que está en el aula del taller.

Es imposible que un tío como Yassir se fije en mí, se regaña el Marc que está en la cafetería sentado frente al que considera el chico más guapo del mundo.

—Aún no te he dicho la condición.

Por suerte, Yassir lo arranca de su ensimismamiento y consigue que los dos Marcs se unan en uno solo.

—¿Y me va a gustar?

—Hummm... No sé.

—O sea que sabes que no me va a gustar.

—Trata de no cerrarte, anda. Que no ha sido fácil conseguirlo...

—Ya, pero ese «hummm»...

—Lo que pide Regina es solo un formalismo.

—¿Cuál?

Yassir se aclara la voz (mala señal n.o 1) y aparta ligeramente la mirada (mala señal n.o 2):

—Que le dejéis escuchar el pódcast antes de subirlo.

—¿Estás de broma?

—Solo como medida de...

-Censura.

—Precaución. Para evitar que vuelva a pasar algo como lo del

otro día.

–Ya... O para obligarnos a quitar lo que no le guste.

–No os va a obligar a quitar nada.

–Y entonces, ¿para qué quiere oírlo antes de que se emita?

–Ya te lo he dicho, Marc. Para evitar que...

–Regina quiere jugar a ser la Inquisición.

–¿No estás exagerando un poco?

–¿Defender la libertad de expresión es exagerar?

–¿En serio te lo vas a tomar así?

–¿En serio esperabas que no lo hiciera?

Yassir lo mira desconcertado.

Está claro que esta no era la respuesta que había imaginado, ni tampoco la que quería recibir.

Y Marc, que ya no sabe cómo dar marcha atrás ante su vehemencia, se queda callado para no echar más leña al fuego.

Sin embargo, la hoguera ya está prendida, y el malentendido, servido.

–Pensaba que me agradecerías que hubiese intercedido.

–No te he pedido que lo hagas.

–Ah, vale, pues perdón por querer ayudar.

Mal.

Todo mal.

Yassir pide la cuenta y paga antes de que Marc tenga tiempo de decir nada más.

En el fondo, casi lo agradece, porque no tiene claro si habría

dicho algo aún peor.

–Piénsatelo y dime algo mañana –le pide Yassir antes de marcharse–. Si es que no, Regina tendrá que buscar a alguien que te sustituya.

Ay... Eso sí que ha dolido.

Entonces, ¿el plan de Regina es seguir adelante con el pódcast sin él?

(Mayúsculas de orgullo herido, por favor).

¿¿¿SIN ÉL???

Marc sale de la cafetería y se mete en el metro completamente derrotado.

Vale que su tarde haya acabado sin beso.

Vale que su peli con Yassir no haya sido una comedia romántica.

Y hasta vale que le impongan un dilema que atenta contra sus principios.

Pero que estén dispuestos a (mayúsculas de cabreo máximo) ROBARLE SU IDEA no.

Eso sí que (mayúsculas de no-puedo-escribir-lo-que-estoy-pensando-porque-sonaría-muy-muy-muy-mal)

NO.

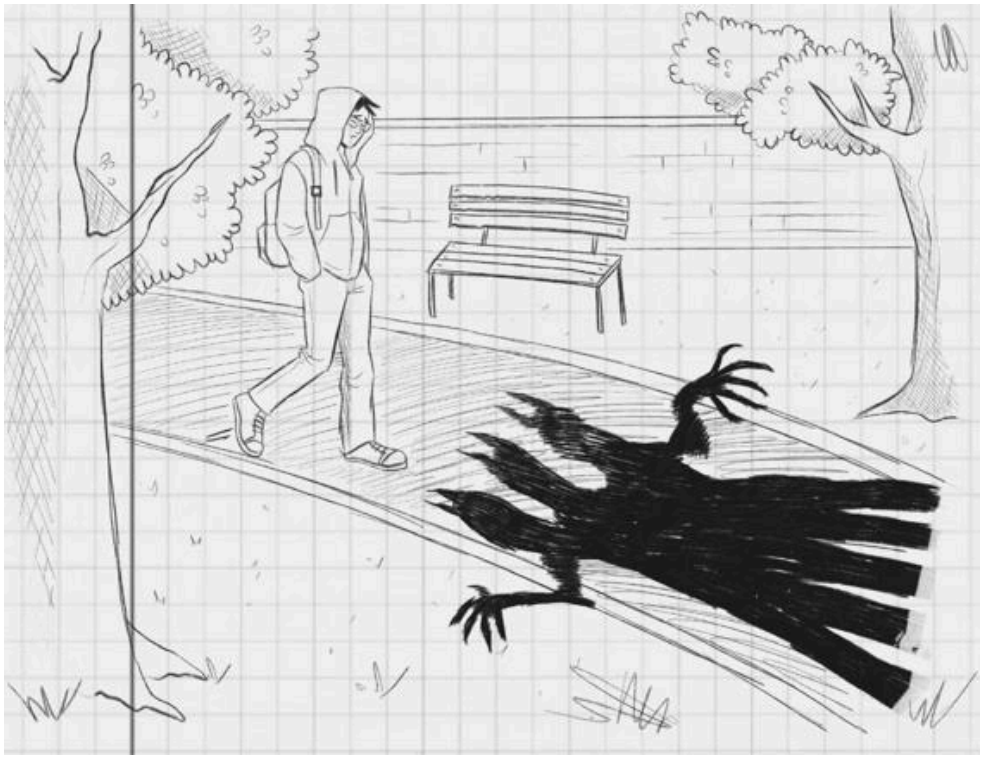
20

Todo transcurre tan deprisa que Martín no tiene demasiado claro qué ha sucedido antes.

En su cabeza le dan vueltas en forma de remolino todas las emociones que ha vivido en apenas unos minutos.

El miedo, la sorpresa, la angustia, el alivio, la rabia y hasta el agradecimiento.

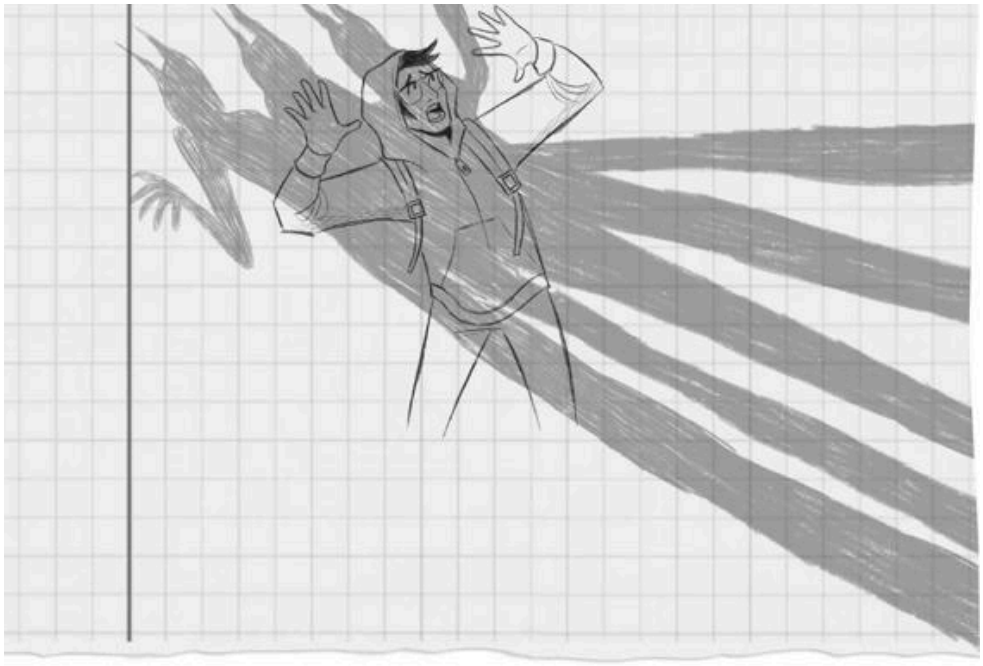
Si tuviera que dibujarlo, empezaría con unas sombras.



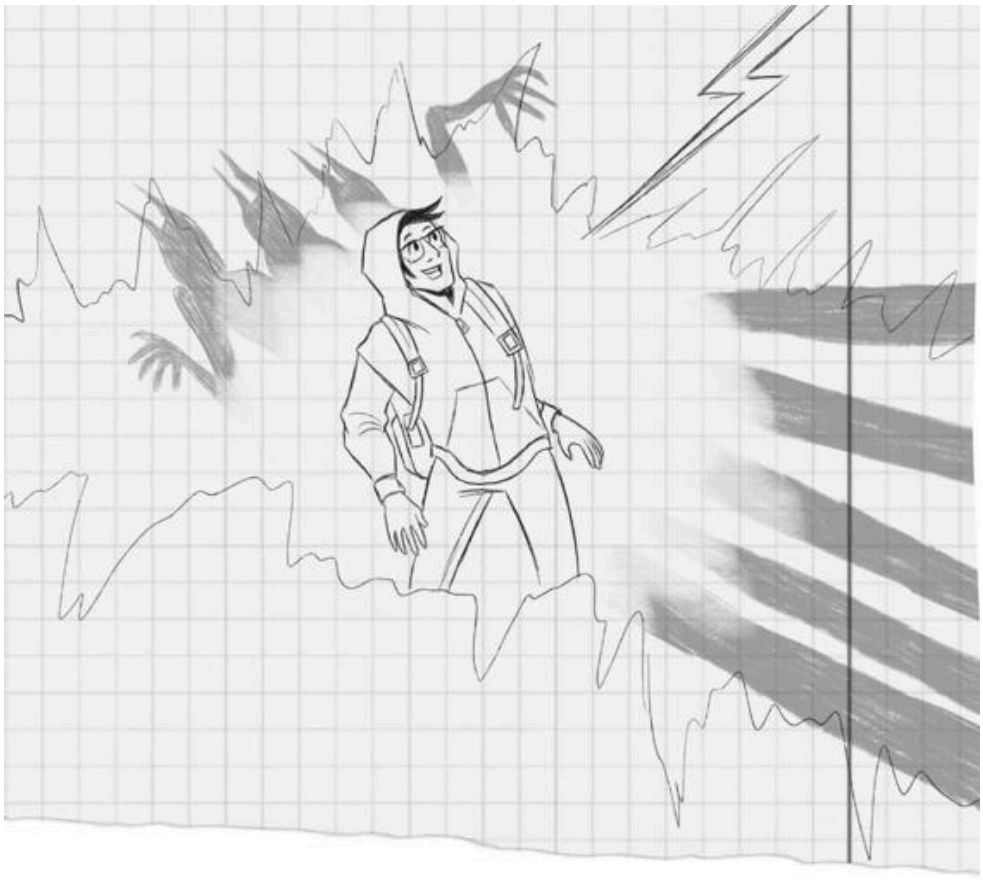
Y después habría un chico intentando esquivarlas.



Pero las sombras lo atraparían.



Y, justo en ese momento, caería un rayo sobre ellas y las sombras se desvanecerían.



No está seguro de si ha sido así ni si ha visto antes a los ******** o a Iago, que pasaba por allí. Ni si los ******** se han lanzado contra él antes de que Iago apareciera o si él ha surgido como de la nada, como uno de esos *deus ex machina* de los que les ha hablado Marc en clase de Lengua para explicarles los finales en los que todo se resuelve bien de repente.

Tampoco recuerda bien las palabras. O, más bien, los insultos. Porque, como siempre que tiene que cruzar ese parque a solas, llevaba los auriculares a todo volumen.

Es un truco fácil, incluso puede que algo tonto, pero a él le ayuda a vencer su miedo y a seguir caminando.

Hoy, además, lleva algo que no quiere que nadie le tire al suelo. Tampoco quiere que se lo manchen. Ni, mucho menos, que se lo rompan o pisoteen.

Le ha pasado alguna vez. Y eso es mucho peor que cuando lo zarandean, o cuando le ponen la zancadilla, o cuando le sueltan alguna de esas collejas que, según ellos, «son broma».

Ver sus dibujos en el suelo, tirados en un charco, es una de las imágenes más dolorosas que puede imaginar, así que hoy caminaba muy deprisa y con la música aún más alta para proteger su regalo para Fang.

Por eso, aunque quisiera, no podría recordar qué le han dicho.

Porque, gracias a la música, no los ha oído.

Solo sabe que ha agarrado con todas sus fuerzas la carpeta con su dibujo y que, entre el cuarto y el quinto empujón (no ha llevado bien la cuenta), Iago ha surgido de la nada y se las ha arreglado él solito para tirar a uno de una patada, apartar a otro de un manotazo y asustar al tercero con la amenaza de un puñetazo que, de haberle acertado, lo habría mandado a dos o tres parques más de distancia.

–¿…?

–Espera –le dice Martín, y se quita los auriculares.

–¡Que si estás bien!

–Ahora sí –respira, aliviado.

–Si vuelven a meterse contigo, avísame, ¿OK?

Martín asiente y se pregunta si debe hacer lo que está a punto de hacer...

–¿Te quieres venir?

Iago lo mira sin saber a qué se refiere.

–Al cumple de Fang.

–¿Quién va?

–Todos.

Mientras Iago se lo piensa, Martín se arrepiente de haberlo propuesto: ¿tiene sentido que sea él quien está invitando a un desertor –porque, nos pongamos como nos pongamos, Iago es un desertor– al cumpleaños de otra persona?

Si todavía fuera el suyo...

Pero no: él lo ha invitado a un cumple que no es suyo en una casa que tampoco es la suya.

Por suerte, está convencido de que Iago le va a responder que n...

–Vale.

Un momento, un momento, ¿qué?

–Voy contigo.



¿Les dijo a sus padres que le gustaba ver pelis de superhéroes con ellos?

Sí.

¿Les dijo que quería que su cumpleaños fuese una gigantesca fiesta temática de superhéroes?

Rotundamente no.

Fang sabía que plantearles a sus padres esa fiesta a la que había invitado a sus amigos entrañaba un riesgo difícil de controlar: su entusiasmo.

Hace tiempo que ha asumido que tiene a dos padres motivadísimos, incapaces de tomarse nada relativo a ella con un mínimo de normalidad. Todo se celebra a lo grande, se llora a lo grande y se vive a lo grande, como si la intensidad emocional fuese una exigencia en esa casa en la que, a veces, Fang preferiría no sentirse el centro de atención.

Como trabajamos tanto...

Como te podemos ver tan poco...

Como hay tantos días que estamos fuera de casa...

Casi todas las propuestas de sus padres empiezan así, con una disculpa por llevar la vida que llevan (o, ahí Fang no lo tiene muy claro, la que los obligan a llevar).

A ella, que a ratos le gusta muchísimo estar sola, no le resulta fácil convencerlos de que no deberían preocuparse tanto. Porque están mucho más de lo que se imaginan y porque a ella, además, le encanta mantener una parcela propia que, ahora que ya han llegado los doce años, confía en que sea cada vez un poco más grande.

En realidad, lo de las pelis de superhéroes solo se lo dijo una vez para hacer que se sintieran bien.

A ella, en el fondo, no le gustan tanto.

Pero sí le gusta sentarse entre ellos, con uno a cada lado, cada cual con su bol gigante de palomitas frente a una pantalla donde pasan mil cosas que siempre son iguales (los malos que quieren dominar el mundo y los buenos que se lo impiden) y que le provoca una felicidad extraña y doble.

La felicidad de saber que sus padres se sienten menos culpables cuando los tres comparten ratos como ese.

Y la felicidad de vivir en un mundo, durante el tiempo que dura la película, en el que los malos no ganan. Algo que, lamentablemente, no cree que suceda tan a menudo en el mundo real.

Así que puede que sí, que la culpa de que hoy todos los

invitados aparezcan en su casa vestidos de Marvel y de DC es también suya. Por no haber dicho que no es tan fan de los Vengadores ni de Batman ni de Harley Quinn, que es el disfraz que Julio –fanático de DC– ha elegido para ella a pesar de que David, su otro padre, insistiera en que la Bruja Escarlata era una opción mucho mejor.

Tampoco se explica cómo es posible que hayan metido a media urba en su fiesta. Ni de qué modo han conseguido que su jardín parezca tan grande. Pero el caso es que este es su primer cumpleaños multitudinario y ojalá, tal y como piensa Fang al ver a tanta gente reunida a su alrededor, también sea el último.

–Qué fiestón, tía –la felicita Dany, feliz de haber podido presentarse vestida de Viuda Negra sin que sea Halloween.

–¿A toda esta gente de qué la conoces? –le pregunta Valeria, sorprendida con la abrumadora (y hasta ahora secreta) popularidad de su amiga.

–Pues, a la mayoría, de nada. –Fang se encoge de hombros y provoca, sin pretenderlo, la risa cómplice de Dany y Valeria, que se la contagian y la hacen reír también–. A mis padres les hablas de una fiesta y... Bueno, te organizan esto.

–Mi madre habría hecho justo lo opuesto: recortar mi lista de invitados hasta dejarla en la décima parte, más o menos. Pero es que en mi casa no cabemos tantos ni de broma –comenta Dany.

–Pues lo celebras fuera –sugiere Valeria–. Un burger, una pizzería, un cine... No sé..., hay mil opciones.

–Ya, pero todas son caras. Y en mi casa no nos sobra, precisamente...

Valeria y Fang se callan, avergonzadas. No por la respuesta de Dany, que no ha sonado nada agresiva, sino por no haberse dado cuenta de que el tema del dinero podía ser delicado. Hasta ahora, nunca había surgido entre ellas, pero ni Valeria se siente bien con su comentario (¿la habrá tomado por una niña pija?) ni a Fang le hace gracia la ostentación mayúscula de la fiesta en su jardín (¿hay algún motivo para que Dany no la haya tomado por una niña pija?).

Por suerte, el momento incómodo –del que Dany finge no ser consciente– se ve interrumpido con la llegada de Martín... y de Iago.

–¿Ese qué hace aquí?

–¿Tú lo has invitado?

Fang niega con la cabeza, convencida de que ni estaba en su lista ni es probable que sean sus padres quienes lo hayan incluido.

–Pues ya se está yendo, ¿no? –opina Dany, que se niega a acoger a desertores en su bando.

–Hola –las saluda Martín al tiempo que busca el modo de explicar la presencia de Iago. Pero su búsqueda es mucho más lenta que la reacción impulsiva, cómo no, de Dany.

–¿A qué has venido, tío? ¿No pasabas de nosotras?

–Paso de vuestro pódcast. Que es diferente.

–Ah... Vale, pues nada. Si solo es eso... –responde Valeria con todo el sarcasmo del que es capaz.

Qué asco.

Qué rabia y qué asco.

Qué rabia y qué asco y qué mala suerte.

Todo eso es lo que piensa Valeria.

Porque es un asco que la gente no cumpla con su palabra.

Y le da mucha rabia que haya tipos con tan pocos principios como Iago.

Y ya es mala suerte que sea el único chico de su instituto que no necesita disfrazarse de superhéroe para parecerlo de verdad.

–Oye, que si molesto me voy. Además, yo pensaba que esto iba a ser una fiesta, no un carnaval.

–Ya, eso mismo pensaba yo –le sonríe Fang, a quien no le parece tan mal que haya acudido. Al menos a él sí lo conoce, no como al grupo de hijos de familias vecinas que, ahora mismo, se atiborran de sándwiches a unos metros.

–Lo he invitado yo –lo defiende Martín, que se siente algo raro al llevarle la contraria a Dany por primera vez desde que se

conocen.

–¿Por? –lo interroga ella, incapaz de encontrar una sola razón válida para esa invitación.

–Porque...

–Porque no todos somos unos rencorosos, tía –lo interrumpe Iago–. Por eso.

Martín no entiende que Iago prefiera quedar como un idiota antes que permitirle contar lo que ha sucedido esta tarde. Y, aunque no lo entiende, lo respeta.

–Pues ya que has venido, quédate, ¿no? –lo invita oficialmente Fang, que sigue pensando que prefiere estar entre gente conocida al festival de anónimos que le han organizado sus padres.

–Si no me hacéis spam del pódcast, sí.

–¿Spam de qué? Si el pódcast no existe, imbécil.

–Eh, eh, Dany, no te vengas tan arriba, que yo no he dicho nada...

–Pero sabes que nos lo han cancelado. Y que duele, ¿no? Así que no sé por qué tienes que hablar de eso.

–Pues sí que venimos alegres –se lamenta Fang, que empieza a arrepentirse de su idea del cumpleaños.

–Fang tiene razón –la apoya Valeria–. Nada de malos rollos hoy, ¿OK? Podemos fingir por un rato que todo está bien y que aún somos la Séptima.

–La Séptima... –repite Iago con una mueca irónica–. Vaya

nombrecito, ¿eh?

–Sí, la Séptima –replica Valeria, con orgullo.

Y a lo mejor es solo una impresión equivocada. Sí, sí, seguramente se lo está inventando. Pero lo cierto es que Valeria juraría que, debajo de ese gesto chulesco y prepotente de Iago, hay algo más. Algo que tiene que ver con esa Séptima de la que tanto se burla y a la que, sin embargo, siempre regresa. Pero no, no puede ser que... O sí, quizá a Iago le gusta más ser parte de la Séptima de lo que está dispuesto a reconocer. **Al menos, en público.**

Por suerte, como siempre que están juntos, es él solito quien se encarga de romper cualquier clase de acercamiento. Y lo hace tan pronto como Fang le pregunta que de qué se ha disfrazado y él, remangándose la camiseta y flexionando el brazo para mostrar bíceps, responde que de Hércules.

Todo mal.

Por la macarrada de «mirad, aquí mi bola; mi bola, aquí unos amigos».

Y porque Hércules no era un superhéroe. Era un héroe mitológico.

Valeria, por supuesto, se calla ambos comentarios.

El primero, para que no piensen que es una cursi.

Y el segundo, para que no piensen que es una pedante.

Y aunque evita el conflicto callándose, algo en ella se rompe un poquito al comprender que se sigue callando casi todo lo que de

verdad quiere decir por miedo a lo que puedan pensar de ella.

Incluso sus amigos...

Por eso al final no le ha dado a Fang el que iba a ser su verdadero regalo.

Uno que no tiene nada que ver con el libro que ha envuelto primorosamente antes de entregárselo y que, eso es verdad, es una de sus novelas favoritas.

Pero el regalo llevaba dentro un sobre en el que se leía «vale por un concierto» y se suponía (o eso era lo que Valeria había imaginado) que, tan pronto como Fang lo leyera, ella se subiría a una silla, o a una mesa, o a cualquier superficie medianamente elevada para cantarle a capela una canción que compuso hace un par de meses y que habla de perder el miedo a ser y a decir. Una de esas canciones que escribe para contar la persona que querría ser y enfadarse un poco (o un poco mucho) con la persona que de verdad es.

Gracias a los padres de Fang, que han pensado en todo, no habría necesitado ni silla ni mesa, pues han instalado un pequeño escenario en el que, de vez en cuando, gente a la que Fang insiste en no conocer se sube a contar chistes. O a hacer el ganso.

«En ese escenario, tu voz habría sonado preciosa», le dice a Valeria esa otra Valeria confiada y segura de sí misma de la que ella habla en sus canciones.

Y se imagina cantando ese tema para su amiga Fang.

Y recibiendo el aplauso de toda la gente que llena el jardín.

Y hasta la mirada de admiración (vaya, ¿pero por qué tiene que salir siempre él?) de Iago.

Pero, antes de darle el regalo a Fang, Valeria ha abierto con cuidado el paquete, ha sacado la cartulina con el «vale por un concierto» del interior del libro y la ha guardado en un bolsillo, a la espera de otra tarde en la que el miedo no le robe la voz.

–¿Se puede cambiar la música? –pregunta Iago, que no reconoce ni uno de los temas que suenan.

–Por favor, sí –lo anima Fang–. Es que mis padres me pidieron que hiciera una *playlist* y la verdad es que no sabía qué poner... Así que se la pedí a ChatGPT y ha salido esto.

Esto es una colección de temas verbeneros infumables, así que Iago no duda en seleccionar una de sus listas habituales y conectarla a los altavoces.

Fang se lo agradece con una sonrisa y Martín se ve reflejado en su desconcierto. Porque, seguramente, si ella no ha escogido sus propias canciones para la fiesta no es porque no sepa qué música le gusta, sino porque está tan preocupada de agradar a todo el mundo, sus padres incluidos, que no se lo ha preguntado de verdad.

Quizá de eso iba lo de ser la Séptima, se lamenta Martín.

Iba de aprender a decir.

Y de atreverse a ser.

Qué rabia que esa oportunidad se les haya acabado nada más empezar.

–Venga, gente, vamos a bailar un poco, ¿no?

Iago se adueña enseguida del espacio y de la atención general.

<<Baila bien>>, piensa Valeria.

«Cómo le gusta ser siempre el prota», refunfuña Dany, aunque no puede negar que se mueve mucho mejor y con más ritmo que la media de los chicos a los que conoce.

Y Fang y Martín se limitan a situarse más o menos cerca de él y a tratar de seguir sus pasos con un mínimo de dignidad mientras Julio y David, los padres de la cumpleañera, lo graban todo para disfrutarlo en una próxima cena familiar en la que Fang se morirá de vergüenza cuando se vea bailando en el televisor.

22

LOS AMOS ⚽⚽⚽

Charlie

lago, te vienes o qué?

Bruno

Venga, bro

Charlie

⚽

SOMOS LA SÉPTIMA  7️⃣

Dany

Entonces, quién se viene?

Valeria

Eso, que así sacamos ya las entradas

Martín

lago? 

Un partido.

Una peli.

El problema no es qué plan elegir, porque la verdad es que los dos le molan.

El problema es con quién elegirlo.

El plan 1 (el partido) es el de Bruno y Charlie, sus colegas de siempre, con los que juega desde primaria y de quienes, si le preguntan, diría que son sus mejores amigos.

El plan 2 (la película) es el de esa panda de frikis con los que no termina de encajar y, al mismo tiempo, le llaman lo bastante la atención como para sentir un impulso que no acaba de explicarse y que le hace difícil alejarse de ellos.

La verdad es que, al final, el cumple de Fang no estuvo tan mal.

Y hasta se despidió de Valeria con la sensación de que ella, a pesar de lo

diferentes que son, lo miraba de otra manera.

Claro que tal vez eso también se lo esté inventando, porque, aunque nunca se lo ha confesado a Bruno ni a Charlie, devora series y pelis moñas en las que los protas se pelean, se enamoran, se pelean otra vez y se enamoran muy fuerte al final, con la esperanza de que esa, alguna vez, también sea su historia. Solo que, a ser posible, la prefiere con menos malos rollos y un final feliz asegurado.

LOS AMOS ⚽⚽⚽

Bruno

Tío, que te estamos esperando

Charlie

🙏

Bruno

Venga, que sin ti nos van a dar una paliza

SOMOS LA SÉPTIMA 🔭 7️⃣

Fang

Es a las 7 en el centro comercial, no?

Dany

Mi madre me lleva.

Si a alguien le va bien, lo recogemos

Martín

🤦‍♀️

Si Valeria hubiera intervenido con una pregunta, Iago habría apostado por el plan 2. Eso sí, siempre que la pregunta hubiera sido «Iago, ¿te vienes?», «Iago, ¿te animas?», «Iago, ¿te apuntas?» o cualquier variante que incluyese su nombre y una invitación que no le ha llegado.

Así que, a pesar de sus dudas, al final elige el plan conocido junto a la gente conocida y responde a Bruno y Charlie con unos cuantos 🚀 para dejarles claro que llegará enseguida.

Nunca sabrá qué habría pasado si hubiera apostado por la peli, pero algo le dice que ese no era el día. Mejor esperar un poco más... Solo lamenta que el pódcast ya no sea una alternativa, porque después del cumple cree que lo admitirían de nuevo y,

quién sabe, quizá ahí sí pudiera conseguir que Valeria lo viera diferente a como imagina que lo ve.

–Iago, tío, ¿estás o no estás?

–¡Que al final nos ganan!

Bruno y Charlie tienen razón. Su cabeza anda lejos del campo, así que se esfuerza por concentrarse y, tras medio partido desaprovechado, logra acertar un par de veces con la portería rival, anotando dos de esos goles que le han valido la fama entre sus compañeros y que hacen que, de vez en cuando, su padre hasta parezca sentirse algo orgulloso de él. Aunque ese sentimiento le dure muy poco...

–Menos mal, bro, ya nos tenías preocupados –bromea Charlie después del partido–. Pensábamos que te habían abducido los frikis esos.

Sus amigos se ríen y él, que es consciente de los riesgos de desentonar con la mayoría, también finge hacerlo. Pero ese «frikis» dicho por ellos dos suena muy diferente del «frikis» cuando lo dice él. En Charlie suena violento, cargado de un desprecio que la gente de la Séptima no se merece. En él, sin embargo, Iago siente que suena a extrañeza, a sorpresa ante un grupo que le ha descolocado y sobre el que prefiere no hablar demasiado para evitar más chistecitos incómodos.

–No te han abducido, ¿verdad? –insiste ahora Bruno–. Porque te he visto en los *stories* de una fiesta donde estaban todos…

Vaya.

Tenía que ocurrir.

Las redes y su absurda manía de revelarlo todo.

–Se te ve muy a gusto con los raros esos –se ríe Charlie mientras mira esos *stories* con Bruno–. Si parecéis mejores amigos y todos.

–No son mis mejores amigos –se defiende Iago, que no sabe bien de qué o de quién se están riendo exactamente. ¿De los demás? ¿También de él?

–Que ya, tío, que ya… Pero disimulas que te cagas, ¿eh? Si parece tu grupo de toda la vida. A ver si ahora resulta que eres un marginal y no nos habíamos dado cuenta.

Iago se yergue, saca pecho y estira los hombros, ostentando conscientemente su corpulencia física como una barrera ante sus comentarios. Le suele bastar con ese gesto para amedrentar a quienes tiene enfrente, así que confía en que ese lenguaje corporal sirva para que Charlie y Bruno cambien de tema. Pero ellos, que son casi tan grandes como él, porque el deporte ha tenido efectos similares en los tres, no se dan por aludidos y siguen mirando esos *stories* y riéndose de los disfraces, y de las expresiones, y de que Iago estuviera en esa fiesta en lugar de irse con ellos por ahí.

–¡Pero si bailaste y todo! –se ríe Charlie a la vez que le enseña

unas imágenes donde aparece cerca de Fang y de Valeria.

–Pues claro, imbécil. Claro que bailé. ¿No ves lo buena que está esa?

De repente, las risas de Bruno y Charlie se convierten en admiración al fijarse en Valeria, que, coinciden, sí que está buena.

–A ver por qué os creéis que les sigo el rollo. Mira...

Iago busca en su móvil una foto que hizo, sin que nadie se diera cuenta, el primer día del taller. Un selfi en el que sacó a toda la Séptima y donde él aparece en primer plano poniendo cara de aburrimiento máximo.

–¿Y esto? –Las risas vuelven una vez más–. ¿Cómo no nos lo habías pasado? Menudo fotón.

–La hice el día que los conocí... Por eso me piré, tíos. Porque no es mi rollo.

–Obvio.

–Pásala al grupo, anda.

–Eso, eso, pásala. Que te monto yo un *collage* guapo.

–Ey, que no. Que no quiero movidas con nadie.

–Movidas ninguna, Iago. Si es por nosotros, por las risas.

–Pásala, venga.

Se la envía y, nada más recibirla, Charlie propone que se

hagan ellos tres otro selfi para juntarlo con el que acaban de recibir.

–«Cuando te lo pasas bien –teclea– y cuando no». Ahí va, nuestro nuevo meme.

–Pues menudo *collage*, colega. Curradísimo, sí –ironiza Iago, que intenta quitarle importancia a esa foto, que borra nada más llegar a su galería.

–Pero tiene gracia –lo defiende Bruno–. Ya tenemos hasta *sticker*, colega. Para cuando propongáis un plan chungo uno de los dos.

Y vuelven a reírse.

A Iago, sin embargo, hoy la risa se le atraganta.

Y cuando llega a casa y ve los comentarios sobre la película en el otro grupo de WhatsApp, siente una punzada de arrepentimiento. No sabe si por no haber cogido el plan correcto o por no haber sido del todo sincero en el plan elegido.



Marc lleva una semana sin dormir.

El cansancio se ha adueñado de tal modo de su cuerpo que hay quien ha empezado a llamarlo The Walking Dead en los pasillos de 3.o y 4.o de la ESO.

Lo sabe, pero ni siquiera le preocupa.

Es más, está dispuesto a aceptar su mote de zombi con absoluta deportividad. Todo con tal de que el insomnio lo abandone.

Lo malo es que sabe que eso no va a suceder hasta que tome una decisión. Porque lo que le impide conciliar el sueño son sus dudas sobre si debe decir sí o no a la propuesta de Regina.

Ha probado con todo tipo de métodos para resolver el dilema, pero ni siquiera la lista de pros y contras en la que tanto confiaba lo ha ayudado a decidirse. Porque hay un pro gigante (recuperaría su pódcast) y un contra igualmente enorme (traicionaría sus principios).

Necesita, o eso se dice cada mañana al llegar al instituto, una

señal. Un indicio. Cualquier acción, por pequeña que sea, que le marque el camino que debería seguir.

Y lo necesita pronto, porque ya no se le ocurren más modos de esquivar la pregunta cada vez que se cruza con Regina o, peor, cada vez que evita cruzarse con Yassir.

No está preparado.

No, no lo está.

Ni para decirle si acepta ni para mirarlo a los ojos y confirmar que ya no tiene ni la más remota posibilidad con él (si es que alguna vez la tuvo, claro).

No sabe cómo debe ser esa señal. Ni en qué tendría que consistir. Pero lo cierto es que, a lo largo de su vida, ha recibido más de una.

A su ex, del que prefiere no hablar (así que seremos buenos y ni siquiera mencionaremos su nombre), le parecía una estupidez eso de las señales. Que si menuda bobada, que si ya era mayorcito para creer en rollos sobrenaturales, que si a ver si ahora iba a resultar que era astrólogo o algo...

Pero no es nada eso.

Ni es magia, ni es una cuestión de horóscopos (aunque, siendo cáncer con ascendente cáncer, es imposible que no le interesen), ni tampoco de superstición.

Es, o eso piensa Marc, cuestión de observación.

Él mira. Ve. Atiende a lo que sucede a su alrededor. Y en algún momento, que casi siempre suele coincidir con el más inesperado, ocurre algo que le indica el camino.

Algo que significa. Y eso, justo eso, es lo que nunca entendió el ********* de su ex (sí, Marc también usa palabras muy parecidas a las de Martín para la gente que le cae mal o que, por motivos que ahora no vienen al caso, le ha dejado de caer bien).

Pero una semana sin dormir empieza a ser demasiado tiempo de espera, así que, antes de que su nueva alma de zombi se apodere por completo de él, se propone tomar una decisión hoy antes de que suene el último timbre de la mañana.

Haya o no haya señal.

Agudiza, por si acaso, el radar y se pasea por el patio durante el recreo, evitando la cafetería y la sala de profesores, para tratar de dar con ese indicio entre su alumnado.

Pero qué va... Ni una pista.

Todo es igual que cualquier otro día.

Con los del fútbol comiéndose tres cuartos del patio.

Con el resto tratando de sobrevivir entre balonazo y balonazo.

Con Martín dibujando solo en una esquin...

Un momento.

Marc retrocede y se da cuenta de que hay un cambio en la foto fija de los recreos.

Martín está dibujando, sí.

Y sentado en una esquina lejos de las porterías, también.

Pero no está solo.

Dany está sentada con él, leyendo y con los auriculares puestos.

No hablan, pero están juntos.

Y, por su actitud, parece que se encuentran a gusto.

La foto habitual cambia todavía más cuando Iago pasa delante de ellos para ir a por un balón que se ha salido del campo.

Marc se fija en que Martín le hace un gesto con la mano al que Iago responde con otro similar y, aunque a esa distancia no lo ve con total nitidez, juraría que se han sonreído.

Iago vuelve al campo y, al poco, Valeria y Fang se acercan para decirle algo a Dany mientras Martín, tras saludarlas, sigue dibujando.

No, la foto de hoy no es la de los primeros días del curso.

Ni es la que habría sido si no hubiese puesto en marcha ese taller.

Al fin la tiene delante: su señal. Más tardía y perezosa que en otras ocasiones, pero igual de nítida.

Así que, sin pensárselo más, acude al despacho de Regina, a quien encuentra hablando con Yassir.

–Tengo una condición.

Ni hola, ni cómo estáis, ni la más miserable introducción.

Marc dispara lo que ha venido a decir casi sin respirar, porque si no lo hace así corre el riesgo de arrepentirse.

–Me parece bien que escuchéis el pódcast antes de subirlo...

Vaya, ya ha metido la pata.

¿No era solo Regina la que quería controlarlo? ¿Por qué ha incluido entonces a Yassir? ¿No acaba de convertirlo en parte del frente enemigo? Y él no quiere que esté en ese frente, precisamente...

Da igual, Marc, da igual, en serio, tienes que continuar, por favor.

–Estoy de acuerdo, OK, vale, sí, no problem...

Y tras agotar su listado de sinónimos de aceptación, plantea por fin la que será su única condición:

–Pero, si alguna vez queréis cambiar o suprimir algo, tendréis que discutirlo conmigo. Y si no estoy de acuerdo, abandonaré el proyecto sin que podáis recriminarme nada. ¿Está claro?

–Creo que estás sobredimensionando la situación –le responde Regina–. Solo te hemos pedido que nos dejes supervisarte, nada más.

–No, Regina, lo que me habéis pedido no es eso. Y lo sabes...

Pero estoy dispuesto a aceptar. Mientras tenga la libertad de irme, estoy dispuesto.

–Por mí no hay ningún inconveniente.

–¿Puedo preguntar algo? –se interesa Yassir.

–Claro –responde Marc, con cierto miedo a cuál será ese interrogante.

–¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Es su ocasión.

Su momento de comprobar si Yassir puede ser alguien a quien tomarse en serio o si es otro menteestrecha (sí, esa palabra es la más suave que le ha dedicado desde su ruptura) como su ex.

Marc lo mira a los ojos y le responde con sinceridad:

-Una señal.

Y Yassir, en vez de torcer el gesto, o mirar al techo en señal de disconformidad, o de encogerse de hombros, o de hacer cualquiera de las cosas que hacen quienes no entienden que en la vida no todo se puede explicar racionalmente, le sonríe.

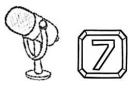
Aparentemente, no es gran cosa lo que hoy Marc se lleva consigo a casa: una foto fija de un grupo de chavales en el patio y una sonrisa del jefe de estudios.

No es gran cosa, no.

Pero sí es lo suficientemente bueno como para que esta noche

The Walking Dead abandone su personaje de zombi y le quite el papel, por primera vez en una semana, a la mismísima Bella Durmiente.

24

SOMOS LA SÉPTIMA 

Dany

We are back!!!!!!!!!!!!!!!!!!

La vuelta del pódcast tiene algo de victoria.

Así lo vive Dany, que no ha podido contener su entusiasmo al enterarse de la noticia de que, de nuevo, tendrán algo que hacer los martes a séptima.

No saben cómo lo habrá logrado Marc, pero el regreso del taller supone que Fulgen, por una vez, no se ha salido con la suya, **y eso es algo que Dany necesita celebrar**. Que sí, que va a seguir suspendiendo Sociales hasta el fin de los tiempos, pero al menos han podido pararlo y evitar que los amordazara.

Y es todo un triunfo, ¿o no?

Martín



Fang

Cómo habrá convencido a Regina???

Dany

Y eso qué más da?

Fang

No sé, tía, a mí me gustaría saberlo

Valeria

A mí lo que me gustaría saber es de qué
vamos a hablar ahora en el pódcast
Toca volver a los temas rollo?
Porque eso es lo único que no nos van a censurar...

Iago

Pues hablamos de fútbol y listo
Así nos oye medio insti por lo menos

Valeria

Pero tú no te habías ido???

Dany

Quién lo ha vuelto a meter en el chat??

Martín



Iago

Queréis gente para el pódcast o no?

A ver si os aclaráis

Dany

Gente sí

Pero que no nos deje tiradas

Iago

Qué rencorosa, colega

Dany

Sorry???

Fang

A ver, calma todo el mundo
Aquí lo importante es que hemos
recuperado el pódcast

Dany

La Séptima I - Fulgen 0

Martín



Fang

Ahora solo necesitamos un tema

Iago

Jajajaja
"Solo"

No quieren admitirlo, pero Iago tiene razón.

Ese «solo» es una palabra trampa. Porque, ahora mismo, los lleva a dos callejones sin salida:

Callejón 1: temas que no den ningún tipo de problemas ni con Dirección ni con Jefatura pero que no le interesan a nadie.

Callejón 2: temas que sí interesan pero que les van a censurar en cuanto abran la boca.

Tienen ganas de reunirse, está claro.

Y de volver a hacer algo juntos.

Y de contar con un espacio propio en el que seguir conociéndose.

Pero les falta un objetivo.

Algo que haga que esa actividad no sea solo una excusa para quedar los martes a última hora, sino que también los ilusione.

Algo que ayude a que las seis horas anteriores pasen más rápido porque tendrán la cabeza en ese momento en el que los profes se callan (POR FIN) y son ellos los que toman la palabra.

Están a punto de venirse abajo, hartos de darse de bruces con el mismo muro, cuando Valeria decide hacer algo que intuye que puede ser tan bueno para su grupo como complicado para ella.

Valeria

Yo tengo una idea...

Martín



Valeria busca un enlace de YouTube y lo pasa por el grupo. Todos pulsan casi a la vez y llegan al último vídeo de TYZ, uno de

los grupos que bailaron con más ganas en el cumpleaños de Fang.

Iago

Y esto??? 😇

Valeria

Mi madre curra en prensa musical

Iago

Sigo sin pillarlo

Fang

Qué propones?

Que hablemos de ellos?

Iago

Un muermo eso, no?

Nadie nos va a oír diciendo cuatro cosas

que te puede contar chatgpt

Valeria

Y si lo que contamos es algo que chatgpt

no puede saber?

Dany

Como qué?

Valeria

A mi madre le han dado algunas invis
para el concierto...
Podríamos ir

Martín



Dany

Y contar el concierto desde dentro?

Iago

A contarlo no sé...
Pero a verlo me apunto

Valeria

A lo mejor hasta me puede conseguir
unas declaraciones

Los tiene que entrevistar antes...

Dany

Podría pedirles un audio mencionándonos?

Valeria

A nosotras?

Dany

Yes!

A la Séptima. Y al Maruja Mallo

Fang

Lo van a flipar

Valeria

Puedo preguntárselo

Dany

Pues ya lo tenemos, no?

Iago

Una cosa

Valeria

?

Iago

Seguro que hay invis para todos?

Valeria

Sí

Iago

Guay

Fang

Mañana se lo contamos a Marc

A Valeria le gustaría compartir la alegría general, pero es su propia idea la que acaba de introducir una sombra en su ánimo.

Hablar del concierto de TYZ y, si su madre lo logra, incluir unas declaraciones del grupo de moda, puede ser justo lo que necesitan para que su pódcast despegue de una vez.

Pero eso exige dos esfuerzos que no sabe cómo le pueden afectar.

Por un lado, tiene que pedirle el favor a su madre y, desde el

divorcio, su relación no atraviesa su mejor momento.

Si Valeria le hubiera dicho que sí, que prefería la custodia completa a la opción de la custodia compartida que sugería su padre, ahora las cosas serían diferentes, pero su madre vivió como una traición que ella no la apoyara en algo que no se le ocurrió que pudiera ser de otra manera.

Valeria, sin embargo, acabó cediendo a la insistencia de su padre y ahora tiene dos casas, dos familias y dos vidas en las que trata de mantener el equilibrio, a pesar de que el nuevo hijo de su padre con Rosana, su nueva pareja, y la relación de su madre con Xoel, su nuevo novio, la han convertido en una doble intrusa que no acaba de sentirse del todo integrada en ninguno de esos dos espacios.

Pero lo peor no es esa conversación con su madre, que ella aprovechará para darse importancia y para subrayar lo mucho que la ayuda, y criticar –de paso– lo poco que lo hace su padre y lo ocupado que está desde que tiene nuevo hijo, y nueva mujer, y nueva familia. No, peor que eso es tener que hablar con Luna y Salma para decirles que no las puede invitar al concierto del que llevan hablando desde el verano. Y al que las tres daban por hecho que irían juntas.

Es más, puede que evite esa conversación y la convierta en un

audio.

No, no, no, en un wasap.

Eso, mucho mejor un wasap donde les dirá que, al final, a su madre solo le han dado dos invitaciones: una para ella y otra para su hija. Ellas no tienen por qué saber que sí que se las han dado y que el resto han sido para la Séptima.

No es exactamente una mentira, se justifica mientras piensa cómo le pedirá a su madre que la ayude a conseguir el audio de la cantante y el bajista de TYZ, que son los más populares del grupo.

No, no está mintiendo en sentido estricto. Solo cuenta una verdad a medias. Y lo hace, además, por una buena causa: para resucitar su pódcast.

Al próximo concierto, sea cuando sea, sí irá con Luna y con Salma. Pero este de TYZ es una emergencia. Y alguna vez, cuando se lo cuente y les explique la verdad, Luna y Salma también lo entenderán.

Seguro...

25

–Al final te has salido con la tuya.

Marc interpreta la sonrisa de Fulgen, con quien acaba de cruzarse en la cafetería del instituto, como una amenaza.

La suya no es una felicitación elegante. Ni sincera. Ni mínimamente deportiva.

Es la enhorabuena hipócrita de quienes no saben admitir una derrota.

–Ya veremos cuánto tiempo tardan en arruinarlo tus chicos otra vez... Conociendo a su líder, no creo que sea mucho.

Le intriga saber a quién se refiere Fulgen cuando habla de su líder. Lo que resulta evidente es que, sea quien sea, no se lo piensa poner fácil y Marc se siente algo culpable por ello. **¿Y si está perjudicando a su Séptima sin darse cuenta?** ¿Y si los está arrastrando a una actividad que los expone demasiado y les puede granjear enemistades u obstáculos indeseados?

Que exista esa posibilidad no le sorprende. Al contrario. Solo tiene que echar la vista atrás y pensar en por qué tuvo que

cambiar el periodismo por la enseñanza. Le basta con volver la vista atrás unos años para recordar hasta qué punto alzar la voz tiene consecuencias. Sobre todo, cuando se alza para decir unas verdades que no todo el mundo está dispuesto a escuchar.

Pero no va a permitir que nada, ni las amenazas veladas de Fulgen ni sus recuerdos del pasado, lo detenga. No piensa dar marcha atrás ni, mucho menos, decepcionar a esa Séptima, cuando hoy lo esperan ansiosos por retomar el taller.

De camino al aula, al pasar por el hall, no puede evitar ladear la cabeza en señal de rechazo al ver cómo han cambiado la ubicación de la bandera arcoíris que, hasta el claustro de la polémica, ondeaba bien orgullosa en el centro. Ahora, sin embargo, está colgada en un lateral, junto a un tablón de anuncios donde no hay más que publicidad de academias y clases particulares, en un espacio mucho menos visible y, por eso mismo, menos eficaz.

Es un empate técnico, se dice Marc mientras sube al taller con la convicción de que esas voces son más necesarias que nunca. Si se callan, si no se las oye con fuerza, acabarán escondidas y arrinconadas igual que esa bandera que, cuando hable con Yassir, le preguntará por qué no han dejado dónde estaba.

Para eso, claro, tendrá que encontrar el modo de dirigirse a él y, sobre todo, de controlar sus ganas de que la conversación gire en torno a algo que no sea el Maruja Mallo, aunque todo lo que pasa en el instituto este curso se empeña en alejarlos en vez de

acercarlos.

En el taller, ya están todos en sus posiciones. Incluso Iago, cuya presencia le sorprende y alegra por igual.

Marc los saluda sonriente y se pregunta quién será ese o esa líder a quien aludía Fulgen y que, según su querido compañero, será la ruina del pódcast.

Duda entre Valeria –por su carácter responsable y creativo, siempre dispuesta a participar como voluntaria en lo que sea preciso–, Dany –por la fuerza con la que defiende sus principios– o Iago –por el magnetismo que sabe que ejerce sobre su entorno, incluso a pesar de su actitud pasota–, y excluye, únicamente, a Fang y a Martín, a quienes ve más discretos y muy poco interesados en liderar nada ni a nadie.

–Profe, tenemos temazo –anuncia Iago.

Valeria sonríe orgullosa al oír ese «temazo» y Iago, sin esperar a que Marc le pregunte, se pone en pie y corre a la pizarra a escribir el nombre del grupo del que quieren hablar.

Como hay pocas cosas que Marc odie más que sentirse fuera de juego, asiente como si tuviera la más remota idea de lo que significan esas siglas y finge que le parece una idea estupenda dedicar el programa a hablar de TYZ, aunque no tenga muy claro si es una película, un videojuego, una canción o un virus.

Sea lo que sea, nota que su Séptima está emocionada con la idea, así que no duda ni un momento en sumarse al entusiasmo general y les pregunta cómo han pensado organizarse con la

esperanza de que eso le permita enterarse de qué es TYZ.

–Como dan un concierto aquí –empieza Dany–, hemos pensado que podemos ir y contarlo luego. La madre de Valeria nos va a conseguir las entradas.

Bien, ahora está claro que no están hablando de un virus, sino de música, piensa Marc.

–Bueno –matiza Valeria, que empieza a agobiarse por culpa de su idea; ¿quién le mandaba a ella proponer nada?–, lo que yo he dicho es que puede intentarlo.

–Lo consigue fijo –la anima Fang, sin darse cuenta de que con eso solo consigue agobiarla más.

–¿Qué, profe? ¿Mola o no mola?

A Marc le divierte la actitud sorprendentemente positiva de lago y asiente buscando respuesta en el único que, de momento, no ha abierto la boca.

–¿A ti también te gusta la idea, Martín?

–Sí.

–Pues entonces ya está. ¿Nos ponemos con el guion? Porque de TYZ hay mucho que contar...

–Y tanto, profe –comenta Fang–, y tanto.

Marc asiente, como si tuviera la más remota idea de qué es eso que tienen que contar y se dispone a aprender todo lo que pueda

sobre ese grupo-virus-lo-que-sea al que le van a dedicar el primer pódcast de su segunda temporada. Que ojalá –Marc cruza los dedos mientras lo piensa– sea bastante más larga que la primera.



A Ginés le gusta que vaya al concierto.

A su padre le gusta que vaya al concierto.

A su madre le gusta mucho que vaya al concierto.

Y hasta su abuela, a la que también se lo ha contado, dice que le gusta que vaya a un concierto.

Martín a veces se siente como si su vida fuera una publicación en TikTok o en Instagram en busca de los *likes* de su familia. Y de su terapeuta, al que ha llegado a ver tan a menudo que ya considera parte de ella.

Si le da rabia contarles cosas como que se va a ver a TYZ con sus amigos (¿puede ya llamarlos así?) es porque enseguida hacen de eso un mundo.

Entiende el porqué, de verdad, pues claro que lo entiende. Además, Martín tiene muchísima paciencia con los adultos y sus cosas, pero no puede sentir que su vida es normal si no se lo permiten, si continúan convirtiendo cualquier situación en algo extraordinario o si aplauden –sí, porque su padre ha

aplaudido cuando él les da una noticia que ellos viven como un avance.

Al mirar su cuaderno, diría que sí, que esos avances están sucediendo, sobre todo si compara los dibujos de hace exactamente un año, con los dibujos de esta semana, donde a veces se olvida de que, dentro de él, debajo del Martín de ahora, aún está el Martín de antes. Ese que estuvo a punto de no encontrar las fuerzas para querer seguir adelante.



Iago

Estás?

Martín

👍

Iago

Mira que eres vago para escribir, Velázquez 🤣

Martín

Bajo!

Al salir de casa, evita mirar a sus padres (y a su abuela, que desde que la memoria le ha empezado a fallar vive con ellos), porque teme encontrarse ese gesto de «pero qué bien lo está haciendo mi niño» que aún usan con él, como si, en vez de doce años, tuviera siete.

Se despide deprisa y corre a encontrarse con Iago, que lo espera en su portal para ir juntos hasta el lugar donde han quedado con el resto y en el que los recoge Esther, la madre de Valeria, para llevarlos en la furgo familiar hasta el estadio donde TYZ da el concierto.

La idea de quedar para ir todos juntos ha sido de Iago y, a pesar de que Martín no cree que contar con él de guardaespaldas sea una solución definitiva, la verdad es que siente bastante alivio al saber que no tendrá que cruzar el parque él solo.

Mientras Iago camine a su lado, sabe que los ******** no lo

atacarán. Pero necesita una certeza mayor que esa. Una solución que no exija la presencia de una tercera persona. Y mucho menos, la de alguien tan cambiante como, hasta ahora, parece ser Iago.

Los dos llegan a la hora acordada al punto de encuentro, en el que también los esperan Dany y Fang. La impaciencia ha extremado la puntualidad del grupo, que solo espera a que Valeria aparezca con su madre **para llevarlos al que es, según dicen en todas las redes, el concierto más esperado del año**.

–¡Subid, que nos vamos! –les grita Valeria desde la ventanilla, sentada en el puesto de copilota.

Todos se abalanzan sobre la furgoneta y ocupan sus asientos, ansiosos por llegar, mientras que Esther, feliz de ejercer un protagonismo poco habitual en la vida de su hija, sube el volumen de la música para que canten a voz en grito la versión de «This Is Me» con la que TYZ está pegando fuerte en todas las listas de éxitos.

Esther piensa que podría aprovechar el camino para contarles su conversación de hoy con la cantante del grupo. O para describirles cómo fue la primera vez que los entrevistó, cuando apenas eran conocidos. O para presumir de su trabajo gracias a cualquier otra anécdota curiosa que, seguro, les llamaría la atención y hasta la haría quedar como una madre moderna, informada y enrolladísima. Pero duda que a Valeria le gustase ese arrebato estelar y teme que, si se convierte en el centro de una

noche que no es la suya –sino la de ellos–, su hija deje de pedirle favores como este, con el que ha tenido una excusa para llamarla en los días en los que está con su padre y hasta para demostrarle que ni a ella ni a Xoel les molesta que les pida ayuda.

Lo que sí hace, antes de llegar al estadio, es invitar a Valeria para que sea ella misma la que les dé a sus compañeros la buena noticia.

–Vale, ¿no tienes nada que decirles?

–Pues que lo tenemos.

–¿El qué tenemos? –pregunta Dany, impaciente por saber más.

–El audio de TYZ.

–¡Qué pasada! –se alegra Fang, que está convencida de que esa sí que es una buena exclusiva para su pódcast.

–Y aún hay más… –les anuncia Esther, mirando a su hija.

–¿Más? –pregunta Martín.

–Sí… –continúa Valeria–. Nos van a dejar saludarlos en el *backstage* al final del concierto.

–*No way!* –reacciona Iago, al que le cuesta creer que vaya a conocer esta noche a su grupo favorito.

–Sí *way*, sí –se ríe Esther–, no nos dejan más que cinco minutos, el tiempo justo para que los saludéis, os hagáis un selfi y lloremos todos de la emoción.

–Yo no lloro –se recompone Iago, casi arrepentido de haberse excedido en su espontaneidad–. Pero el selfi sí que lo quiero.

–Pues yo sí que pienso llorar –asegura Dany–. Muchísimo. En

cuanto los vea, vamos.

Valeria, aunque no lo dice en voz alta, le agradece a su madre que se lo haya currado tanto como para que esta noche vayan a vivir la que promete ser una de las mejores experiencias de su vida.

Está tan contenta de que sea así que hasta podría consentir que la llamase Vale unas cuantas veces más, como cuando era pequeña y todo estaba en su sitio, y los días parecían más fáciles, y su vida era una sola casa, y una sola familia, y nadie le había pedido que eligiera porque no era necesario elegir.

Hoy esa niña y ese lugar único quedan lejos, pero la alegría de ver a sus amigos tan contentos se parece mucho a la felicidad de ese lugar y de esa niña.

DIVINAS FOREVER

Luna

Acuérdate de nosotras esta noche, tía!

Salma

Suertuda!!!

Luna

Pásalo genial ♡

Lástima que esa alegría se vea empañada por unos mensajes a los que no sabe cómo responder y que llegan justo cuando su madre aparca y todos bajan corriendo para sumarse a la cola que ya da la vuelta al estadio.

Dos mensajes que le recuerdan que esta noche tan especial ha nacido, en parte, de una mentira. Necesaria, sí, pero mentira.

Valeria

Ya os estoy echando de menos ♡



Debería estar durmiendo.

¿Pero cómo se concilia el sueño después de una noche como esa?

Valeria da vueltas en la cama, aún subida a la nube de la música que acaban de escuchar. A cada una de las canciones que han coreado a voz en grito en el estadio. Y a esa sensación de ser parte de una marea de gente que siente lo mismo que tú y con la que te vuelves infinita durante el tiempo que dura el concierto.

Imagina que al resto le estará costando dormirse tanto como a ella, así que le envía un mensaje a Dany para probar suerte.

Oculta el móvil bajo la sábana, baja la luz de la pantalla al mínimo y confía en que a su madre no le dé por pasarse por su cuarto, porque no molaría nada acabar una noche tan mágica con una bronca por usar el teléfono cuando se supone que no debe.

Valeria

Eooo

Dany

Qué haces despierta, tía?

Valeria

Tú puedes dormir después de la pasada
de lo de hoy???

Dany

Pues claro
Si estaba ya casi sobando...

No es verdad. Dany sabe que no es verdad, pero quiere que esta conversación acabe cuanto antes.

El problema no es la hora, porque su madre pasa bastante de cuándo y de durante cuánto tiempo usa el móvil.

Ni hablar del concierto, que le ha parecido el mejor que ha visto nunca. Bueno, y el único, porque en casa no abundan ni las oportunidades para ir ni el dinero para poder hacerlo.

Todo eso está bien, sí.

Y le encantaría hablarlo con Fang.

O con Martín.

Pero no con Valeria.

Ni con Iago.

No después de esta noche en la que teme que, sin que nadie más que ella lo sepa, todo se ha complicado un poco.

Lo justo como para que prefiera decirle a Valeria que está ya medio dormida, aunque no sea cierto.

A su amiga, sin embargo, no le importa ese dato y sigue escribiendo.

Valeria

Tú lo has notado también, verdad?

Dany revisa entre sus *stickers* favoritos y busca alguno que muestre perplejidad. Da con un bebé que mira con los ojos desorbitados, con expresión de no entender nada, y se lo envía.

Valeria

En serio no lo has visto???

Que sí.

Que sí que lo ha visto.

Y sabe perfectamente a qué se refiere.

Pero Dany no cree que sea buena idea admitirlo.

Sobre todo cuando quien no lo ha visto todo es Valeria, que se

ha perdido un momento clave de la noche: el de la barra.

Valeria

No sé qué hacer...

Dany

A mí es que los consejos se me dan de pena...

Valeria

Pero tú también lo notas, verdad?

Está clarísimo que le gusto, no?

Dany

No estaba muy pendiente de eso

Valeria

Cómo que no?

Si te he pillado mirándonos

Y como diciéndome, tía, ataca

Pero claro, con mi madre ahí... No es plan

Da mal rollo

Y no solo su madre, piensa Valeria. Todos los padres, en

general, dan un poco de mal rollo cuando están donde no deben estar.

Mira que ella lo intentó y le dijo a su madre que por qué no se cogía un asiento en una grada y los dejaba a ellos cinco en la pista. Podrían haber estado solos durante el concierto, sin la mirada adulta siempre presente, y ya se habrían encontrado después, a la salida, en el aparcamiento donde Esther había dejado el coche.

Su madre, sin embargo, empezó con la chapa de la responsabilidad, y de que eran menores, y de que llevaba a cuatro amigos suyos a su cargo... Hasta que convirtió un simple concierto en una especie de misión diplomática que exigía su presencia y hasta su vigilancia.

Si la hubiera escuchado, si su madre, por una vez, le hubiera hecho caso, quizá Valeria no le estaría preguntando su opinión a Dany sobre si es cierto que le gusta o no a Iago. Estaría comentando lo bien que abraza. O lo bien que besa. O cómo le gustó que le cogiese las manos mientras cantaban juntos alguno de los temazos de TYZ.

Pero nada de eso ha sucedido, claro. Porque esas cosas no suceden cuando tu madre está a solo medio metro de ti y del chico que te gusta, aunque Valeria no se explique del todo por qué.

Valeria

Con lo diferentes que somos, tía...

Pero no sé... Yo creo que hay algo

Dany

Ni idea

Valeria

En serio?

No me vas a apoyar?

Dany

Que sí, tía, que sí, que yo te apoyo

Pero es que no sé qué más decir

A ti te gusta?

Valeria

Yo creía que no

Porque es un básico de manual

Aunque luego va y...

No sé

Como que me sorprende

Y está buenísimo 🔥

Eso también 🥵

Dany

Ya... Y él lo sabe

Eso mola menos

Los tíos buenos que saben que están buenos

son un poco plastas

Valeria

Yo pensaba que era un fife...

Pero ya no lo tengo tan claro Tú?

Dany

Yo solo espero que no nos deje tiradas otra vez

Valeria

Y qué hago?

Dany necesita una respuesta que le permita acabar de una vez con esta conversación. Algo que sea sencillo, medio divertido y que suene a broma para que Valeria deje de preguntarle

y ella deje de sentirse tan mal como se siente ahora mismo.

Valeria

Venga, dime

Dany

Dormir, tía, dormir



La respuesta de Valeria (un *sticker* de un gato que se ríe seguido de otro con un corazoncito rosa) tranquiliza a Dany y le permite darle la vuelta al móvil de una vez.

Por ahora, ha esquivado el conflicto y, sobre todo, ha logrado que no salga el tema de la barra. **Algo es algo.**

LO DE LA BARRA

Quedaban aún quince minutos para que comenzara el concierto (que, en realidad, ha empezado otros quince minutos tarde) cuando Fang ha sido la primera en mencionar la palabra «sed», que, como todo el mundo sabe, es una de esas palabras contagiosas: basta con decirla en voz alta para que todos la sientan a la vez.

Y así ha sido.

En cuanto Fang ha dicho que no estaría mal beber algo, todos se han sentido al borde de la deshidratación, como si, en vez de encontrarse en un estadio de fútbol, estuviesen en medio del mismísimo desierto.

–Voy a por algo –se ha ofrecido Iago–. ¿Quién me acompaña?

–Espera, toma. –Esther le ha tendido un billete de veinte euros que él ha rechazado.

–No hace falta, en serio. A esto invita mi padre, que para una vez que se estira un poco... –le ha respondido, riéndose–. Venga, ¿quién se viene conmigo a la barra?

Dany, que se había dado cuenta de que Valeria estaba a punto de ofrecerse, estaba decidida a permanecer en silencio y a dejar que fuese su amiga quien se ocupase de las bebidas.

Pero Fang, completamente ajena al *shippeo* que nacía a su lado, ha sido la primera en meter la pata:

–Dany, ¿vas tú?

Lo único que pretendía Fang era librarse de la engorrosa tarea de tener que cruzar medio campo hasta llegar a la barra. No por pereza, sino porque, aunque no hubiera dicho nada antes, le agobian las multitudes y bastante esfuerzo le suponía estar ya en medio de toda esa masa enfervorecida de fans como para, además, tener que atravesarla.

Dany ha asentido (qué remedio) y Valeria ha torcido el gesto, desilusionada ante el que prometía ser su único momento a solas con Iago en toda la noche. Claro que la culpa, piensa Dany mientras da vueltas en su cama tratando de dormirse, también ha sido de la propia Valeria por no haber reaccionado antes. Si tantas ganas tenía de ir, ¿por qué no ha levantado la mano antes?

Todo lo anterior podría haberse quedado simplemente en eso si, una vez que estaban en la barra, no hubiese sonado el móvil de Iago ni Dany lo hubiese oído hablar con su padre.

–... Porque hoy no podía... Papá, que ya te he dicho que... Sí, claro, claro que sé lo importantes que son los entrenamientos, pero... No, no es una tontería, es para un

trabajo de clase... Sí, el pódcast, sí... Que no, no estoy descuidando el equipo... Papá, pero... No, no me iré a dormir tarde... Vale, sí, mañana hablamos... Claro... Mañana.

La conversación, en la que Iago apenas ha conseguido colar más de tres palabras seguidas, ha sido muy tensa y, aunque Dany preferiría no haberla presenciado, no ha podido evitar preguntarle si estaba bien.

Sobre todo, después de que Iago haya resoplado tan fuerte como para que, por fin, los viese el camarero y se acercara a atenderlos.

–Sí, estoy bien, sí. Pero es que mi padre...

Iago ha resoplado de nuevo.

El tema no le resulta fácil.

Y Dany ha percibido que quería y, a la vez, no quería hablar de él.

Si se hubiera animado a hacerlo, se habría quitado un peso de encima, pero, nada más callarse, habría vuelto a cargar con otro peso igual: el que provoca el arrepentimiento por haberse sincerado demasiado.

–Es por el fútbol –se ha intentado explicar, confiando en que Dany, que es tan deportista como él, lo entendiese–. A mi viejo solo le preocupa eso. Que no baje de categoría. Y

que siga dándolo todo en cada partido y en cada entrenamiento... Dice que, si no triunfo en el campo, no voy a triunfar en nada.

Ay.

Dany ha dado las gracias por no haber oído nada parecido en boca de su madre.

–¿Tus padres no te meten caña también?

–Mi padre no. Pero, vamos, porque hace siglos que no está... Vivo sola con mi madre. Y a ella, lo del deporte, mientras no me quite tiempo de los estudios, no le parece ni bien ni mal.

–El mío debe de imaginarse millonario o algo gracias a mí. Solo piensa en que me salga un ofertón con algún equipo de primera... Pero eso...

–¿Sí?

–Pues que no sé si eso va a pasar alguna vez. Y duele, ¿sabes? Duele que crean que solo vales por algo que ni siquiera va a ocurrir.

Dany no conocía a este lago.

Al que responde a su padre con monosílabos, como si lo hubiera poseído el espíritu de Martín.

Al que resopla de rabia y tristeza porque siente que no lo

ven ni lo valoran como le gustaría.

Al que se ha atrevido a abrirse ante ella creando un espacio cómplice que, hasta que han llegado a esta barra, no había existido.

–Somos más que sus expectativas, ¿no? –se ha animado a responderle.

Iago la ha mirado algo confundido, sin saber demasiado bien si su réplica lo consolaba o lo dejaba tirado al fondo del pozo donde lo había hundido la llamada de su padre.

–Lo que quiero decir es...

Dany ha tenido que pensarlo despacio.

De repente, la rapidez con la que responde en clase y con la que es capaz de plantarles cara a tipos como Fulgen ha desaparecido. Porque no quiere decir nada que haga que Iago se sienta aún peor. Y porque es la primera vez que, al mirarlo a la cara, se da cuenta de que le gusta verse reflejada en sus ojos. Y de que a él, por el modo en que la mira, también le pasa algo parecido con los suyos. Así que reorganiza sus ideas y vuelve a la carga.

–Lo que quiero decir es que no somos responsables de los sueños de nuestros padres, ¿no? Solo somos responsables de los nuestros. Algo así era, creo.

Iago ha asentido y le ha sonreído.

Dany le ha sonreído también.

Y juraría que, mientras cogían los vasos y las botellas de agua para reunirse de nuevo con el resto, los dos se han rozado levemente las manos.

Por azar, claro.

Lo suficiente como para que surgiera algo que Dany no ha sentido hasta ahora y de lo que no piensa hablarle a Valeria (ni a nadie de la Séptima), pero que se parece mucho a la electricidad.



Dany: Hoy tenemos una primicia.

Valeria: ¡Y qué primicia!

Iago: Lo vais a flipar.

Fang: Si es que estamos en nuestro *prime*, ¿o no, Martín?

Martín: ¡Obvio!

Han servido.

Ese es el comentario de la mayoría de sus compañeros: que han servido.

Nadie daba un duro por un pódcast que empezó hablando del manido tema de las vacaciones y que se ganó la cancelación más rápida de la historia.

Pero, de repente, se convierten no solo en noticia en el insti, ¡sino también en todo el país! Y es que el audio que les consiguió Esther no era un simple saludo de TYZ para la gente del Maruja Mallo.

Qué va.

El audio de TYZ era bastante más potente.



A ellos mismos les costó creer que lo que estaban oyendo fuera real: ¿un grupo de fama internacional dando la noticia de su próximo lanzamiento en un pódcast escolar? ¿Contando en primicia el título de su nuevo álbum? Imposible.

Eso, desde luego, es lo que habría respondido cualquiera de la Séptima si les hubieran preguntado.

Pero no contaban con que uno de los motivos que han convertido a TYZ en un fenómeno de moda consiste en su inteligencia a la hora de manejar la publicidad. ¿Y qué mejor autopromoción que ofrecer una exclusiva de ese calibre a un humilde pódcast escolar?

Con esa estrategia, aparentemente desinteresada, han conseguido un doble titular.

Porque la noticia ya no es solo su nuevo lanzamiento, sino también el hecho de que se lo hayan contado, antes que a la prensa especializada, a un grupo de adolescentes que solo buscaban un saludo para sus compañeros de clase.

El Maruja Mallo ha pasado de ser un instituto más a convertirse, por unos días, en EL instituto. Periodistas, cámaras, fotos y hasta algún reportaje de algún canal local que, por supuesto, ha protagonizado Regina, deseosa de hacer hincapié en cuánto y con qué pasión (ejem) ha defendido siempre el pódcast.

Marc ni siquiera se ha molestado en pedir que lo entrevisten a él. Para qué. Hace años que huyó de los micrófonos y no le apetece que husmeen en su pasado. Por si acaso... Además, tampoco extraña esa mínima popularidad que Regina, sin embargo, sí disfruta, a pesar de que ese espejismo de fama se esfumará en cuanto surja otra noticia más jugosa.

Aunque no todos en el centro

comparten el mismo entusiasmo.

Hay quienes, como Emma, la profesora pluscuamperfecta de Educación física, ven peligrar su corona en el reino de las extraescolares.

Quienes, como Luna y Salma, sospechan que Valeria no fue sincera con ellas. ¿Seguro que no tenía más invitaciones o se las dio a quienes no debía? Porque después de escuchar con atención el pódcast, aunque nadie lo diga a las claras, tienen la impresión de que todos ellos asistieron al concierto.

Y también hay quienes, como el padre de Iago, temen que su hijo esté perdiendo el tiempo en «estupideces» (transcripción literal de sus palabras) en vez de dedicarse a entrenar todas las tardes «como Dios manda» (redoble de literalidad).

Pero si hay alguien que no se ha sumado al «habéis servido», ni al «habéis triunfado», ni al «habéis devorado» con el que la mayoría de los compañeros de la Séptima ha celebrado su trabajo, ese alguien es Fulgen.

Sobre todo, después de que algunos medios se hayan enterado de la existencia de un episodio censurado. Del escándalo que se había organizado a causa de un programa anterior en el que se denunciaba la conducta inadecuada de un profesor y de cómo el centro había cerrado filas en torno a él, en vez de apoyar a sus estudiantes.

Regina, que estaba empezando a cogerle el gusto a su nuevo

estatus de estrella mediática, se ha encargado de responder las preguntas más incómodas sobre el tema y, al darse cuenta de que corría el riesgo de que la historia creciese, ha puesto fin a cualquier clase de entrevista o reportaje con la excusa de que la presencia de micrófonos y cámaras altera demasiado la vida en el centro.

Eso también es cierto, se dice, aunque está convencida de que, si hubiera respondido un par de entrevistas más, le habría llegado alguna oferta para ejercer de tertuliana televisiva. Porque ella vale para eso, e incluso se pregunta si no debería sugerirle a Marc que le deje una sección fija en el pódcast. Algo así como *Regina opina*, o *Regina habla*, o *Simplemente Regina*. Sí, sí, sí, eso es: *Simplemente Regina*.

Fulgen, sin embargo, vive este inesperado éxito de la Séptima como una nueva amenaza en su contra. Y así se lo hace notar a Marc cada vez que se cruzan en el pasillo, dedicándole miradas de odio indisimulado y soltando frases que tienen poco de crípticas y mucho de amenazantes:

«No creas que te vas a salir con la tuya».

«Ándate con mucho ojo».

«Quien ríe el último ríe mejor».

Todas ellas acompañadas de un tono más o menos borde según el momento de la mañana en el que se encuentren.

—Me tiene frito... —se sincera Marc con Yassir, al que se ha encontrado *casualmente* en la cafetería.

Lo de *casualmente* quiere decir que Marc ha estado asomándose a la cafetería al final de cada una de sus clases hasta que ha visto entrar allí a Yassir y, en ese momento, también *casualmente* se ha colocado en un taburete a su lado para contarle lo harto que está de Fulgen y de sus frases de villano de peli de Marvel. O peor: de peli mala que imita las pelis de Marvel.

–Pasa de él –le aconseja Yassir–. No está acostumbrado a que le lleven la contraria... Y le viene bien que alguien lo haya hecho. Es más, deberías estar orgulloso.

–De mí, no sé. Pero de mi Séptima, te aseguro que sí.

–¿Tu Séptima? –Yassir se ríe y Marc se da cuenta de que es la primera vez que los llama así en público.

–Por cierto...

–¿Sí?

–Que lo siento... Lo de aquella tarde... Creo que me pasé un poco. Pero es que esto me importa, ¿sabes? Me importa mucho.

–Ya... Yo también lo siento... No fue nuestro mejor momento, la verdad.

–No...

–Pues nada, habrá que quedar otra vez para compensar, ¿no te parece?

Marc no sabe si se lo ha imaginado.

Sí, quizá, sí.

Quizá se ha inventado que Yassir lo ha mirado a los ojos, que le ha sonreído y que ha acercado su mano a las suyas, en la barra, sin llegar a tocarlas, pero casi rozándolas.

Se lo ha inventado, claro.

Pero ese invento hace que salga del instituto y se suba en el metro con el corazón caliente, abrigado por un gesto que tal vez no haya sido real, pero que él ha vivido como si lo fuera.

29

Debería haber sido una gran semana para todos los miembros de la Séptima.

Pero Valeria no lo siente así ni ha podido vivir su éxito con la misma alegría que el resto.

Desde que subieron el pódcast, teme enfrentarse a una decisión de la que no se siente orgullosa.

Al principio, a pesar de sus miedos, no ocurre nada.

Ni Luna ni Salma le piden explicaciones.

Incluso le mandan un par de capturas del pódcast para que sepa que lo están escuchando.

Pero eso, precisamente eso, es lo que la asusta.

¿Y si se dan cuenta?

¿Y si descubren que ese día los de la Séptima ocuparon su lugar?

No tiene por qué pasar, se dice Valeria. Hasta que recibe un wasap que lo cambia todo. Justo cuando parece que los medios empiezan a perder el interés por el Maruja Mallo y en el centro se

habla más de cuál será el tema del próximo pódcast que del que le han dedicado al concierto de TYZ. Justo ahora, cuando Valeria creía que estaba a salvo, su decisión la coloca ante un espejo en el que preferiría no mirarse.

DIVINAS FOREVER

Salma

Puedes bajar?

Valeria

Ahora?

Estaba estudiando

Luna

Es solo un momento

Salma

En nuestro banco

Valeria



Luna

???

Valeria

Tengo un poco de lío...

Salma

Diez minutos

Valeria

Okey, diez minutos

El problema no es el tiempo. Ni los deberes. El problema es que sabe lo que le van a preguntar...

–Tía, el pódcast os ha quedado guay –empieza Luna, que trata, sin mucho éxito, de suavizar el impacto de lo que viene a continuación.

–Gracias...

–Pero una cosa...

–¿Sí?

–¿Fuisteis juntos?

Valeria revisa mentalmente todas las respuestas posibles:

a) La respuesta que finge no haberse enterado de nada: *¿Que si fuimos juntos adónde?*

b) La respuesta que intenta esquivar la pregunta: *¿Por?*

c) La respuesta que implica sumar una nueva mentira: *No.*

d) Y la respuesta sincera: *Sí, fuimos juntos, sí.*

–A ver, Vale –le dice Salma, que es una de las pocas personas en el mundo en la que ese «Vale» no le suena mal–, solo queremos saber si fuisteis todos juntos.

–Sí, bueno, es que tenían entradas.

¿Y esa respuesta?

La propia Valeria se sorprende al haber improvisado una quinta opción:

e) La respuesta que consiste en seguir inventando como si no hubiera un mañana.

Pero, nada más decirlo, la expresión de incredulidad de sus amigas revela que esta alternativa no era mucho mejor que las cuatro anteriores.

–¿Y cómo las consiguieron?

–Las compraron.

Otra mentira más. Y ya van...

–Pero si costaban doscientos pavos –se extraña Luna–. ¿Todo el mundo tenía ese dineral?

–En mi casa, en cuanto les dije que nos habíamos quedado sin

invis, me dejaron clarito que también nos habíamos quedado sin concierto

–la apoya Salma.



–Sí, bueno, a ver...

Valeria se lía. Se confunde. Y nota cómo las palabras se le tropiezan dentro, como si se negaran a salir ordenadas.

Hasta hoy, cuando está con sus amigas, jamás había necesitado maquillarlas tanto. Ni disfrazarlas. Esta es la primera vez, y se promete que la última, en la que no está siendo sincera con ellas.

–Se las diste a ellos, ¿verdad? –le pregunta Salma a bocajarro, harta de dar rodeos en torno a una verdad tan incómoda como evidente.

–¿El qué?

Ahí está: la respuesta que finge no haberse enterado de nada.

–Nuestras invis –le aclara Luna, a punto de perder la paciencia–, que si se las diste a los de tu pódcast.

–A «los de la Séptima» –añade Salma con un soniquete que resulta tan innecesario como su aclaración.

Es inútil empeñarse en negarlo, así que Valeria asiente y busca deprisa un modo de justificarse.

–Si no hacíamos algo bueno, nos cerraban el pódcast… Y el concierto era el único modo de…

–Bueno –la corta Salma–, seguro que había más.

–¿Y quién se supone que os lo iba a cerrar?

–Pues la directora, por… –Valeria improvisa de nuevo– falta de audiencia.

–¿En serio? ¿Por falta de audiencia? ¿Una extraescolar?

–¿Nos tomas por tontas o qué?

Luna y Salma suenan realmente enfadadas y, aunque Valeria intenta matizar su respuesta, se da cuenta de que se está adentrando en un callejón sin salida.

–No es eso exactamente, sino…

–Llevábamos hablando de ir juntas al concierto desde el verano… –se queja Salma, en cuya voz se aprecian las grietas que abren las pequeñas traiciones.

–Y tú, que si no había problema, que si tu madre nos iba a conseguir las invis, que si iba a ser nuestra gran noche… –prosigue Luna–. Porque yo tenía clarísimo que no iba, Vale, hasta que nos

invitaste tú. Y te podrías haber callado, ¿no? Porque no hacer algo que sabes que es imposible duele menos que no hacer algo que sí te han prometido.

–Tenéis razón, pero es que necesitaba aportar algo que...

–Algo que te convirtiera en protagonista, ¿a que sí?

–No, Salma, de verdad que no es eso.

–Querías impresionarlos a todos. Y si hay que dejar tiradas a dos amigas para eso, pues nada, se las deja colgadas y punto.

–Luna, tía, sabes que yo no soy así.

–No, Vale, no lo sé. Yo sé cómo era mi amiga la que no nos mentía. Pero esta que nos miente no. Esta no tengo ni idea de cómo es.

–Lo siento, de verdad. No pensaba que...

–¿Que nos íbamos a enterar?

–Que os ibais a poner así.

–Pues ya ves. En eso también te has equivocado.

Luna y Salma se alejan sin despedirse mientras Valeria se queda inmóvil unos segundos, viendo cómo se marchan y pensando en qué debería hacer ahora.

¿Darles tiempo?

¿Esperar?

¿Correr a dejarles un audio explicándose?

¿Escribirles un mensaje?

¿No hacer nada y fingir que todo está bien cuando las vea mañana en clase?

No sabe cómo reaccionar ni tampoco qué esperan de ella sus amigas.

Lo que sabe es que la Valeria que miente no le cae nada bien tampoco a ella, y que Salma y Luna, que podían haberse limitado a mandarle un par de wasaps, han tenido el coraje de hablar con ella cara a cara. En su banco. En el parque donde empezaron a planear ese concierto al que al final no han ido juntas. En el lugar donde llevan años cultivando una amistad que Valeria se pregunta si ha roto para siempre.

Y también sabe, aunque eso se lo diga una voz que le habla muy bajito y a la que finge no oír, que quizá Salma no estaba tan lejos de la verdad cuando la ha acusado de protagonismo.

Lo que no sabe es si solo quería ser protagonista en la Séptima, para que se la vea un poco más en un grupo con personalidades demasiado fuertes como para destacar sin esforzarse.

O ante su madre, con quien, gracias al concierto, al pódcast y a la primicia, todo ha empezado a fluir un poco mejor.

O con Iago, en quien se sorprende pensando más a menudo de lo que querría.

Qué difícil todo, ¿no?

Valeria le da una patada a una piedra y sube a casa enfadada por culpa de esa manía que tiene la vida de jugar al desequilibrio. Porque ya es mala suerte que, siempre que algo sale bien, haya otro algo que se estropea.



Marc no tiene ni idea de quién lo ha hecho, pero sí tiene muy claro algo:

NO HA SIDO SU SÉPTIMA.

Por su cabeza, mientras Fulgen lo acusa delante de Yassir y Regina en una especie de careo improvisado, solo pasan palabras en mayúsculas y, como las de Martín, llenas de asteriscos, todas igual de airadas, impronunciables y cargadas de razón.

PORQUE NO.

SU SÉPTIMA NO HA ATACADO A NADIE.

–Ponte en mi lugar, Regina –insiste Fulgen, que se ha preparado a conciencia su papel de víctima–. Imagínate que llegas al instituto y ves que alguien no solo te ha pinchado las ruedas del coche, sino que también lo ha grafiteado.

–¿De verdad lo vais a creer? –estalla Marc–. Yassir, por favor, que tú conoces a mi grupo, ¿en serio piensas que son tan tontos como para hacer algo así y además firmarlo?

–Son capaces de eso y de más –responde Fulgen sin mirar a

Marc a los ojos–. Por tu culpa. Por envalentonarlos y darles alas.

–Lo único que intento es que aprendan a pensar por sí mismos.

–Pensar por sí mismos no tiene nada que ver con desafiar a todo el mundo cuando les da la gana. Como la protestona esa a la que has convertido en la líder de tu grupito.

Al fin sabe a quién se refiere. Tiene que ser Dany, la revolucionaria oficial de la Séptima.

–Se llama Dany. Y ni es una maleducada ni es la líder de ningún grupito.

–Vamos a calmarnos todos –trata de mediar Yassir–. Así no vamos a llegar a ninguna parte.

–Es que no hay ningún lugar al que llegar, ¿no os dais cuenta? Lo único que quiere Fulgencio es instaurar la censura en el instituto.

–¡Ya estamos otra vez con lo mismo!

–¿Tienes alguna prueba? –lo interroga Regina, que, sorprendentemente, ha permanecido callada hasta ahora.

–Alguna prueba más, querrás decir...

–De momento, Fulgen, no he visto que nos hayas dado ninguna.

–¿Cómo que no? ¿Y ese 7 grafiteado en mi coche?

–Podría ser alguien que quiera incriminarlos.

–Por favor, Regina, no nos montemos películas. Que esto es la vida real, no una serie americana de esas que les comen la cabeza a nuestros alumnos.

–¿Por qué piensas que les comen la cabeza? ¿Son menos listos que tú o qué? –lo provoca Marc, harto de que infravalore a esos jóvenes con los que trabajan cada día.

–Mira, si vas a empezar con el rollito buenista y Mr. Wonderful, olvídame. Yo aquí vengo a educar y a enseñar, no a ir de enrollado, ¿te enteras?

–Sin pruebas –interviene Regina de nuevo–, no hay nada que pueda hacer. Investigaremos lo sucedido y ya os diremos algo.

–¿Pero qué se supone que vais a investigar? ¿No os dais cuenta de que todo es culpa de este y de su secta, que me la tienen jurada por decir verdades?

–Tus verdades –matiza Yassir–, como solo son tuyas, lo mismo ni siquiera lo son.

Marc lo mira con una mezcla de complicidad y confusión. Complicidad, porque le ha gustado que haya intervenido para ponerse de su lado. Confusión, porque le ha llevado un par de segundos descifrar su trabalenguas.

–¿Me estás acusando de mentir, Yassir?

–Te estoy pidiendo que no acuses a

nadie sin pruebas.

–Insisto –sentencia Regina, que no está dispuesta a que su despacho se convierta en un campo de batalla–: lo vamos a investigar y, tan pronto como tengamos una respuesta, se sancionará a los responsables.

Fulgen sale dando un fuerte portazo y Marc mira agradecido a Regina y a Yassir, pues no tenía demasiadas esperanzas de que se pusieran de su lado.

–Odio pedirte esto –admite Regina–, pero vas a tener que hablar con tu grupo. Si han sido ellos, ya sabes cuál será la consecuencia...

–No lo han sido.

–Eso espero... De verdad que lo espero.

Yassir mira a Marc tratando de transmitirle ánimos y él se despide de ambos llevándose consigo una nube negra encima que le resulta completamente injusta.

¡Con lo bien que iba todo!

No alberga ninguna duda de que la Séptima no es responsable de lo sucedido, pero, hasta que hayan dado con el responsable, esa sospecha –igual que la nube sobre su cabeza– continuará persiguiéndolos.

Así que reúne al grupo y les pide que extremen la atención.

–Ojos y oídos abiertos –les insiste–: cualquier cosa que nos ayude a dar con el culpable nos vendrá bien.

–Nosotros no hemos sido, profe –se defiende Iago, que no soporta la idea de que lo acusen de algo que no ha hecho–. Ese tío es un borde y nos tiene manía desde el principio.

–Lo sé, Iago, lo sé. Por eso mismo os estoy pidiendo que me ayudéis a demostrarlo.

–Es que esto no va así, ¿eh? –protesta Dany–. Se supone que hay que demostrar que alguien es culpable, no que alguien es inocente.

–También lo sé...

Marc se encoge de hombros y decide dejarse de charlas motivacionales para hablarles con toda franqueza.

–Mirad, es injusto. Y odio tener que pedíroslo. Pero no me han dejado otra opción. Fulgen tiene mucha mano en la AFA. Y en la parte rancia del claustro...

–Los chungos –apostilla Iago, que prefiere un término más directo para referirse a ellos.

–Eso –se ríe Marc, que piensa llamarlos así en adelante–, los chungos. Pues para que se callen y nos dejen en paz necesito demostrar que no hemos sido otros quienes le hemos destrozado el coche. ¿Que es injusto? Sí. Pero las cosas no siempre son justas. Y lo único realmente injusto aquí sería rendirnos, ¿no os parece?

Todos asienten. También Valeria, que se ha quedado atrapada en ese «las cosas no siempre son justas», porque el silencio que recibe de Salma y Luna, tanto en clase como en su móvil, donde han decidido hacerle *ghosting*, le parece un castigo excesivo para

su error. Que sí, que metió la pata, pero son muchos años de amistad como para tirarlo todo por la borda, ¿no?

–Ayudadme, por favor –les pide Marc–. Ayudadme a que la Séptima no se hunda definitivamente. No nos lo merecemos.

–Cuenta con ello, Marc –responde Martín con un tono decidido que los sorprende a todos.

Y Marc, consciente de que esa voz tiene un valor especial, le sonríe. Porque no sabe si lograrán frenar a Fulgen y su cruzada contra la Séptima, pero le emociona sentir que se ha ganado la confianza de esos cinco adolescentes por los que está dispuesto a luchar todo lo que haga falta.



LOS AMOS ⚽⚽⚽

Bruno

Vienes o no, bro?

Iago

Luego

Bruno

No estarás otra vez con los del pódcast??

Iago

Por?

Bruno

Se te ve mazo integrado con esa peña...

Charlie

Sí que sois colegas de repente los frikis y tú

Iago

Cortaos un poco, eh?

Charlie

A ver si ahora te vas a olvidar
de quiénes son tus colegas de verdad

Bruno

Eso

Iago

Y porque nosotros seamos colegas,
no puedo conocer a más gente?

Charlie

Conocer gente

Jajajajajaja

Parece que vas a ir al First Dates, tío

Bruno

Sorry, bro

Pero las cosas no van así

No se puede ser guay y friki a la vez

Iago

No son frikis, ok?

Charlie

Pues lo disimulan de la leche

Bruno



Iago

A ver, que mi grupo somos nosotros

Y lo sabéis

Pero si quiero aprobar lengua
les tengo que seguir la corriente

Charlie

Ok, ok
Pero que no se te vaya la pinza, eh?

Bruno

Eso

Iago responde al chat, desde el taller, intentando prestar atención a todo lo que proponen los de la Séptima.

Se le hace raro estar hablando con Bruno y Charlie de la gente que tiene delante y con la que le resulta aún más extraño haber encontrado algunos puntos en común.

Por fin, consigue que sus amigos lo dejen tranquilo y aprovecha para concentrarse en lo que está diciendo Dany, que insiste en que el único modo de salvar su pódcast es ganar a Fulgen de una vez por todas.

–¿Y cómo vamos a ganarlo, tía? –pregunta Fang–. Es como ir a un casino y jugar contra la banca. Pues lo mismo. Aquí la banca es Fulgen. Y siempre gana.

–¿Pero a cuántos casinos has ido tú? –le pregunta Dany.

–Pues a ninguno. Pero en las pelis he visto mil.

–Las pelis son una cosa, y nuestro insti, otra. Y aquí Fulgen ni es la banca ni es nada. Es un mentiroso al que tenemos que exponer sí o sí.

–Y seguimos sin saber cómo.

El realismo de Valeria los desarma durante unos minutos.

Todos se quedan en silencio y tratan de pensar en cómo aclarar el asunto del coche.

Como parece que las ideas no llegan, comienzan a dar vueltas por el centro comercial donde han quedado, con la esperanza de tropezarse con la respuesta mágica en algún escaparate. O en las escaleras mecánicas. O en la heladería donde se hacen con un buen cargamento de helados que tampoco los ayudan a diseñar su plan, pero que, por lo menos, sí endulzan su tarde.

Cansados de no saber por dónde tirar, se dejan caer en unos bancos y ven pasar a la gente, más concentrada en sus móviles que en cualquier otra cosa que suceda a su alrededor.

–¡Eso es! –salta Iago, que no sabe si su idea será buena, pero que tampoco quiere dejar de compartirla.

–¿Eso es qué? –le pregunta Dany, que hoy se ha esforzado por no estar a su lado en ningún momento de la tarde, dejando que sea Valeria la que ocupe ese lugar.

–Tenemos que usar esto. –Iago saca el móvil–. Si queremos

que nos crean, tenemos que hacerlo confesar. Y grabarlo.

–Muy fácil, sí –ironiza Fang–. Nos sentamos con él y le decimos «Eh, Fulgen, ¿tú no sabrás quién ha grafiteado tu coche?». Y seguro que nos lo cuenta, claro. Así de fácil.

–¿No lo veis?

–¿Qué es lo que se supone que no vemos? –le pregunta Valeria, que esta tarde encuentra a lago aún más guapo de lo habitual, quizá porque le gusta que se esté implicando de verdad.

–Velázquez, enséñaselo.

Martín mira sorprendido a lago. ¿A qué se refiere?

–Tu dibujo –le aclara–. El que hiciste ayer en clase de mates.

–Pero...

–Enséñaselo, anda.

No sabía que lago lo hubiera visto. Ni que estuviera pendiente de lo que dibuja o deja de dibujar en su cuaderno... Sí ha notado que últimamente, en las clases donde les dejan elegir sitio, busca alguno cerca de él. Y que, cuando hay que hacer trabajos en grupos, también lo busca. Martín, lejos de sentirse incómodo, se lo pasa bien. Hasta se ríe. Porque trabajar, lo que se dice trabajar, lago trabaja poco, pero como compañero es divertido. Y hasta puede que, por lo que va descubriendo de él, también sea buen tío.

–¿Qué dibujo? –se impacienta Dany.

Martín saca su cuaderno de la mochila y les muestra su teoría sobre quién fue el verdadero responsable del ataque al coche de Fulgen.



–Tiene sentido… –piensa Dany en voz alta.

–¡Claro que tiene sentido! ¿No lo veis? –insiste Iago, que está convencido de que la teoría de Martín es cierta–. Fue él mismo. Él es quien hizo eso para poder culparnos.

–¿Y por qué? ¿Tan obsesionado está con nosotras? –duda Fang.

–Está obsesionado con el pódcast. ¿No veis que se ha vuelto a

hablar del episodio en el que lo *exposeábamos*?

–Encaja, sí –afirma Valeria–. Pero si nos equivocamos…

–Pues vamos a tener que arriesgarnos –sugiere Fang, que siente el impulso de tomar por primera vez la iniciativa–. Lo que no sé es cómo haremos que confiese.

–Hay que cabrearlo –propone Dany–. Enfadarlo muchísimo para que hable.

–¿Y eso no es peligroso? –pregunta Martín, al que le da miedo que su dibujo se convierta en el origen de un problema aún mayor de los que ya tienen.

–Hacer lo correcto suele serlo –asegura Fang, que recuerda haber oído esa frase en boca de sus padres alguna vez.

–Tía, eres una filósofa –bromea Dany.

–Ya ves.

Se ríen y, aunque nada asegura que les vaya a ir bien, sienten que sí existe la posibilidad de que eso suceda.

No saben si es por ese optimismo repentino o por lo bien que les han sentado esos helados tamaño XL, o por las ganas de hacer cosas que los invaden cada vez que están juntos, pero salen del centro comercial convencidos de que van a lograrlo. Y en las cabezas de Iago y de Valeria, por un momento, no hay ecos ni de los Amos ni de las Divinas Forever, como si ese ruido se hubiera esfumado y todo hubiera vuelto, aunque solo fuera por una tarde, a su lugar.

Y mañana… Bueno, mañana ya verán.



El plan es sencillo.

O eso parece.

Tan solo cuatro pasos.

Un plan breve, claro y que, en su mayor parte, ha diseñado Fang.

–Siendo *gamer* se aprende mucho de estrategia –les ha explicado en el audio donde les detalla los pasos a seguir–. Tienes que aprender a ingeniártelas para pasar de nivel si no quieres que te eliminen a la primera.

Y hoy, por fin, ha llegado el día.

La mañana en la que han acordado desenmascarar a Fulgen.

Para conseguirlo, necesitan algo de suerte y que la fuerza –como a los de *Star Wars*– los acompañe.

Paso 1

▸ *Hay que actuar en un espacio en el que estemos solos con él. Si hay más gente alrededor es imposible que nos diga la verdad.*

Tras darle muchas vueltas, deciden que lo mejor es elegir como lugar el del mismísimo cuerpo del delito.

Eso es: se encontrarán con Fulgen delante de su coche, aprovechando que, desde el incidente, lo aparca fuera del centro, en el parque que hay a las espaldas del centro cultural situado justo enfrente del Maruja Mallo.

Así que hoy, en cuanto suena el timbre de la última clase, salen corriendo rumbo a ese coche, con la intención de estar allí antes de que llegue su dueño.

–¿Lo lleváis todo? –les pregunta Valeria.

–Pues claro.

–Se va a enterar ese imbécil –se ríe Iago, encantado de que lo que iba a ser un pódcast se haya convertido en un comando libertador.

–Tú contrólate un poco –le avisa Fang–, a ver si nos vas a arruinar el plan con un arrebato de testosterona.

–Tranqui, tía, que yo controlo. Pero no me negaréis que esto es emocionante, ¿no?

Martín asiente y choca los puños con Iago. Él también siente un cosquilleo extraño mientras corren en busca del coche. Solo que esta vez no es de inquietud ni de miedo, sino de ganas y hasta de

ilusión. Un cosquilleo que, cuanto más se acerca la siguiente etapa del plan, más fuerte se hace.

Paso 2

▸ *Tenemos que cabrearlo desde el principio. Cuanto antes empiece a perder los nervios, mejor. Si queremos que Fulgen confiese, es importante que no pueda controlar la situación, así que hay que pensar en algo que lo saque de quicio nada más vernos.*

Iago, después de escuchar el audio de Fang, propuso hacer otro grafiti encima del grafiti, pero su idea no tuvo ningún éxito.

SOMOS LA SÉPTIMA

Dany

Si hacemos eso, le estamos
dando la razón

Iago

No, porque nosotros no hemos sido los que
le pintamos el 7 ese en el coche

Dany

Ya... Pero seríamos
los que le estaríamos pintando
algo ahora

Martín
Y si lo fingimos?

Fang
Eso es!

Iago
?

Valeria
? × 1000

Fang, sin embargo, no necesitaba ninguna explicación más: enseguida entendió en qué consistía la propuesta de Martín.

Y, tal y como él sugirió, los cinco se sitúan al lado del coche de Fulgen, armados de estropajos, cubos y bayetas para ponerse a limpiarlo, con el objetivo de que, cuando él los vea de espaldas, malinterprete la situación y vuelva a insultarlos.



–Oye, que el siete este no se va –se queja Iago, al que su idea de tunear el coche le divertía mucho más que la versión manual del túnel de lavado.

–Eso da lo mismo, tú frota y punto –lo calla Valeria, que hoy se ha prometido que no lo mirará tanto, ni se dejará influir tanto, ni dejará que se note que le gusta taaanto... Tres propósitos en los que, hasta ahora, está teniendo cero unidades de éxito.

Continúan aplicados a la limpieza automovilística hasta que una voz los detiene.

–¿Qué demonios estáis haciendo?

Ellos no se giran, siguen de espaldas, provocándolo y jugando con la ambigüedad de la situación, en la que Fulgen interpreta justo lo contrario de lo que está sucediendo.

–¡Salvajes! ¡Que sois unos salvajes!

No reaccionan. Martín está a punto de girarse, pero Iago y Dany se agarran las manos con fuerza para darle ánimos. Están todos juntos en esto y ahora es cuando esa unión importa más que nunca.

–¡Os vais a enterar! ¡Ahora sí que os van a expulsar a los cinco!

Ellos se miran entre sí y asienten.

Ahora.

En este mismo instante empieza la parte más difícil.

Paso 3

▸ *Es importantísimo que se crea que tenemos pruebas. Ahí puedo tirar de mis padres, creo. No sé si les gustaría enterarse..., pero cuento con que nadie se lo va a decir, ¿OK? Sin pruebas, Fulgen no hablará, así que tenéis que seguirme la corriente.*

A una señal de Valeria, se giran y dejan ver los cubos de agua y los estropajos, así como su intento (frustrado, eso también hay que reconocerlo) de borrar la pintura del coche.

–¿Pero qué...?

Fulgen está tan descolocado que no sabe cómo continuar. Ha creído justo lo que ellos pretendían que creyese, así que ahora se siente atrapado por sus prejuicios y son los de la Séptima quienes le llevan una ventaja inesperada.

–No nos puedes echar porque fuiste tú –lo increpa Valeria, cada vez más cómoda en su papel de portavoz oficial del grupo.

–¿Pero qué dices, niña?

–Digo que fuiste tú quien pinchó las ruedas y grafiteó tu coche.

–¿Te has vuelto loca? ¿Qué quieres? ¿Suspender durante el resto del curso, como tu amiga? –la amenaza al tiempo que señala a Dany con la mirada–. Anda, apartad y no me cabreéis más si no queréis que, además de hablar con Jefatura, hable con la policía. ¿O no sabéis que esto es acoso?

–Solo te estábamos lavando el coche de gratis, tío –bromea Iago, fingiendo una calma que no siente–. ¿Por qué nos vas a denunciar? ¿Por ser buena gente?

–Que os apartéis de una vez.

–Sabemos que fuiste tú porque… –Fang, consciente de que este paso es esencial para saltar al siguiente nivel, busca el modo de que su voz no se haga pequeñita justo ahora, a pesar de lo mucho que la ahoga la responsabilidad.

–No podéis saber algo que no es cierto –se defiende Fulgen, cada vez más agitado.

«Bien –piensa Martín–, eso nos conviene». Y al tiempo que Fang toma de nuevo la palabra, él busca un vídeo en YouTube.

–Pues claro que es cierto. Y… Y… –Fang se dice a sí misma: «Venga, que tú puedes: a la de una, a la de dos y a la de…»–. ¡Está grabado!

–¿Grabado? ¿Qué se supone que está grabado?

Aunque Fulgen mantiene su actitud sarcástica, su seguridad es ligeramente menor que hace unos minutos. La noticia de la posible grabación lo ha alterado y, si teme que haya registros de lo que pasó, es porque la hipótesis de Martín era cierta.

–¿No sabes que hay cámaras en el centro cultural? –continúa Fang–. Pues en ellas se ve cómo entraste en el insti antes que nadie el día del supuesto ataque. Y cómo te encargaste tú mismo de sabotear tu coche.

–Ese vídeo no existe –responde Fulgen, disimulando mal la perplejidad que le provoca todo lo que está oyendo.

–Claro que existe. –Martín alza su móvil y enseña fugazmente un vídeo grabado por una cámara de seguridad callejera en el que se ve un coche al fondo.

–Dame eso.

–No. –Martín se guarda el móvil y busca amparo tras las anchas espaldas de Iago, confiando en que su teléfono no llegue a manos de Fulgen. Si eso sucediera, descubriría que el vídeo no ha sido más que un mal truco de magia: le ha enseñado una grabación cualquiera que ha encontrado en la red y que no tiene ni la más mínima relación con ellos.

–Es imposible que tengáis nada.

–Al revés. Es muy posible –toma de nuevo la palabra Fang–. Uno de mis padres trabaja en el ayuntamiento y es él quien nos ha conseguido las imágenes de las cámaras del centro cultural.

–¿Tu padre?

–Sí, y viene de camino, además. Va a poner una queja en Jefatura y seguramente una denuncia por... por... por mentir.

Valeria suspira y murmura entre dientes «por difamación», pero evita corregir a Fang.

–Se va a saber todo –lo amenaza Dany, confiando en que si lo acorralan un poco más acabe estallando.

–Eso es: todo. Y ya verás qué risas, entonces sí que nos lo vamos a pasar bien –se suma Iago.

–Lo vamos a poner en el pódcast –añade Martín, mientras Valeria sacude la cabeza en señal de incredulidad. ¿Pero cómo van a poner un vídeo en un pódcast?

–Ese vídeo es ilegal y no se puede poner en ningún sitio.

Vaya, pues con Fulgen ha funcionado. Está tan descompuesto ahora mismo que ha imaginado qué fácil sería que ese vídeo se hiciera público.

–Claro que se puede –responde Iago extremando su chulería–. Lo ponemos mañana mismo, y punto.

Valeria sigue preguntándose dónde se supone que van a ponerlo, pero está claro que eso a Fulgen también le da igual. La existencia de una prueba que lo delata lo ha desestabilizado por completo.

–¡No se puede! ¡No se puede grabar a nadie sin su consentimiento! ¡Ni mucho menos difundirlo!

–¿Y sí se puede acusar a alguien mintiendo? –le replica Valeria.

–¿Es peor eso que inventarse denuncias ridículas y acusarme de ser cosas que no soy? ¿O qué esperabais? ¿Que me quedase quieto mientras me poníais verde?

–¿Y por eso lo hiciste?

–Ese vídeo no prueba nada.

–Ah, ¿no? Pues sales tú –insiste Valeria.

–Diré que es montaje. Que alguien lo ha creado por IA. Y me creerán.

–O sea –improvisa Fang, que cree que ya lo tienen–, que vas a mentir, ¿no?

–Igual que vosotros. Aquí mentimos todos. Solo que algunos, además, tenemos razón. ¡Apartad de una vez!

Paso 4

▸ *Sin grabación no hay prueba. Así que lo más importante de todo es que nos aseguremos de grabar todo lo que dice. Nadie nos va a creer si no es él mismo quien lo cuenta.*

Fulgen sube en su coche y arranca.

No han conseguido un «sí, lo hice», pero creen que basta escuchar esa grabación con algo de interés y sentido común para concluir que él es el único culpable.

–¿Lo tenéis? –les pregunta Valeria.

Dany y Martín, que se habían ofrecido como voluntarios para grabarlo todo, revisan sus móviles.

–Lo tenemos.

–Pues entonces ya está, ¿no?

Aún deben reunirse con Regina.

Y enseñarle sus grabaciones.

Y contarle lo que acaba de pasar.

Pero ahora mismo están tan satisfechos de lo que acaban de hacer que se aplauden.

Y se vitorean. Y se abrazan.

Y, en ese abrazo, Dany siente algo cuando le toca acercarse a lago.

Algo que se parece mucho a lo que también ha sentido Valeria.

Algo que ninguno de los tres menciona, pero que saben que es tan real como la euforia que inunda el grupo.

Nadie va a acabar con su Séptima. Y, mucho menos, Fulgen.



Regina insiste en que la grabación es una prueba discutible.

Yassir, sin embargo, insiste justamente en lo contrario.

Y Marc permanece al margen, dejando que ellos saquen sus conclusiones mientras sonríe satisfecho.

–Eso no demuestra que haya sido Fulgen –duda la directora.

–¿Cómo que no? –reacciona Yassir, indignado–. Lo deja clarísimo.

–Se intuye... Pero de ahí a que podamos acusarlo de...

–Lo que está claro –la interrumpe Yassir– es que a quienes no podemos acusar es a los de su grupo.

Señala a Marc, que sigue sonriendo, disfrutando de su victoria, a la espera de que Regina tome una decisión valiente.

Pueden echar tierra sobre el asunto, sí.

Fingir que allí no ha pasado nada.

Que nadie ha culpado a unos alumnos inocentes de algo que no han hecho.

Pueden agachar la cabeza y esquivar el problema.

Porque, eso lo saben, avisar a la inspectora y abrirle expediente a Fulgencio va a ser un problema.

Pueden ponérselo fácil y pactar algo para que todo el mundo se quede contento.

Eso sería lo fácil.

Pero Yassir no se ofreció a ser jefe de estudios para esconderse. Ni para elegir el camino más sencillo.

Yassir se ofreció a ser jefe de estudios porque creía que desde ese puesto sí que podría hacer algo. Algo que de verdad importase. Y frenar a los matones le importa. Estén donde estén y se sienten donde se sienten. Ya sea en uno de los veinticinco pupitres de cada clase o en la mesa del profesor. Porque, aunque les gustaría que no fuera así, a veces hay *bullies* en los dos lados del aula.

–Está bien –cede Regina–, avisa a la inspectora.

–Gracias –es todo lo que les dice Marc, que sale del despacho con la misma sonrisa con la que entró gracias a la grabación de la Séptima.

Martín, que se ha ofrecido voluntariamente como embajador, le ha entregado el pen drive con el archivo, dentro de un sobre decorado con uno de sus dibujos. Y Marc, al verlo, no ha podido evitar emocionarse un poco.


7ª
7ª
7ª
7ª
7ª

–No sabía que te gustaba el baloncesto, Martín.

–No... Si no me gusta.

Marc no puede reprimir una carcajada.

–¿Y entonces?

Martín se encoge de hombros, no creía que fuera necesario explicar una metáfora tan evidente.

–A la gente sí que le gusta –es toda su respuesta.

Si lo hubiera desarrollado tal y como pasó por su cabeza, le habría contado que quería dibujar, con una metáfora, el sentimiento de equipo, algo que para él es completamente nuevo y que, por primera vez en su vida, está experimentando. Y que, como odia el fútbol con todas sus fuerzas, pensó que era mejor usar el baloncesto, que tampoco le gusta, pero donde, por lo menos, nunca le han insultado ni lo han tratado mal por no saber jugar.

–Me encanta –lo felicita Marc–. ¿Qué te parece si hago una copia en grande y la colgamos en el taller?

Al lado del color de las mejillas de Martín, el rojo de los semáforos sería ahora mismo un rosa palo. Le da mucha vergüenza que su dibujo se convierta en protagonista de un espacio compartido y está a punto de pedirle a Marc que le devuelva el sobre. Pero ya es tarde: su entusiasta profesor camina deprisa con él rumbo a quién sabe dónde. Quizá a reprografía, para pedir que le hagan una copia tamaño póster con la que empapelar el aula.

Mientras Martín asume la exhibición de su obra como algo inevitable, Marc camina en dirección a Jefatura, en busca de Yassir.

Hoy lo invito a algo, se dice.

Hoy le propongo un cine, o un café, o un teatro, o un concierto, o un museo, o un...

Sacude la cabeza y se regaña.

¿Puedes dejar de ser tan rollo?

¿Y si lo invitas a algo de lo que no parezca que lo vas a examinar después?

A lo mejor basta con que le preguntes si quiere salir contigo a dar una vuelta, sin tanta excusa cultural.

Hoy es el día, se repite.

Y Marc, que se encuentra la puerta del despacho de Yassir entreabierta, golpea suave con los nudillos y entra sin esperar a que nadie le diga que lo haga.

—... claro, sí, yo también, yo también estoy deseando verte esta noche.

Yassir está de espaldas, sentado en su mesa y hablando por el móvil con un tono que Marc no atribuye a una llamada de trabajo.

No está hablando con ninguna familia de las faltas de asistencia o disciplina de su hijo.

Ni con ningún profesor sobre algún conflicto surgido en sus clases.

Ni siquiera está hablando con una amiga, ni con un amigo, salvo que sea así de cariñoso con todos (que también puede ser).

–… y yo… Pero cómo no voy a echar de menos… Que sí… Que yo también… Que yo también te quiero.

Ahora mismo, Marc desearía poder ser invisible. O teletransportarse. O incluso que se lo tragase (momentáneamente, eso sí) la tierra.

Pero, como no tiene ninguno de esos dones mágicos, se conforma con caminar hacia atrás, sin hacer ruido, buscando el modo de salir cuanto antes y sin ser visto.

Lástima que se choque con la puerta, que se clave el picaporte en la espalda, que se haga daño, que se le escape un «¡Ay!» y que, por supuesto, Yassir lo vea.

–Perdona, no sabía que estabas… Yo… Es por… Lo siento. Luego hablamos.

Muerto de vergüenza –y con la cara en la misma gama de rojos que Martín tenía hace solo unos instantes–, Marc sale corriendo del instituto y se sube al metro con tantas ganas de alejarse de allí que se equivoca de andén y lo toma en dirección contraria. Un problema minúsculo si lo compara con los pedazos en los que siente que se le acaba de romper el corazón.



Esta vez la fiesta sí que ha sido a su manera.

Fang les ha pedido a sus padres solo dos condiciones:

1. Que no inviten a toda la urbanización.

2. Que no aparezcan hasta que se haya acabado.

Y, a pesar de la retahíla de frases moñas que le ha tocado escuchar (que si ya está muy mayor, que si cómo pasa el tiempo y demás reflexiones viejunas sobre su edad), le ha merecido la pena el esfuerzo de sentarse con ellos para dejarles claro el tipo de fiesta que quería celebrar.

Una pequeña. Es más: pequeñísima.

Una fiesta solo para las cinco personas que han logrado que Fulgencio haya abandonado el Maruja Mallo después de que la inspectora haya determinado «irregularidades graves» en su conducta como docente.

–Está bien, sí, pero...

–¿Pero qué, Iago? –se extraña Valeria, que el único problema que le ve a su situación actual es su desamistad, aún por resolver, con Luna y Salma.

–Pues que ahora nos toca inventarnos otra movida para el pódcast… Y no nos veo yo consiguiendo una segunda exclusiva, la verdad.

–Algo se nos ocurrirá –interviene Dany–. Lo bueno es que hemos recuperado el pódcast, ¿no?

–Y hemos salvado al insti de un idiota –añade Fang.

–Eso también –se ríe Iago.

–Podemos contar eso, ¿no? –sugiere Valeria.

–¿El qué?

–Pues cómo lo hicimos. Y por qué. Sobre todo, por qué.

–Si Marc nos da el OK… –apunta Martín.

–Lo pensamos otro día, ¿no? –dice Iago, que no tiene ningún interés en ponerse a guionizar el próximo pódcast en mitad de una fiesta.

Todos asienten y Valeria sube la música y, sin mediar palabra, se lanza a cantar el «Defying Gravity» de *Wicked*.

Ha estado a punto de elegir un tema suyo, pero aún no se siente preparada.

La situación con Salma y Luna ha arañado también su autoestima, así que el valor solo le llega para exhibirse con una canción que adora y que le habría encantado componer.

Todos la miran embobados, tan sorprendidos por su reacción

como por la voz que despliega y de la que, hasta ahora, solo habían visto una pequeña muestra.

Recibe un aplauso descomunal. Solo hay alguien que aplaude un poco menos; no porque no le haya gustado, sino porque no deja de pensar en lo que acaba de pasar en la cocina y que, por cómo mira Valeria a lago, cree que no debería haber pasado.

LO DE LA COCINA

–Vaya, otra vez nos ha tocado venir a por los vasos –bromea lago al encontrarse con Dany en la cocina–. Ni que fuéramos sus criados.

–Ya ves...

Los dos se ríen y Dany se ve a sí misma unas semanas antes. En la barra del concierto. Cogiendo unos vasos parecidos. En el mismo lugar donde sintió que sucedía algo que pudo frenar a tiempo.

Pero esta vez todo ocurre demasiado deprisa.

Porque la cocina es pequeña.

O porque ella está nerviosa y se le cae al suelo una bandeja con unos cuantos vasos de plástico (por suerte, vacíos).

O porque lago corre a ayudar a recogerlos.

O porque, mientras los colocan en la bandeja, sus manos

se cruzan hasta que es imposible que no se miren a los ojos, que no se den cuenta de que están nerviosos, que no noten que tienen ganas de acercarse un poco más, de juntar los rostros, tanto como para que surja, tímido y breve, un primer beso.

Dany se pone en pie enseguida. También lago. Los dos se levantan como si no hubiera pasado nada y salen de nuevo al jardín.

–Qué bien cantas, Vale –la felicita Fang–. Deberías dedicarte a esto, ¿no lo has pensado?

–Lo he pensado... Aunque es tan difícil...

–Ya, pero lo haces genial –le dice lago.

Y Valeria, convencida de que él la mira de un modo especial, le sonríe antes de alejarse en busca de Dany, que acaba de salir al baño.

–¿Te has dado cuenta? –le pregunta a su amiga.

–¿De qué?

–Cómo que de qué, Dany... De cómo me mira, tía. Ahora sí que está clarísimo.

Dany no responde, convencida de que lo mejor que puede hacer es no abrir la boca.

–¿Tú no lo piensas?

–¿Pero el qué?

–Pues que le gusto –le responde Valeria con una sonrisa–. Que está claro que a Iago le gusto muchísimo.

La vibración de un mensaje entrante en el móvil de Valeria interrumpe su diálogo y Dany respira aliviada.

DIVINAS FOREVER

Luna

Este no es uno de tus nuevos "amigos"?

El wasap de Luna va acompañado de un enlace de Instagram y, aunque Valeria se teme lo peor, hace clic en él. Sea lo que sea, prefiere zanjarlo cuanto antes.

O eso creía antes de descubrir que la publicación que su ¿todavía amiga? ha compartido con ella es un meme subido por Bruno en el que Iago aparece en dos fotos.

En la primera, donde está con sus colegas del fútbol, se lee «Cuando te lo pasas bien»; en la segunda, donde Iago pone cara de asco y en la que se ve a toda la Séptima, se puede leer «Cuando no».

Como no sabe qué hacer ni cómo reaccionar, finge que es un mensaje sin importancia y evita contárselo a Dany, aunque es cuestión de tiempo que todos se enteren.

No tardarán en saber que esa foto existe y que Iago los ha expuesto de esa manera. Los ha convertido en una panda de raros que solo sirven para que los de siempre, esos que se creen más *cool* que el resto, hagan chistes y bromas a su costa.

Pero le cuesta creer que el chico que la miraba embobado mientras estaba cantando sea así.

Es más, se niega a pensar que sea así.

Sin embargo, cuando vuelven con el resto nota algo extraño en Iago, como si hubiera una sombra en su expresión, hasta entonces alegre y despreocupada.

Seguro que ese tal Bruno también le ha mandado el mismo enlace que ha recibido ella.

Y, como Valeria, Iago sospecha que la calma acabará en cuanto termine la fiesta en casa de Fang. En el momento en que se enteren, uno a uno, de que existe un post que los ridiculiza.

Así que, para evitar que eso suceda, Iago coge fuerzas y decide sincerarse y explicárselo todo. El único modo de desactivar esa bomba es hacerla estallar por sí mismo.

—¿Podemos bajar la música un poco? Hay algo que tengo que dec...

No llega a terminar la frase.

Está a punto de hacerlo cuando Martín, enfurecido y con el móvil en la mano, se planta delante de él y lo empuja con todas sus fuerzas.

O, más bien, trata de empujarlo, porque su gesto dramático apenas tiene efecto físico sobre la corpulencia de Iago.

–¡Traidor! –le vomita con rabia.

–Martín, por favor, déjame que...

–¡Vete de aquí!

–Pero...

–¡Que te vayas!

En la Séptima nunca han visto así a Martín.

Desencajado.

Violento.

Lleno de ira.

Iago, consciente de que no va a conseguir nada más esta tarde, decide marcharse.

Podría imponerse sobre él sin gran esfuerzo.

Pero eso es lo que haría otro Iago.

El que hizo el selfi que hoy ha descubierto Martín, no el que sale en las fotos de esta fiesta.

En cuanto Iago se marcha, Martín se derrumba y el resto corren a apoyarlo.

–¿Pero qué ha pasado? –les pregunta Fang, que es, junto con Dany, la única que todavía no sabe de la existencia de las fotografías.

–Esto. –Martín les muestra su móvil y los cuatro se quedan un segundo en silencio.

Fang, sin embargo, no está dispuesta a que su fiesta termine así.

No le ha pedido la casa a sus padres para que le echen a perder la que hasta ahora era una de las mejores tardes de su vida.

–¿Sabéis qué os digo? Que él se lo pierde. Sí, él se lo pierde.

Busca uno de sus temas favoritos de TYZ, la versión del «This Is Me» con la que cerraron su concierto, y pone el volumen al máximo (lo de explicarle a sus padres el motivo de las previsibles quejas de los vecinos ya lo pensará otro día, si eso).

La música, poco a poco, surte su efecto y el hechizo se cumple en cuanto llega el primer estribillo.

Esa letra que corearon aquella noche.

Ese concierto en el que convivieron tantos inicios.

Esa Séptima que, desde entonces, es real.

Ahora mismo son uno menos. Y no tienen claro si habrá manera de recuperar a Iago ni, peor aún, si quieren que vuelva.

¿Deberían?

La duda queda en el aire, pendiente de una respuesta que no tienen.

Pero lo importante es que saben que ellos sí son.

Que ellos sí están.

Que han descubierto un espacio donde sentirse bien.

Un lugar que ni siquiera es físico en el que expresarse sin miedo a que nadie los cuestione.

Un territorio desde donde sus voces se oyen con fuerza y en el que, después del «caso Fulgen», son conscientes del poder de esa voz.

Lo que hoy celebran es demasiado grande y demasiado feliz y demasiado hermoso como para venirse abajo.

Hoy festejan que han conquistado un mundo propio.

Que tienen mucho que contar.

Que, pase lo que pase, no van a dejar que nadie los calle.

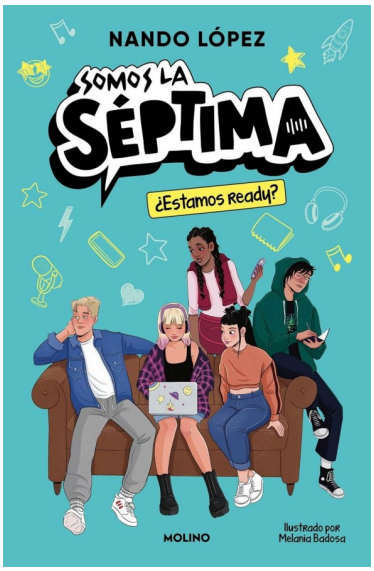
Y que les gusta ser quienes son.

Les gusta ser la Séptima.

Continuará...



Actual. Valiente. Absolutamente adictiva.



La idea de montar un podcast en el instituto suena bien. O eso piensa Valeria, que sueña con ser periodista en el futuro y se apunta sin dudarlo a quedarse los miércoles a séptima hora para grabarlo. Pero no todos los compañeros que se inscriben con ella piensan lo mismo. Ni Dany, ni Martín, ni Fang, ni Iago están tan felices de quedarse todos los miércoles a séptima hora para colaborar en ese podcast que ha puesto en marcha Marc, su profe de Lengua.

Pero lo que tampoco saben es que ese taller y ese día se van a convertir en un momento tan importante para todos ellos. Ni que el primer programa de su podcast, en el que sueltan unas cuantas verdades sobre cierto profe de su instituto, va a causar un revuelto tan grande que habrá quien quiera censurarlos nada más empezar. Y los cinco van a tener que plantearse hasta dónde quieren llegar para evitarlo...

- Una historia **cercana y actual** sobre cinco estudiantes que descubren el poder de negarse a ser silenciados.

- Una lectura ágil y pensada para **lectores y lectoras a partir de 9 años**, ideal para conectar con el mundo real del instituto.

- Una de las voces más destacadas de su generación, **Nando López.**

- Un diseño actual que mezcla **ilustraciones y texto para una lectura ágil.**



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Nando López, por el texto. Representado por la agencia literaria Dos Passos
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Melania Badosa, por las ilustraciones
Diseño del interior: Penguin Random House Grupo Editorial / Meri Mateu

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Meri Mateu
Imágenes de portada: © Melania Badosa

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-5685-9

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Pero tú de qué vas.

Índice

Somos la séptima
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Sobre este libro
Créditos
Notas